

MESONERO ROMANOS, RAMÓN DE (1803-182)

ESCENAS MATRITENSES

INDICE:

PRÓLOGO

ADVERTENCIA

El día de toros

Costumbres literarias

El cesante

El duelo se despide en la iglesia

El Romanticismo y los románticos

Hablemos de mi pleito

La bolsa

Madrid a la luna

Antes, ahora y después

Una noche de vela

Las sillas del Prado

De tejas arriba

El teatro por fuera

El reciénvenido

La exposición de pinturas

Una Junta de cofradía

El Martes de Carnaval y el Miércoles de Ceniza

La posada o España en Madrid

Al amor de la lumbre o El brasero

Inconvenientes de Madrid

La guía de forasteros

Escenas Matritenses

Prólogo

Por D. Juan Eugenio Hartzenbusch

A un amigo íntimo nuestro, hijo de una señora que falleció dejándole de muy corta edad, solemos oír a cada paso esta sentida exclamación, propia de su filial cariño: -«Yo no he conocido a mi madre; yo no tengo retrato suyo; dicen que no me parezco a ella: ¿cómo sería mi madre?».

Igual deseo de conocer a sus predecesores tienen todas las familias, pueblos y generaciones que han existido: el hombre de hoy quiere, necesita, ansía poseer el retrato del hombre de ayer; y si no lo encuentra hecho, se esfuerza a suplir la falta, pintándolo según lo concibe. -La posteridad que pretenda saber qué cosa era Madrid antes y después que muriera Fernando VII, lo hallará sencilla y exactamente representado en las ESCENAS MATRITENSES de EL CURIOSO PARLANTE.

Pero este libro no se ha escrito sólo para la posteridad. Por loable que sea componer una obra destinada a la diversión, y tal vez a la enseñanza, de nuestros nietos, harto mejor es que esa misma obra dé placer y provecho a los coetáneos del escritor, que le

proporcionaron materia para formarla. Pintar, pues, las costumbres españolas de nuestra época, llevando el objeto de corregirlas, es el fin principal que se ha propuesto el autor de las *Escenas Matritenses*, DON RAMÓN DE MESONERO ROMANOS.

No hay pueblos cuyas costumbres sean de tal manera ejemplares, que no ofrezcan sobradas ocasiones de reprensión y agria censura: censor de nuestros defectos, que no son pocos, pretendió ser el señor Mesonero. Arriesgada era la tarea en verdad, porque la generación presente no se compone de niños respetuosos y dóciles a la voz del maestro. El siglo XIX es muy hombre: blasona de libre y de sabio; se niega a reconocer autoridad alguna; se irrita o se mofa cuando se le hace frente con arrogancia, y su cólera o su desprecio son, para el escritor, igualmente peligrosos y temibles. Hablando el señor Mesonero con la risa en los labios a sus quisquillosos compatriotas, disfrazándoles la lección con apariencia de la chanza, pudo atraerse un auditorio cada vez más crecido, cada vez más contento con el amable filósofo, que castigaba realmente, pero que fingía acariciar.

Aún no bastaba que sus lecciones fuesen festivas; era necesario, para no cansar, que fuesen muy breves, y que remedasen, por decirlo así, la frivolidad del auditorio. Pensó más de una vez el señor Mesonero pintar nuestras costumbres en una novela: gran falta nos hace este libro, y no podemos menos de rogar a nuestro ilustre compatriota que no abandone un proyecto que, después de las *Escenas Matritenses*, nos proporcionaría otra obra de igual o de superior mérito. Hoy, que tan popular es el nombre de *El Curioso Parlante*, puede el señor Mesonero emprenderlo todo; pero treinta años ha, en 1832, una novela original, por buena que fuese, no hubiera sido leída con el gusto, con el aprecio, con el entusiasmo que los artículos del Curioso. -Aquellos preciosos bosquejos eran una novedad agradable, una mercancía nueva, que no estorbaba ni se oponía al despacho de otra, y satisfacía una necesidad existente; la novela para la generalidad de los lectores no hubiera sido novedad como novela, porque bien llenos estábamos de novelas extranjeras entonces; y en cuanto a la novedad de ser española, esta circunstancia (triste es confesarlo) quizá le hubiera dañado para con el público, en vez de servirle de recomendación. La causa es patente. ¿Qué novelas españolas de algún crédito se habían escrito en España desde principios del siglo pasado hasta la aparición del *Ivanhoe*, disfrazado con el nombre de *El Caballero del Cisne*? El *Fray Gerundio*, *El Eusebio*, ambas prohibidas; la segunda parte del *País de las Monas*, y no nos acordamos de más: añádase, si se quiere, porque la leyeron mucho en su tiempo, la *Serafina*. Todas las demás novelas impresas durante este tiempo en España, que suman centenares, fueron traducciones del inglés o del francés, principalmente de este último idioma.

Ahora bien; si en España por espacio de un siglo o poco menos no se había leído ni podía leerse más novela que la traducida, por fuerza el gusto de los españoles, en punto a novela, tenía que ser extranjero; por fuerza una obra nacional, diferente de las extranjeras en miras, plan, caracteres, estilo y lenguaje, había de parecernos extraña. -Recordamos haber oído a un condiscípulo nuestro decir muy de veras que le cansaban las novelas de Cervantes, porque, además de lo añejo del habla, estaban rebutidas de nombres y apellidos ordinarios o extravagantes, como *Don Juan de Cárcamo* y *Don Antonio de Isunza*, al paso que en las novelas francesas todos los nombres eran tan bonitos como los

de *Dorval* y *Carolina*. Para este amigo nuestro, que representaba el estado de la nación entera con pocas excepciones, lo extravagante, lo raro, lo peregrino, era lo de casa; lo bello, usual y admirable era lo de fuera: no podía menos; a lo uno estaban acostumbrados, y a lo otro no.

Con tales inconvenientes hubiera tenido que luchar la novela del señor Mesonero, y con ellos habrán de luchar nuestras novelistas hasta que el mérito y número de sus obras haga perder el pleito a las advenedizas. -Los artículos publicados en el periódico semanal titulado *Cartas españolas* no corrían peligro: ningún español ni extranjero nos tenía hechos a esas ligeras y graciosas obritas; el mismo Fígaro fue imitador de *El Curioso Parlante*. -Las *Escenas Matritenses*, escritas desde 1832 a 1842, y participando, como era forzoso, de las circunstancias en que la nación se hallaba, valen más y son más que una novela, porque son la historia viva del progreso social de España desde antes de la guerra última hasta después de la paz.

Quien examine los artículos del primer año o primera serie, publicados con el título de PANORAMA MATRITENSE desde enero de 1832 hasta abril del año siguiente, verá con qué reserva se presentaba el autor delante de la censura para no excitar su suspicacia, para no incurrir en su tremenda ojeriza. Guiado, impelido por su espíritu observador a descubrir el vicio donde quiera que se refugie, no puede menos de indicarlo donde lo encuentra; pero sus reticencias prudentes hacen al lector comprender cuánto más diría si el poder no le tuviera sujetos los labios. En los dos artículos titulados *La Empleo-manía* y *La Político-manía*, en que se echa menos la viveza y chiste de los que le preceden y siguen, el lector al momento conoce por qué el *Parlante* habla tan sólo de los que pretenden, y no de los que reparten empleos; de los que deliran tratando de política, y no de los políticos delirantes: aquella era la fruta vedada; tocar a ella era perder la gracia y exponerse a la muerte. Sin embargo, en el artículo de *Grandeza y miseria*, al bosquejar con cuatro toques las oficinas de la casa de un poderoso, nadie podía desconocer que el travieso crítico dibujaba las del Estado. Sencillos, amenos, breves, limados y cautelosos los artículos de este primer tiempo, van ganando gradualmente en intención y soltura: en el que lleva por título «1802 y 1832» ha dado ya el autor un paso grande: en *Las Tres tertulias*, *La Capa vieja*, *El dominó*, *El Día de fiesta* y *La Casa de Cervantes*, la pluma del Curioso corre todavía más fácil y ejercitado.

Aquella pluma necesitaba volar: los acontecimientos políticos de nuestro país le dieron licencia para remontarse a cualquier altura, para descender a cualesquiera profundidades. Con todo, el comedido censor moral no tomó sino los grados de libertad que necesitaba para continuar su obra y hacerla completa, rehusando entrar en el campo de la política, recinto muy estrecho para quien tenía por suyo el vasto dominio de las costumbres.

Emprendida nuevamente en 1836 por el señor Mesonero la tarea comenzada tres años antes, vimos en los nuevos partos de su ingenio mayor firmeza de pulso, más movimiento, mejor combinación y más desenfado en el desempeño: en los primeros ensayos lucía una especie de belleza reposada y modesta, hija de una época de sosiego y de servidumbre: la continuación de estos ensayos (no ensayos ya, sino obras cabales)

ostentaba la belleza varonil de un carácter enérgico, desarrollado en medio de la libertad y de los combates. Compárese, por ejemplo, el artículo de la primera serie titulado *La Filarmonía* con el de la segunda titulado *Costumbres literarias*: compárese *La Comedia casera* con *El Romanticismo*; *Las Ferias* con *El Día de toros*; *San Isidro* con *El Entierro de la sardina*; *El Extranjero en su patria* con *El Recién venido*; y *La Calle de Toledo* con *La Posada*. Es otro el autor y otra la España que descubrimos entonces: uno y otro habían adelantado mucho; la reputación del señor Mesonero Romanos estaba hecha: su obra por entonces estaba concluida.

Porque una obra es, lo repetimos, la del señor Mesonero, y no una colección de obrillas sueltas, escritas al acaso, hijas del capricho. Esta obra tiene su héroe, su protagonista, principal figura o personaje de interés principal, que es el *español virtuoso, noble y sabio de ahora*, igual casi al de todos tiempos; pero esta respetable figura, como en la Casina de Planto, no sale de entre bastidores, para que el vulgo no la profane; y como la estatua de Bruto, hice más porque se la echa menos. -El señor Mesonero quiere mejorar las costumbres; por consiguiente, saca sólo a las tablas aquellos personajes cuyas costumbres necesitan enmienda, las cuales forman los numerosos episodios de este poema: aun en los poemas clásicos valen más los episodios que la acción principal. -«Corrigete de ese vicio», -dice el autor a cada uno de los personajes que censura, «Y tú y el país ganaréis mucho en ello éstos son los defectos de que adolece la sociedad española lo que no está aquí es lo respetable y lo bueno».

Estos personajes episódicos, pues, que son a su vez los principales en las escenas que les corresponden, están descritos con una habilidad superior a cualquier elogio: son la verdad misma. ¿Quién no conoce en Madrid algún empleado antiguo o cesante, igual, punto por punto, al *don Homo-bono Quiñones* del señor Mesonero? ¿Quién no tropieza, una vez a lo menos al día, con *don Policarpo Omnibus de los Santos*? ¿En qué compañía de aficionados no ha ocurrido un desmán parecido al que se refiere en el artículo de *La Comedia casera*? La mano que traza estas líneas conserva una cicatriz, indeleble recuerdo de una catástrofe semejante. Aquella *Jacinta*, hija de don *Melquíades Revesino*; aquella *Paquita*, tan diestra en el manejo de la mantilla española; *Paca la Zandunga*, la *tía Blasa*, el *tío Mondongo*, el *casero-procurador*, y todos los demás personajes de *El Día de toros*, incluso el alcalde de barrio, ¿de cuál de nuestros lectores no son conocidos? Sobre todo, ¡ah! ¿quién no se conoce en el artículo eminentemente filosófico de *Antes, ahora y después*? Así fueron nuestros padres, así, somos nosotros, así serán nuestros sucesores, como el escarmiento no nos enseñe para enseñarlos.

Útiles, amenas, breves, llenas de verdad, estas preciosas páginas, corrían, sin embargo, el peligro de cansar por la monotonía que pudiera producir la semejanza de los asuntos; pero el señor Mesonero ha sabido introducir en su obra una gran variedad, empleando todos los tonos, desde el más humilde al más grave: hasta los acentos de la poesía han venido a dar efecto y realce a la fácil y discreta prosa de *El Parlante Curioso*; y por cierto que no merece perdón el que escribiendo romances como el del *Coche simón* y los *Requiebros de Lavapiés*, no cultiva más el género. -Sonríase maliciosamente el lector con *El paseo de Juana* o *El Alquiler de un cuarto*: ríase a carcajadas con *La Junta de colradia* o *El Recién venido*: el Curioso Parlante sabrá mesurarnos con el tono

melancólico del artículo titulado *La Empleo-manía*, conmovernos con el de *La Casa de Cervantes* y *La Noche de vela*, estremecernos tal vez con la terrible perspectiva de *El campo santo*. Aquello es saber escribir, saber sentir, saber pensar.

¿Diremos algo del estilo del señor Mesonero? ¿Para qué, si nuestros lectores van a juzgar de él, o más bien, a dejarse seducir por él desde la primera plana?, Únicamente manifestaremos que ese estilo es propio y peculiar del autor: bien que con toda su obra sucede lo mismo. Don Juan de Zavaleta en el siglo XVII, Addison en el pasado, Jony, Paul de Kock y otros en el presente, escribieron en este género bien; pero escribieron otras cosas, o cosas parecidas, presentadas de otra manera. Los buenos ingenios coinciden mil veces en ideas, bien que varían infinito en la forma de expresarlas, así como todos los hombres blancos y rubios se parecen en el color del cutis y el pelo, sin tener por eso las facciones iguales.

La concisión y el gracejo urbano, ese gracejo que agrada más cuanto más al descuido se vierte, caracterizan principalmente el modo de decir del Curioso Parlante; pero aún quizá es más de elogiar en él su carácter inofensivo. Las *Escenas Matritenses* son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserías, dicitrios ni suciedades; sin hacer agravio a las leyes ni a las personas, y sin pedir al idioma francés elegancias que en el nuestro no son de recibo. El señor Mesonero ha visto nuestra sociedad tal como es en el día, es decir, separándose mucho de lo que fue, conservando un poco de lo que ha sido, dudosa y vacilante acerca, de lo que será en lo sucesivo: así la ha trazado en sus cuadros, pintando tipos generales, en que ninguna persona determinada se encuentra; porque el fin del autor no es mortificar a ninguno, sino buscar el provecho común de todos. «*Aucun fidel n'a jamais empoisonné ma plume*», ha podido decir, como Crébillon, el señor Mesonero: no envidiemos la gloria de los que no pudieren decir otro tanto.

(1862)

JUAN EUGENIO HARTZESBUSCH.

Advertencia



Para esta segunda serie

«Nunca segundas partes fueron buenas», decía, algo ligeramente, el Príncipe de los ingenios españoles, al mismo tiempo que se contradecía en la segunda parte del *Quijote*, infinitamente superior a la primera.

El autor de las *Escenas*, que desde principios de 1832 venía ensayándose en un nuevo género literario con el corto candal de fuerzas intelectuales y escasa instrucción

que le permitía su edad juvenil, y cohibido también por la censura suspicaz y meticulosa que por entonces cortaba las alas del ingenio, no pudo hacer más que iniciar, digámoslo así, su pensamiento en la primera serie de estos artículos, que tituló *Panorama Matritense* y que comprenden los publicados desde 1832 a 1835.

Animado por la inesperada benevolencia de un público indulgente, aleccionado por la edad, con mayor observación moral y estudio literario, y desembarazado por completo de los rigores de la previa censura, emprendió desde los principios de 1836 la segunda serie de las *Escenas Matritenses*, creando para ello una publicación propia, indígena y popular, el *Semanario Pintoresco Español*, primer periódico literario *ilustrado* (como ahora se dice), con grabados tipográficos y que sostuvo bajo su exclusiva dirección los siete años, desde 1836 a 1842. -En este semanario, pues, y alternando con las diversas materias que exigía su combinación, emprendió y siguió el autor constantemente en dicho período la segunda serie de las ESCENAS MATRITENSES, que es la comprendida en el presente tomo, desde el artículo *El Día de toros* hasta el de *La Guía de Forasteros*.

Siguiendo su propósito de describir festivamente, corrigiendo, nuestras costumbres sociales, aunque en muy diverso teatro y con más ventajosas condiciones que en la época anterior, comprendida en su *Panorama*, trató, en cuanto estuvo a su alcance, de hacerse digno de la benevolencia del público, que había conquistado sin merecerla en su primero y débil ensayo; procuró dar mayor importancia o intención a su pensamiento, diversa forma a su expresión, y más originalidad y corrección a su estilo. -Trabajó para ello en emanciparse de los modelos extraños, que no pudo menos de tener presentes en la primera parte; quiso penetrar más hondamente en el seno de la vida íntima de nuestra sociedad, sin limitarse, como en aquélla, a los usos populares, a la vida exterior, digámoslo así; renunció muchas veces en la exposición de sus cuadros al recurso monótono de colocarse en ellos en primer término, como lo acostumbraba en la época anterior, y procuró formar una narración independiente, dramática y que recordase (cuando no alcanzase a imitar) el giro, la intención y hasta el estilo de nuestros buenos escritores: Cervantes, Quevedo, Mendoza, Guevara, Alemán, Espinel y Moratín. -Si llegó o no a conseguirlo es lo que el público sólo tiene derecho a juzgar. Al autor le basta confesar su patriótico intento, si ya no lo revelara claramente en todas sus líneas, y más especialmente en los artículos o cuadros de *El Día de toros*, *Madre Claudia*, o *De tejas arriba*; *El Recién venido*, *El Entierro de la sardina*, *La Posada*, o *España en Madrid*; *Los Románticos*, *La Junta de cofradía*, *Las Sillas del Prado*, y otros varios.

En lo que no cambió un punto de su primer propósito fue en procurar conservar o guardar siempre la distancia conveniente de las ocurrencias políticas, de las circunstancias, entonces extraordinarias, del país. Proponiéndose pintar a éste bajo su aspecto tranquilo y normal, y aun sabiendo muy bien que al renunciar al interés *palpitante* del momento arriesgaba el inconveniente de no ser leído ni estimado por las personas competentes, no pudo dominar la invencible repugnancia con que, por carácter y por convicción, continuaba mirando el para otros tan fecundo campo de la política; y confió siempre en que, conservándose ajeno a aquellas ambiciones, vuelta la espalda a las discordias y agitaciones momentáneas del país, hallaría acaso entre la masa del pueblo una porción más o menos numerosa dispuesta a apreciar su tarea moral. Y que si ésta, por

su corta influencia o escaso número, no le recompensaba con aplauso sonoro ni expresiva popularidad, acaso le brindaba para lo sucesivo con una simpatía más sólida y duradera, una vida más larga, tranquila y exenta de remordimiento y sinsabor.

Por fortuna, puede decir que acertó en su raciocinio. Las circunstancias febriles de aquella época pasaron ya: con ellas desaparecieron los escritos que les fueron consagrados y las palmas tempestuosas que produjeron a sus autores. Los hombres pasaron; pero el hombre queda siempre, y el pintor de la sociedad sustituye al retratista de la historia. La favorable acogida que el público español continúa dispensando, después de medio siglo, a esta obrilla, y las repetidas ediciones hechas de ella en este período, prueban, no un mérito que realmente no tiene, sino la solidez del raciocinio y la precisión del cálculo del que en circunstancias excepcionales tuvo la suficiente abnegación para prescindir del aplauso del momento, y se propuso pintar el estado normal, las condiciones eseiwiales de nuestra sociedad, procurando en su cuadro acercarse, en cuanto le fue posible, a las cualidades que aseguran la permanencia a las obras literarias. La moral y la verdad en el fondo, la amenidad en la forma, y la pureza y el decoro en el estilo.

R. DE M. R.

El día de toros



- I -

Casa de vecindad

En una parte más intrincada y costanera del antiguo y famoso cuartel de siguiendo por la calle de la Fe, como quien se dirige a la parroquia de San Lorenzo, y revolviendo después por la diestra mano para ganar una altura que se eleva sobre la izquierda, hay una calle, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que tiene por apéndice oriental un angosto y desusado callejón, de cuyo nombre no me acordaría aunque quisiera.

Entre esta calle y este callejón, y formando escuadra los límites ordinarios de ambos, descuella sobre las inmediatas un caserón de forma ambigua, tan caprichoso y heterogéneo en el orden de sus fachadas, como en el de su distribución y mecánica interior. El aspecto de la primera de ellas, que sirve a la calle principal, no ofrece, ni en la forma de su entrada, ni en la triple fila de balcones, ninguna discordancia con la de los demás edificios que pueblan el casco de esta noble capital; antes bien, sujeta en un todo a las formas autorizadas por el uso, encubre con el velo de cándida Vestal (inocente disfraz harto común en las casas de Madrid), deformidades y faltas de más de un género. -Por el opuesto lado es otra cosa; el color primitivo de la pared, en que la azarosa mano del tiempo ha impreso todos sus rigores; la combinación casual de ventanas y agujeros; el

alero prolongado; el estrecho portal, y más que todo, la extravagante adición de un corredor descubierto y económicamente repartido, en sendas habitaciones o celdillas, prestan al todo del edificio un aspecto *romántico*, que revela su fecha y el gusto de la época de su construcción.

El interior de esta mansión no es menos fecundo en halagüeños y significativos contrastes. Cualquiera que entre por la escalera principal no advertirá en la respectiva colocación de las puertas de cada piso notable disparidad con lo que está acostumbrado a ver en las demás casas de Madrid, y costarale trabajo persuadirse de que en ésta puedan encontrar habitación independiente sesenta y dos familias, que, puesto que habitantes de un mismo pueblo, de un mismo barrio, de una misma casa, representan ocupaciones, gustos y necesidades tan distintos, como son discordantes entre sí los guarismos que forman el precio de su alquiler. Empero esta duda cesará de todo, punto, si, guiado por la natural curiosidad, acierta a traspasar el límite que separa la aristocracia de la tal casa de la parte que constituye su tripulación popular.

Preséntasele, pues, para este paso al nuevo Magallanes un nuevo estrecho o pasillo, que lo conduce desde el piso segundo al cuadrado patio, en torno del cual se ostenta el abierto corredor de que arriba dejamos hecha mención. La multiplicidad de las puertas de las viviendas que interrumpen los lienzos causarale por el pronto alguna confusión; pero muy luego adoptará por brújula para navegar en tan procelosos mares los sendos números que mirará estampados sobre cada una de aquéllas. Por último, si, limitado al objeto de mero descubridor, buscara, la salida de aquel archipiélago, y su comunicación con la calle, no será para él objeto menor de admiración el encontrarla directamente a aquella altura (el piso segundo) por la parte del callejón excusado; notable desnivel de algunos sitios de Madrid, que permite a varias de sus casas tan estrambótica construcción. (*Véase la nota.*)

- II -

Antes de la corrida

En el intrincado laberinto que queda bosquejado, todo era animación y movimiento uno de los pasados lunes, en que según la piadosa y antigua costumbre, celebraba la Junta de hospitales una de las funciones de la temporada en el ancho circo de la puerta de Alcalá. Era *día de toros*, y los que conocen la influencia de estas palabras mágicas para la población madrileña, pueden calcular el efecto producido por semejante causa en las trescientas setenta y dos personas que por término medio pueden calcularse cobijadas bajo aquel techo.

El movimiento, pues, estaba a la orden del día, y por emblema de él ostentábase a la puerta principal un almagrado coche de camino, abierto y ventilado por todas sus

coyunturas, y arrastrado por seis vigorosas mulas, cubiertas las colleras de campanillas y cascabeles; al paso que por la puerta del costado dejábanse contar hasta cuatro calesines de forma análoga, dirigidos por mitad entre los menguados caballejos de sus varas, y los despiertos mancebos de sombrero de cucurucho, cinto y marsellés.

Del ya referido coche acababa de desembarcar un apuesto caballero, ni tan viejo que ostentase blanca cabellera sobre su frente, ni tan joven que se hallara comprendido en el último alistamiento militar. Y mientras atusándose el pelo dictaba desde el portal las órdenes convenientes al cochero, era, sin advertirlo, el objeto de curiosidad general de entrambas calles, en cuyos balcones y ventanas el ruido del coche había hecho aparecer multitud de espectadores de todos sexos y condiciones.

-Oyes, Paca, la del número 12, ¿conoces a ese señor de tantas campanillas que se ha apeado en el portal?

-Toma si lo conozgo: ¡si es mi casero el percurador! ¡todos los domingos me hace una vesita por el monís!

-¡Fuego, hija, y qué casero tan aquel, que viene a visitar en coche a sus enquilinos!

-Yo lo diré a V., señá Blasa, me explicaré; lo que es por la presente no viene a por cuartos, y en tal caso no son de cobre por cierto.

-¿Trampilla tenemos? ¡Ay!, cuenta, cuenta, hija, que no hay como escuchar para aprender; apostaré a que lo dices por cierto sombrerillo de raso que veo asomar por entre las cortinas del principal.

-Pues... ya me entiende V... ¡Ay, Jesús, y qué *encapotado* está el tiempo!

-No temas, muchacha; que pronto cambiará.

-¿Diga V., madre Blasa: V., que endiña desde ahí la muestra, ¿a cuántos apunta el reloj?

-Dos en punto, si no veo mal.

-Pues punto y coma, que hay moros en la costa y salvajes en portillo.

-¡Qué lengua, qué lengua, señá Paca!

-Calle, tío Mondongo, ¿usté está ahí? ¿y quién lo mete a V. en la conversación de las personas? Más lo valiera cuidar de su tía Mondonga y de su hija, que no entrarse en donde no le llaman.

-Me llaman y me importa, señá Paca, que al cabo soy hombre de ley, y no puedo ver esos tiruleques.

-¡Ay Jesús! Llamar al abogado de probes para que se lo cuento a su señoría.

-Pues tengo mil razones, y mi conciencia es conciencia; y digo, ahí que no es nada; estar sacando al aire, como quien no dice nada, los trapos de nuestro casero D. Simón Papirolario, honrado percurador, administrador judicial por la justicia de esta casa de mostrencos.

-El mostrenco será él y V. que le abona; vaya V. a decírselo de mi parte, y que le baje el cuarto, que harto subido está sobre el tejao.

-Dice bien el tío Mondongo, Pacorra: ¿qué tienes tú que meterte en cuidaios ajenos, y si D. Simón vesita a la señá Catalina y si viene por ella para llevarla a los toros, y si la viste y la calza y la da de comer y el cuarto de balde; y si es casao y con tres hijos, que deja en casa, y si doña Catalina tiene otro cortejo por otro lao, y si... en fin, cada uno se gobierna como puede, y a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

-Que se la bendiga en buen hora, marío, y a ti te dé magín para echar sermones, y a mí paciencia para oírlos; pero ahora que me acuerdo, ¿no ha venido todavía tu compadre?

-Mi compadre estará legítimamente ocupao, que es el que pone el hierro a las banderillas.

-No digo eso, sino el Chato, que tiene que venir por mí para llevarme a los toros.

-Ése no es mi compadre, canalla, que es el tuyo; y si no fuera por armar un escándalo, no te dejaría ir con él.

-Calla, mal genio, que no te quedarás en casa, y puedes irnos a esperar a la vuelta, a la taberna de la Alfonsa.

-Bien sabe Dios que sólo la necesiá...

-Tiene cara de hereje, Juancho, y tú no la tienes mejor por cierto.

-¡Eh! hombre, ¡cuidao! ¿Dónde diablos vas a pasar?

-Adonde quiero y puedo; y háganse toos a un lao de la calle, y dejen a mi carroza la puerta franca.

-Pues nosotros hemos llegado antes.

-Pues yo llego siempre a tiempo, y... hola... muchacho, aguija la bestia, y que salte sobre esas otras.

-Huii... sóo... ráa... iak... eh..., atrás...

-Vaya, señores, ahora que estamos acomodados, la paz; y cada uno se espere mientras me apeo, que ya saben que soy hombre de malas pulgas.

Y aquí un sordo murmullo de reniegos y juramentos, reconcentrados por aquella prudencia que dicta el miedo, acompañó respetuosamente al descenso del *Chato*, que era el que en tal momento se apeaba de la carroza de dos ruedas.

- III -

Mientras la corrida

Ya nos han dejado solos, tío Mondongo; a mí con los puntos de mi calceta, y a V. con su banquillo y su piedra; a mí echando al aire mis arrugas, y a V. asomando los cuernos al sol.

-¿Qué, quiere V., seña Blasa! la juventú es juventú, y nosotros...

-Usted será el viejo, que yo a Dios gracias todavía tengo mi alma en mi armario, y mi cuerpo donde Dios me lo puso, y si no fuera por el hambre del año 12 que me hizo caer los dientes y el pelo, todavía era negocio de salir a la plaza a echar una suerte; pero dejando esta plática y viniendo a lo del día, ¿Sabe V. que se me hacían los dientes, digo las encías, un agua pura al ver la alegría de nuestra gente?

-Ello dirá, tía Blasa, ello dirá; y tras del día viene la noche, y al fin se canta la gloria.

-Vaya, hombre, que no parece sino que viene de casta de disciplinantes: ¿pues qué mal hay en que la gente se divierta y se ponga maja? Pero a propósito, ¿sabe usted que la Paca iba que ni una reina de Gito, con aquel guardapiés encarnado, y delantal de flores, y medias negras caladas hasta la liga, y pañuelo amarillo, y roete de cesto, y mantilla al hombro? Cierto que el Chato es hombre que lo entiende, y que no hace mal el tío Juancho en tener paciencia.

-Chito, tía Blasa, que las paredes oyen.

-¡Qué! Tío Mondongo, si aquí no nos oyen más que las golondrinas.

-Pues una vez que es así, sepa V. (y dejemos un rato el mandil, que de menos nos hizo Dios; y la noche diz que se ha hecho para dormir y el día para descansar); sepa usted, pues, como iba diciendo, que luego que se marcharon todas las calesas y en ellas los ya dichos, y el Bereque y la Curra, con Malgesto y el banderillero, Lamparilla con la mujer del herrador, y éste con la hija del alguacil, y después que nos quedamos solos yo y mi chica, (que es una muchacha que ni pintada, y que no quiere ir a los toros por más que

la pedrico), vino el dengue, el filé, el lechugino de los bigotillos y la pera, y miró al balcón del principal: se acercó callandito a la rejilla de la escalera, dio dos golpecitos, y le abrió la vieja y allá se coló: con que si vuelve el percurador, ¿sabe usted que es lance?

-¡Ah, ah, ah!

-Ello dirá, señora Blasa, ello dirá.

-Pero dígame V., ¿qué ruido infernal es ese que salió hace un rato por ese bujero del diablo?

-¿Qué quiere V. que sea?, los siete chicos de la tuerta que se han quedado solos y están jugando al toro con un gato de la guardilla del rincón.

-¡Pobres criaturas! pero en fin, ellos podrán dejar las divisas cuando quieran, mientras que su pobre padre...

-Pues no para ahí lo mejor, sino que la puerta del ebanista está abierta, y hay quien sospecha en el barbero de enfrente, que ha sido aprendiz de herrador, y así parece hecho para afeitar barbas, como para rapar la bolsa al prójimo.

Yo no quería decirlo a V., pero me parece que cuando estaba comiendo vi salir una caña por cierto agujero, que encaminándose a la guardilla de la Paca, enganchó por su propia virtud en los pañales que estaban colgados; pero no lo quisiera afirmar, porque como mi vista es débil, y luego los antojos se me quebraron la otra noche leyendo el Bertoldo...

-Ahora que dice V. Bertoldo, ¿no sabe V. que el Cacasenillo del aguacil del número 13 ha dado en requebrar a la Paca, y en querérsela disputar a su marido y al banderillero, y lo que aún es más, al matachín del Chato, que es capaz de enristrar alguaciles como el toro a los dominguillos?

-¡Ah, ah, ah!... me ha hecho V. reír con la comparación, y a fe que es menester haber vivido años para entenderla.

-El año 89 si mal no me recuerdo.

-Y es la verdad; yo estaba en la plaza, y acababa de casarme con mi marido Rodríguez (que Dios allá tenga) cuando echaron al toro dominguillos; pero a propósito de dominguillo, ¿dice V. que el lechuguino que daba en el principal con la criada?

-Pues; para mientras venga el ama con don Simón.

-¿Y está V. seguro de ello?

-Toma si lo estoy.

-¿Seguro?

-Seguro.

-¿Un muchacho como de veinte y dos, alto, bien plantado, bigote rubio, barbas capuchinas, pantalón colorado, levita corta y sombrerillo ladeado, bastoncillo y espolines?

-Ese mismo, ese mismo es.

-Pues es el caso que, si no veo mal, paréceme que lo miraba ahora mismo salir por el portal de la otra calle con una muchacha de vestido corto color de pasa, delantal y mangas huecas, mantilla de tira, y...

-¡Que! No, no lo crea V., tía Blasa, si no ha quedado en casa más moza de esas señas que mi hija.

-Es que pudiera ser que acaso fuera su hija de usted.

-¿Mi hija? Sí, bonita es ella; ahora quedaba allá dentro espulgando al dogo; Juanilla... Juanilla... ¡Diantres! no responde; voy a ver...

-No se moleste V., tío Mondongo, que hace ya rato que doblaron la esquina.

- IV -

Después de la corrida

Perdone V. señor alcalde, que no fue así como lo ha contado mi marío, porque él se quedó en cá e la Alifonsa durmiendo la mona y no supo náa del sucedido.

-Pues diga V. como fue.

-Yo, señor, ya ve V., soy una probe mujer y no sé espricarme de corrido; pero el señor es mi marío, y su conduta es la que V. ve, siempre borracho y sin trabajar, con que de algún modo ha de comer una, y tener cuatro trapos.

-Vamos al caso.

-Pues al caso voy; ello es que el que tiene la culpa de todo es un amigo de la casa y muy compadre, como tóo el mundo sabe, que llaman Malgesto, y capaz de plantar una banderilla al lucero del alba, cuanto ni más al toro: pues como iba diciendo, éste tal me

tenía dicho: «Paca, no quiero que mires al Chato, porque si tal haces lo voy a cortar las pocas narices que le quedan».

-¡Qué sí! decía yo, y como ya ve su señoría o su merced; el gusto es gusto, y en dengún catecismo he visto el pecado *no mirarás*; yo, ya se ve, no lo hacía caso, y...

-Adelante: fue V. con el otro a los toros.

-Pues allí está, porque tomó su calesa y me llevó, que yo no me fui sola; y esto cualquiera lo hubiera hecho, y señoronas conozgo yo...

-Al grano, al grano.

-El grano es un grano de anís, como quien dice, porque el otro desde la plaza mira que te mirarás, no nos quitaba ojo en toa la corrida, y ponla las banderillas en cruz, y nos las juraba con unos gestos que Dios nos libre...

-Pero al cabo...

-Al cabo se acabó con el último toro como es costumbre, y todos nos íbamos en paz y en gracia de Dios, cuando al salir de la plaza, el Chato se desapareció no sé cómo, y yo, que me esperaba encontrarle al pie de la calesa, ¿a quien dirán VV. que encontré? pues fue náa menos que el banderillero, que diciéndome -«¡Ingrata! no, endina (me dijo), ¿es éste el modo de obedecer mis preceos?».

-Yo le dije... pero no, entonces no lo dije nada, como que estaba encogida; pero sólo le hice un gesto, y aún no sé si algo más. Él no me respondió más que dos o tres juramentos y algunos reniegos, y luego agarrando a la Curra que venía, conmigo, la subió por fuerza a la calesa: en seguida puso una rodilla en tierra y me la presentó como estribo, diciéndome por lo bajo: -«Paca, si no subes mato al Chato»; -y yo, ya ve su señoría, soy mujer de bien, y no quiero la muerte de naide.

-¿Con que, en fin, qué hizo usted?

-¿Qué había de hacer? *subí*.

-¿Y después?

-Después fue la jarana, porque la Curra que para servir a su señoría, es, según dicen malas lenguas, mujer de Malgesto, empezó a gruñir, y yo también, y él nos quiso tranquilizar y nos dio dos o tres bofetones a cada una; pero nosotras empezamos a menudearle y menudearnos, y ya ve usía, la defensa es natural; por último que se espantó el caballo y por poco nos vuelca; pero, en fin, nos apeamos en la calle del Barquillo, y él ya había echado a correr, y luego la Curra, y no he vuelto a saber más de ellos.

-¿Con que nada más tiene V. que alegar?

-Nada más.

-¿Y se ratifica V. en ello?

-Me ratifico en que soy mujer de bien, incapaz de dar escándalos, sino que a veces no puede una...; pero ahora voy a quejarme yo a su señoría, que también tengo mi porqué.

-Veamos.

-En primer lugar, me quejo de toda la vecindad, porque me han robado todo lo que tenía en casa y dejado por puertas.

-¿Y cómo puede V. probar?...

-Puedo probar que me han robado, que es lo principal; en segundo lugar, me quejo de mi marido porque no me defiende en mis peligros; en tercer lugar, me quejo de la Curra por catorce arañoses y diez pellizcos, amén de algunos zapatazos donde no se puede nombrar; además me quejo del alguacil porque se empeña en llevarme a la cárcel, y todo porque le hice una mueca el día de San Antón, que quiso requebrarme; por último, me quejo de usía, porque desde que es Alcalde de este barrio...

-Calle V., demonio, que ya no la puedo sufrir más, o por el alma de mi padre que la ponga una mordaza que no se le caiga tan pronto.

-Veamos otro. ¿Usted, buen hombre, que quejas tiene V. que proponer a la autoridad? Sea breve y yo le prometo justicia.

-Yo, señor, me llamo Cenón Lanteja, alias Mondongo: tengo una hija que se llama Juanita, alias la Perla.

-Adelante sin más ribetes, seor Mondongo, que si volviera a echar otro alias, por este bastón que empuño que no le bajo la multa de cuarenta ducados.

-Pues señor, claro, esta muchacha tan recatada se me ha ido con un lechuguino a los toros, y...

-Aquí entro yo, señor Alcalde; yo me quejo de ese pícaro, que después de hacerme salir de casa de mi padre no me llevó a los toros, y sabe Dios...

-Señor Alcalde, palabra.

-Señor don Simón y muy señor mío, ¡qué gentecita tiene V. en casa!

-Calle V. por Dios, señor, que todas son cuitas; pues ya V. sabe que en el principal tengo una parienta joven, a quien su tío, oidor de Filipinas me dejó recomendada al morir.

-Sí, sí, ya lo sé todo, y sé también que la convida usted a los toros, y...

-Pues ahí voy; después de hacer con ella los oficios de padre, ¿sabe V. con lo que me encuentro?

-¿Qué?

-¡Ahí es nada! Que al volver con ella a su casa, me he hallado en la escalera a un galancete joven, que cuando le he descubierto, me insulta, me desafía, y...

-Pues no es eso lo mejor, señor don Simón, sino que su esposa de V., según me ha dicho el escribano, ha estado esta mañana en mi casa a quejarse de su infidelidad, y a ponerle, como quien no quiere la cosa, demanda de divorcio.

-¿De divorcio?

-Yo la he procurado calmar y desengañar, aconsejándola que para esto se dirija al tribunal de mostrencos; porque como V. tiene ese carácter...

-Señor Alcalde, señor Alcalde.

-¿Alguacil?

-Que vienen a avisar que a la puerta de la taberna de la tía Alfonsa se han dado dos hombres de navajadas y han quedado los dos muy mal heridos.

-¡Ay, Dios mío! ¡Ellos son!

-¡El Chato!

-¡Malgesto!

-¡Ay, ay, ay!

-Orden (dijo el Alcalde pegando un bastonazo en el suelo). ¿Hay aquí algún hombre bueno?... Nadie responde; pues bien; sirva V., escribano, por esta vez, y apúnteme un prospecto de providencia... a ver, lea usted.

«En la villa de Madrid a tantos de tal mes, etc., vistos, juzgamos, que debíamos mandar y mandábamos, que al muerto, si le hubiere, se le dé cómoda sepultura, y el herido sea conducido al santo hospital: que a la llamada Paca la Zandunga, mujer del Juancho, se la encierre en galeras por dos años, y lo mismo a la otra moza, alias la Curra, de estado indirecto: condenamos al zapatero Mondongo a un encierro de tres meses por no haber sabido encerrar a su hija, y a ésta a las Arrepentidas para que tenga tiempo de llorar sus extravíos: que a la señora del principal y al amante incógnito se les remita al cura de la parroquia para que los case, bajo partida de registro, y que cada uno de los

vecinos de la casa pague diez ducados de multa; últimamente, al representante de los mostrencos, D. Simón Papirolario, se condena en las costas del proceso y cien ducados más; sin que esta nuestra sentencia pueda perjudicar en lo más mínimo a la buena opinión y fama de los causantes, y hágase saber a las partes para su ejecución y debido cumplimiento. -El Sr. D. Crisanto de Tirafloja, maestro guarnicionero y alcalde de este barrio, lo mandó entre dos luces por ante mí el infrascripto escribano de Su Majestad, hoy lunes 17 del corriente del año del Señor de 1836. -*Gestas de Uñate*».

Ninguno de los presentes se conformó con la sentencia, porque el juez era *lego* y no la podía dar a pesar de que la dio; pero luego fueron ante otros jueces *profesos*, y la cosa en sustancia vino a ser la misma, con el apéndice de otros seis meses de encerrona mientras se *sustanciaba* el proceso con todos los requisitos legales.

Tal fue el resultado de aquel *día de toros*; la riqueza pública perdió en él, es verdad, aquel tiempo y aquellos brazos; la agricultura algunos animales destinados a su fomento; los establecimientos públicos el fruto de la caridad y de las contribuciones; las costumbres sintieron la falta del pudor y la decencia; y la religión el olvido de los sentimientos más nobles y generosos; pero en cambio dos personas tuvieron ocasión de felicitarse y salir gananciosas, a saber: la tabernera Alfonsa y el escribano D. Gestas... ¡Feliz compensación!

(Mayo de 1836)

NOTA. -El ingenioso D. Ramón de la Cruz, que abasteció nuestra escena, a los fines del siglo pasado, de una rica colección de *sainetes*, que aún hoy consideramos como joyas literarias por su gracia, originalidad y fuerza cósmica, presentó en varios de ellos el interior de una de esas casas *omnibus* que existen en Madrid, donde hallan colocación centenares de familias de diversas condiciones, y que suelen dar que hacer a los alguaciles y caseros, y prestar argumento para sus cuadros de bajo cómico a pintores y poetas. Señaladamente en el que tituló *La Petra y la Juana*, y que ha sido conocido y representado constantemente con el de *La casa de Tócame Roque*, dejó aquel célebre ingenio un modelo de animación teatral y de finísima observación, que ha hecho su nombre justamente célebre. La tradición constante aplica aquel segundo título (no sabemos con qué fundamento) a la casa que aún existe en la calle del Barquillo, señalada con el número 27 nuevo, y es propia del señor Conde de Polentinos; pero, a nuestro entender, el autor no pensó en ella al trazar su escena, ni en ninguna otra determinada, sino que tomó de varias semejantes aquellas condiciones y detalles que necesitaba para sus cuadros. -Esta misma idea ha dirigido al autor de las *Escenas Matritenses* al delinear la que sirve de teatro al artículo de *El Día de toros*. Conoce y tuvo presente varias de estas casas de Madrid apellidadas *Domingueras* por las visitas dominicales que suelen hacer los caseros para percibir sus alquileres; y, entre otras, además de la ya citada de *Tócame Roque*, recuerda la del *Mundo nuevo*, la del *Curra*, la de la calle de la *Paloma*, la calle de Hortaleza, llamada de *Garrones*, la del Pastor, en la calle Segovia, que por el desnivel de terreno ofrece la circunstancia de ser piso bajo por la plazoleta del Alamillo lo que es segundo o tercero por la calle de Segovia, y otras así; y tomando de cada una lo que le pareció oportuno, construyó mentalmente la suya y la colocó en los barrios de San

Lorenzo, para desorientar a los investigadores (si los hubiera) de esta parte topográfica de las *Escenas*.

Costumbres literarias



- I -

La literatura

«Virtud y filosofía

Peregrinan como ciegos:
El uno conduce al otro,
Llorando van y pidiendo.

LOPE DE VEGA.

Desde que en España hay literatura, se ha venido repitiendo constantemente que en ella no puede haber literatos; y siéndolo los mismos que dicen esto, preciso será creerlos bajo su palabra, y convenir con ellos en que el cultivo de las letras no es entre nosotros el mejor género de cultivo.

Y a la verdad ¿qué es un literato, meramente literato, en nuestra España? Una planta exótica a quien ningún árbol presta su sombra; ave que pasa sin anidar; espíritu sin forma ni color; llama que se consume por alumbrar a los demás; astro, en fin, desprendido del cielo en una tierra ingrata, que no conoce su valor.

Si, confiado en la superioridad de su genio, no supo unir la adulación a las dotes de su talento; si, mirando desdeñosamente los intereses materiales, no acertó a mendigar un favor del poderoso; favor menguado que apartándole de sus nobles ocupaciones, le convierte en lisonjeador de oficio o en mecánico oficinista; todo su saber, por grande que sea, bastará tal vez a conquistarle un lugar distinguido en las crónicas literarias del país; acaso la posteridad encomiará su genio; acaso levantará estatuas a su memoria; pero en tanto su vida se consumirá angustiada en medio de las tristes privaciones; y aquel hondo despecho que produce en el alma un desdén injusto, abreviará sus días, y le conducirá muy luego al ignorado sepulcro, que en vano buscarán sus futuros admiradores.

Hubo un tiempo, es verdad, en nuestro país, que parecía presagiar a las letras más alta fortuna, más estimada consideración. Los siglos XVI y XVII, imprimiendo en este punto a las costumbres una tendencia bienhechora, vieron muy luego aparecer eminentes ingenios, que, consignando eternamente la gloria de aquella edad, recompensaron con usura los favores que de ella pudieron recibir.

Sin embargo, no bastó tampoco entonces el talento literario; preciso fue también unir a él la intriga cortesana, y saber prescindir en ocasiones del hombre de letras, para aparecer bajo el aspecto del hombre político o del discreto palaciego. -Los que, como Quevedo, Mendoza y Saavedra, supieron reunir estas cualidades a las de escritores, vieron recompensado su mérito con altos empleos, con regios favores, y figuraron airosamente entre los primeros hombres públicos de su tiempo; los que, como Cervantes, Lope y Moreto, limitaron su ambición a la gloria literaria, fueron, es verdad, el objeto de entusiasmo de su siglo, y pudieron presagiar en vida el tributo de admiración que había de rendirles la posteridad; mas sus trabajos, tan aplaudidos y admirados, no bastaron a asegurarles una cómoda subsistencia, ni a legar a sus hijos otra cosa que la gloria de sus nombres esclarecidos. -Lope de Vega quedó empeñado al morir después de haber escrito dos mil comedias (que los cómicos solían pagarle a 500 rs.), y otras muchísimas obras sueltas; Calderón vendió todos sus autos sacramentales a la villa de Madrid por 16000 rs., y Miguel de Cervantes tuvo que mendigar el socorro de un magnate para dar a luz la obra inmortal que había de ser el primer título de la gloria literaria del país.

Cuando en el último tercio del siglo anterior volvieron a aparecer las letras, después de un largo periodo de completa ausencia, una feliz casualidad hizo que hombres colocados en alta posición social fueran los primeros a cultivarlas; y de este modo se ofrecieron a los ojos del público con más brillo y consideración. Montiano, Luzán, Jovellanos, Campomanes, Saavedra, Llaguno, y los padres Isla y González, el duque de Híjar, los condes de Haro y de Noroña, Viegas, Forner, Cadahalso y Meléndez, ocupaban los primeros puestos del Estado, las sillas ministeriales, las dignidades eclesiásticas, las embajadas, la alta magistratura y los grados superiores de la milicia; bajo este aspecto pudieron servir y sirvieron efectivamente, a las letras, tanto para adquirirlas en el concepto público aquel respeto que por desgracia sólo se prodiga a los falsos oropeles, cuanto para estimular a la juventud a emprender una carrera que no aparecía ya como incompatible con los halagos de la fortuna.

Empero de un extremo vinimos a caer en el opuesto; los jóvenes se hicieron literatos para ser políticos: unos cultivaron las musas para explicar las Pandectas; otros se hicieron críticos para pretender un empleo; cuáles consiguieron un beneficio eclesiástico en premio de una comedia; cuáles vieron recompensado un tomo de anacreónticas con una toga o una embajada. -Y siguiendo este orden lógico se ha continuado hasta el día, en términos que un mero literato no sirve para nada, a menos que guste de cambiar su título de autor por un título de autoridad.

De aquí las singulares anomalías que vemos diariamente; de aquí la prostitución de las letras bajo el falso oropel de los honores cortesanos. -¿Fulano escribió una letrilla satírica? Excelente sujeto para intendente de rentas. -¿Zutano compuso un drama

romántico, o un clásico epitalamio? Preciso es recompensarle con una plaza en la Amortización. -Aquél que hace muy buenas novelas, a formar la estadística de una provincia. -Éste, que ha traducido a Byron; a poner notas oficiales en una secretaría. -El otro, que escribió un folletín de teatros; a representar al Gobierno español en un país extranjero.

Entre tanto, aquellos escritores concienzudos, que ven en el cultivo de las letras su sagrada y única misión, y que no sabiendo o no queriendo abandonarlas, esperan recibir de ellas la única corona a que aspiran, yacen arrinconados, y como se dijo al principio, peregrinos en su propia patria; y el pueblo que los mira, y los magnates que no comprenden la causa noble de su desdén, le arrojan al pasar una mirada compasiva, o llegan a dudar hasta de sus intenciones o su talento... -«¡Literato!... ¿Qué quiere decir literato?...», le preguntará la autoridad al empadronarle. -«¡Poeta!...», repetirá el pueblo... «¡Valiente poeta será él, cuando no ha llegado a ser ni siquiera intendente o covachuelo!».

De esta manera, la multitud, que sólo juzga por resultados, se acostumbra a ver la literatura como un medio, no como un fin; como un título de elevación, no como un patrimonio de gloria; y entre tanto que ensalza y eleva al talento, y engalana la persona del autor con relumbrantes uniformes, deja olvidadas sus obras en la librería; y por una singular contradicción, aquellos mismos escritos bajo los cuales se escondía una elevada posición social, sirven al mismo tiempo para que el inhumano tendero envuelva en ellos las pasas de Málaga, o los quesos de Rochefort.

- II -

El manuscrito

«Así se animarán nuevos autores a imprimir obras que vender al peso».

IRIARTE.

Y para hacer más sensible el argumento por medio de un ejemplo, figurémonos un autor que después de haber dedicado largos años a trabajar concienzudamente una obra literaria, ve por fin concluido el trabajo en que vincula la gloria de su nombre y las esperanzas lisonjeras de su porvenir...

¡Pobre autor! ¡Tú creías cuando dabas fin a la última página de tu libro, que nada te quedaba ya que trabajar, nada que padecer! -Pues entonces es cuando empieza tu verdadero sufrimiento, tu más ingrata tarea. -Por fortuna, en el día no tienes que temer las trabas de una censura arbitraria, ni necesitas mendigar un permiso, que las leyes actuales te conceden gratuitamente... Si hubiera sido hace algunos años, tu primera diligencia sería la de poner un *pedimento* en papel sellado, y cargado con él y con tu manuscrito, acudir a la escribanía de cámara del Consejo de Castilla, dejándolos allí confiados en manos de curiales entre *despojos y moratorias*... ¡Qué agudo puñal para un escritor al dar el tierno adiós (que podía muy bien ser el último) a su amada obra, y arrojarla entre profanos, que midiéndola por su escasa inteligencia, no hacían escrúpulo en despreciar un manuscrito que acaso la posteridad miraría como un tesoro!

El secretario formulaba su relación, y cargando con el manuscrito entre los demás papeles del despacho, entraba al Consejo a dar cuenta de él entre un permiso de feria y un alegato de bien probado; -el tribunal mandaba censurar aquél, y el escribano era regularmente el que designaba el censor; y si la obra era de bella literatura, la remitía al guardián de San Francisco o al cocinero de los Mínimos; y si hablaba de Historia, no faltaba algún capellán de monjas; o un abogado del Colegio, si se trataba de una colección de poesías. -En vano el pobre autor trataba de adivinar por todos los medios posibles en qué manos se hallaba; este secreto era secreto de Estado, y los hombres de ley sabían guardarlo, y dar así a los censores todo el desahogo posible para que pudieran meditarla a su sabor dos o tres años.

¿Quién pintará las angustias de aquel mísero autor en este tiempo? ¿Quién sus exquisitas diligencias para descubrir el paradero de su futura gloria? Por fin, al cabo de muchos meses y de varios pedimentos de recuerdo, decretados por el tribunal, el tiránico censor devolvía la obra, o con una negativa terminante, o toda mutilada con inmundos borrones, que hacían desaparecer su mérito principal; y gracias, cuando no se metía a enmendarla de su propia autoridad y hacer decir al autor cosas que ni en sueños imaginara. -Satisfecho de este modo el tribunal de que el libro no *contenía nada contra nuestra santa religión ni las regalías de la corona*, solía conceder el permiso, y el autor se daba por muy satisfecho cuando a vuelta de algunos ducados, y aparapetado con su *Real cédula*, lograba recoger aquella oveja descarriada, su libro querido, todo desvencijado por manos impuras, y con sendas rúbricas en cada una de sus hojas.

Ahora, es verdad, los tiempos han cambiado; para ser autor no se necesita más que un buen ánimo; y en gracia de esta libertad, han llegado las letras a la altura que las vemos. Asombroso, a decir verdad, debe ser el número de obras importantes que han debido ver la luz desde que se abolió toda censura; nuestros escritores, que antes se escudaban con ella para justificar su silencio, han podido dar a conocer sus prodigiosos adelantos y su genio superior. Ciencias, artes, literatura, todo han podido tratarlo con extensión; nadie les ha ido a la mano... Desde entonces las imaginaciones han tomado un vuelo gigantesco, las luces se propagan, las prensas gimen, y... ¡desgraciada la madre que en estos tiempos no tiene un hijo escritor!... Por resultado de este movimiento admirable, benéfico, sublime, ¿dónde están las enciclopedias profundas, las filosóficas historias, los científicos viajes, las críticas novelas, los admirables poemas? -Sin duda que han debido

abundar en estos tiempos de franquía político-literaria. -Sin duda que nuestros escritores se habrán dado prisa a vengar el honor nacional, y a responder victoriosamente a los terribles cargos que de dos siglos a esta parte les dirige la Europa entera... -Sí, señor, han respondido, han escrito multitud de volúmenes... de periódicos, llenos de partes militares o de alocuciones civiles. El público no quiere más historias que la historia contemporánea, ni busca otro progreso sino el progreso de la guerra.

- III -

La librería

«En literatura, el producto del trabajo esté en razón inversa de su importancia».

ADISSON.

Mas, volviendo a nuestro anónimo escritor, a quien hemos dejado con su manuscrito bajo el brazo, salvándole, cual otro Camoens, de los embates de las olas, sigámosle paso a paso en sus diligencias ulteriores hasta ver realizado el objeto de sus esperanzas.

Por de pronto, le encontraremos corriendo una a una todas las imprentas de Madrid, y cotejando formas, y demandando precios, y escogiendo papel, y reduciendo, en fin, a números todas las circunstancias del contrato, hasta arreglar convenientemente sus bases.

Pocas cosas hay tan entretenidas como ver a un literato ajustar una cuenta o formar un cálculo con aquella pluma con que suele volar por las vagas regiones de la fantasía. La falta de práctica y su escaso conocimiento de los guarismos le hacen equivocar a cada paso la cuenta; y suma y multiplica, y vuelve a sumar y multiplicar, y unas veces saca mil y otras un millón; y quien de 24 quita 6 deja 40, y llevo 7; dos mil ejemplares vendidos a duro hacen 200000 duros; rebajados 500 por el coste de su impresión, quedan 150000 duros limpios de polvo y paja... ¿A dónde vamos a parar?

Que se ajustan, en fin, literato e impresor, y que empieza la tarea de la *composición* y la *corrección de pruebas*, y el *ajuste*, y el *pliego de prensa*, y la *tiración y retiración*, y las *capillas*, y el *alce* y el *plegado*; y mi autor en algunos meses no sabe qué cosa es dormir, ni sosiega un solo instante; y unas veces riñe con el regente de la imprenta por la tardanza, y otras con los cajistas por la precipitación; y se desespera por una errata, porque en vez de *tu mano esquiva*, le han puesto *tu mano de escriba*, o en lugar de

memoria póstuma han estampado *memoria postema*, u otros *quid pro quos* tan inocentes como éstos, en que suelen incurrir los inocentes cajistas.

Llega, por fin, el suspirado momento en que, ya corrientes y encuadernados los ejemplares de impresión, va a proceder a la venta, y una mañanita muy temprano sale mi diligente autor a revistar uno por uno todos los esquinzos de Madrid, donde ha hecho fijar grandes cartelones con letras tan grandes como todo el libro; y se aflige y desespera porque unos los encuentra demasiado altos, y otros demasiado torcidos; cuáles empezados a rasgar; cuáles rasgados del todo; éstos cubiertos por un anuncio de novillos; aquéllos ofuscados por una función de cofradía. -Pero se consuela con que en aquel mismo día la *Gaceta* y el *Diario* han anunciado su obra *en términos precisos*, y que ya de antemano ha regalado un ejemplar a todos los periodistas de Madrid, los cuales, en conciencia no podrán menos de decir que la obra es excelente, y el autor un buen sujeto, con la demás música celestial de costumbre, no olvidando al final la librería donde se vende o se quiere vender.

Y aquí llamo la atención de mis lectores no madrileños, para hacerles un pasajero bosquejo de lo que es una *librería* en nuestra heroica capital.

Siempre que a su paso se encuentren una portada gótico-arabesca y hermoso cierre de cristalería; siempre que vean relucir en el interior brillantes dorados y transparentes, y coronada la pintada muestra por un cuerno de Amaltea o por una fama trompetera; aquello, por supuesto, no es una librería, sino un almacén de objetos más útiles, tales como guantes o confitura.

Siempre que miren un prolongado mostrador, asediado por multitud de bellezas mercantes, por infinidad de galanes paganos; allí, por supuesto, no se venden libros, sino sedas y cachemiras, ni se conocen otras letras que las de «*Precio fijo*», estampadas en góticos caracteres en el fondo del almacén.

Empero cuando vean un menguado recinto de cuarenta pies de superficie, abierto y ventilado por todas sus coyunturas, cubiertas las paredes de unos andamios bajo la forma de estantería, y en ellos fabricada una segunda pared de volúmenes de todos gustos y dimensiones, pared tan sólida e inamovible como la que forma el cuadrilátero recinto; - siempre que vean éste, cortado a su término medio por un menguado mostrador de pino sin disfraz, tan angosto como banco de herrador, y tan plana su superficie como las montañas de la Suiza; -siempre que encima de este laboratorio vean varias hojas impresas a medio plegar, varias horteras de engrudo, y el todo amenizado con las cortaduras del papel y los restos del pergamino; -siempre que detrás acierten a columbrar la fementida estampa de un hombre chico y panzudo, como una olla de miel de la Alcarria, y vean sobre la abertura que forma la trastienda un pequeño nicho en forma de altar con una estampa de San Casiano, patrón de los hombres de letras; -siempre que encuentren, en fin, todas estas circunstancias, detengan el paso, alcen la cabeza, y verán en los dos esquinzos de entrada unos misteriosos emblemas de líneas blancas y coloradas, y sobre el cancel un mal formado rótulo, que en anticuadas letras dirá forzosamente: «LIBRERÍA».

A decir verdad, que nada es más a propósito para dar una idea del estado de la literatura en nuestro país, como el aspecto de las tiendas de libros, que sin celos ni estímulos de ninguna especie han visto progresar y modificarse, según los preceptos de la moda, a las quincallerías, floristas, confiteros, todos los almacenes de comercio, hasta las zapaterías y tabernas; y ellas, impasibles en aquel estado normal que las imprimió el siglo XVIII, han permanecido estacionarias, sobreviviendo indiferentes a las revoluciones de la moda y a las convulsiones heroicas del país.

Si, prescindiendo de la librería, consideramos aisladamente la persona del librero, hallaremos en él la misma inamovilidad, igual estoicismo que en aquélla. -Desdeñando con altivez todos los esfuerzos del resto del comercio, vive tranquilamente encuadrado en su mostrador de pino y sus anaqueles de becerro, repartiendo el producto del humano saber con sus compañeros los ratones (que hoy los hay con un hambre del año 12). Si escucha hablar del colosal movimiento de los libreros de Londres y de París, del lujo de sus almacenes, de la pompa de sus catálogos, y de sus grandes empresas mercantiles, el librero madrileño sonríe desdeñoso, y sigue sin responder plegando calendarios o dando a los cartones una mano de engrudo. -Si se le pregunta por el mérito de una obra, responde con indiferencia: -«No es cosa; no se han vendido más que cien ejemplares». Para él la pauta de todos los libros está en su libro de caja, y por este estilo aprecia más que las obras de Homero, el *Sarrabal de Milán*; y mucho más el *Arte de cocina*, que los *Varones ilustres* de Plutarco.

Ocupado sin cesar en sus mecánicas tareas, escucha con indiferencia las interesantes polémicas de los abonados concurrentes (todos por supuesto literatos), que ocupan constantemente los mal seguros bancos extramuros del mostrador; los cuales literatos, cuando alguno entra a pedir algún libro, le glosan y le comentan; y dicen que no vale cosa; y después de juzgarle a su sabor, le piden prestado al librero un ejemplar para leerle. Y mientras tanto ojean un periódico, y mascan y muerden a su sabor el artículo *de fondo*, y luego la pegan con la comedia nueva y hacen una disección anatómica de ella y de su autor. Todo hasta que dan las dos, hora en que el librero, recogiendo sus chismes, les invita a comer la puchera, que es lo mismo que decirles que se vayan a la calle. Y luego cierra la tienda, y come y duerme su siesta, y vuelve a abrir, y vuelve a reproducirse la escena anterior.

Pero si mal no me acuerdo, dejamos a mi autor caminando hacia la librería; pues bien, figurémonos que entra en ella a la sazón que acaba el librero de despachar un ejemplar, el tercer ejemplar de su obra, y que los literatos del banquillo han abierto la discusión sobre ella.

-¿Ha leído V., señor don Hermógenes, ese libro nuevo?

-¡Cómo si lo he leído! Página por página me lo ha consultado su autor.

-¡Calle! ¿conoce V. al autor?

-Pues ¡no le he de conocer, si ha sido discípulo mío! y dé gracias a mis advertencias y correcciones, que si no... pero callemos, que no es cosa de decirlo todo; dejémosle gozar tranquilamente de los honores del triunfo.

-Me han dicho (replica D. Pedancio), que es un muchacho de mérito, y que...

-Sí, señor, *tiene chispa*, y si estuviera bien dirigido...

-¿Cómo bien dirigido? ¿pues no he dicho que le dirijo yo?

-Tiene V. razón, y a decir la verdad, ya me parecía a mí que era imposible que ese mozo hiciera por sí nada de provecho; figúrense ustedes que le he conocido hace veinte años jugando a la rayuela todas las tardes con los chicos de mi vecino don Abundio... y luego, señor, lo que yo digo, ¿qué han de saber estos muchachos, ni qué universidades han cursado, ni qué oposiciones han sostenido, ni...?

(Mientras este ligero diálogo, el joven autor ha entablado un *aparte* con el librero para informarse de la venta; y luego que éste le asegura que en todo el día ha realizado tres ejemplares, hace un gesto expresivo, da un suspiro, y lanzando una mirada fulminante a los interlocutores, se sale precipitadamente de la tienda.)

-Oiga V., señor amo de casa, ¿no querrá V. decirnos quién es ese caballere que acaba de salir?

-Ese caballere (responde el librero), es un amigo de todos ustedes y protegido de mi señor don Hermógenes.

-¿De verdad?

-Sí, señores, es el autor de quienes ustedes hablaban, y no sé cómo no lo han conocido.

-A la verdad, replican todos, que está bastante desfigurado... y luego esta vista tan cansada... ¿no es verdad, V., señor don Pedancio?

Los quince primeros días repite diariamente el joven la visita a la librería, y ajustando mentalmente la cuenta, saca la consecuencia de que en ellos ha despachado veinte y cinco ejemplares; y sin embargo, todo el mundo le habla de la obra, y todos sus amigos se la elogian y le colocan a par de Cervantes; es verdad que él ha tomado la precaución de regalársela a todos; y al cabo del mes pide cuentas al librero, el cual se la da de treinta ejemplares; al segundo mes de diez, y al tercero de ninguno; y entre tanto el impresor le ha cobrado la suya, y el encuadernador igualmente; y advierte, en fin, que su futura gloria le ha costado un purgatorio presente; y que en vez de los ciento cincuenta mil duros de ganancia, se halla con cien doblones de menos en el bolsillo.

- IV -

El autor

«Oui, j'aime mieux, n'en deplaise à la gloire, vivre au monde deux jours que mil ans dans l'histoire».

MOLIÈRE.

Y con perdón de la gloria,
mucho más estimaría
vivir en el mundo un día
que mil años en la historia.

Entonces reconoce la ingratitud del siglo, y medita filosóficamente sobre la ignorancia de la multitud; pero templa su dolor con la consideración de los inconvenientes de la riqueza, y la gloria que le brinda la fama en las futuras edades, con lo cual se determina a pasar el resto de sus días dedicado a la filosofía y al estudio. -Mas desgraciadamente llega el día 30 del mes, y el casero le recuerda el alquiler del cuarto; la patrona le reclama el gasto de la casa; el sastre tiene la inhumanidad de presentarle la cuenta, y hasta el grosero asturiano que le sirve se atreve a interpelarle sobre el pago de su salario.

El desdichado autor cae entonces bruscamente desde su cielo ideal en este mundo mecánico y positivo; mira con dolor que el ingenio es un capital pasivo, que no empieza a producir hasta después de la muerte; que la sabiduría no tiene cosecha, o que si siembra ideas es para recoger únicamente desengaños; que hacer libros donde nadie lee, es ponerse a fabricar rosarios en Pekín; que aquella individualidad, aquella sublime excepción a que ha aspirado por resultado de sus tareas, le han constituido en una situación exótica en medio de una sociedad material y positiva; y que, en fin, todo su talento, toda su nombradía, no pueden hacerle prescindir de aquellas necesidades que esta misma sociedad le impone.

Entonces es cuando, dando un nuevo giro a sus ideas, las materializa y dirige a un resultado positivo; entonces cuando hace el sacrificio de su futura gloria en gracia de su vivir presente, y trata de hacer valer sus circunstancias para llegar a clasificarse en esta misma sociedad que antes miraba con enfático desdén. Entonces es cuando cambia las bibliotecas por las antesalas; los profundos volúmenes por los periódicos fugitivos; las

relaciones literarias por las encumbradas y políticas. Entonces cuando hace la oposición o la defensa de los ministros; entonces cuando brilla en su mayor esplendor, y todos alaban su talento, y pasa de mano en mano altamente recomendado, hasta que da en las de un poderoso Mecenas, que, en justo galardón de sus conocimientos literarios, o de su numen poético, le encaja una contaduría de estancadas o una administración de correos, con lo cual el ex-autor hace almoneda de sus libros, vende al peso todas sus impresiones a un almacenista de chocolate, y marcha satisfecho a desempeñar su destino y a firmar *oficios y cargaremes*.

Y aquí concluyó el literato, y empezó su positiva carrera el funcionario público.

(Marzo de 1837)

NOTA. -Este artículo en que se pretende bosquejar las diversas fases de nuestra vida literaria, según las épocas pasada y presente, fue escrito en principios de 1837 para insertarse en el periódico o revista quincenal que empezó a publicar el *Liceo artístico y literario* de Madrid, especie de *Álbum* en que todos los socios de aquella nueva y brillante corporación, consignaban espontáneamente los frutos de su ingenio.

En todo el artículo domina el pensamiento del autor, a saber: la falta de consideración, o de aplicación, que entre nosotros cuentan los estudios científicos y literarios por sí mismos, y la sobra de protección indiscreta que suele reclamarse y obtenerse del gobierno, no para los mismos escritos, sino para las personas de los autores, sacándolos de su esfera, y colocándolos en empleos elevados y brillantes, que les hacen desdeñar el cultivo de las letras, y hasta renegar de sus antiguos títulos de gloria. -En este punto las opiniones del autor son contrarias, no sólo a las de los Gobiernos, sino a las de los mismos literatos, para quienes desearía, sí, una modesta medianía y desahogo; pero no grandes títulos, honores y cargos que los arrancan a sus tareas literarias, y esta convicción es en él tan profunda, cuanto que está persuadido de que si *Cervantes* hubiera sido director de Rentas o intendente, nunca escribiría el *Quijote*; *Lope* y *Calderón*, si hubiesen llegado a obispos, no habrían dado tanta gloria a la escena española; ni *Shakespeare*, ni *Molière*, hubieran enaltecido la francesa, si de pobres y asendereados farsantes, hubieran subido de pronto a ser embajadores, ministros o generales.

En la reacción literaria que se verificaba por aquellos años en nuestro país, al mismo tiempo que la revolución política, o más bien como consecuencia de ella, se observaba desde luego esta tendencia fatal, esta protección funesta, al sentir del autor, hacia las personas de los literatos; la libertad del pensamiento, exento ya de toda traba de censura; el aumento de vitalidad y de energía propia de las épocas de revueltas políticas, de discusión y de lucha; el vigor y entusiasmo de una juventud ardiente, apasionada, y que entraba a figurar en un mundo agitado por las nuevas ideas; el brillo y esplendor con que éstas se engalanaban y brindaban en su cultivo un magnífico porvenir; todas estas causas reunidas produjeron en nuestra juventud una excitación febril hacia la gloria política, literaria, artística, hacia toda gloria, en fin, o más bien hacia toda fama y popularidad.

La fundación del *Ateneo Científico* y la del *Liceo Artístico y Literario*, verificadas en 1835 y 36, fueron la señal de dar principio aquella época de regeneración, de entusiasmo y de gloria. -Las cátedras y discusiones de la primera de aquellas sociedades; las sesiones de competencia, representaciones y juegos florales de la segunda, ofrecían por entonces tan halagüeño y seductor espectáculo para las letras y para las artes, que parecía inconcebible la simultánea existencia de una guerra civil enconada y asoladora; y no sólo produjeron enseñanzas útiles, para las ciencias de la política, de la administración y de la literatura, no sólo dieron por resultados obras estimables en todos los ramos del saber, sino que, presentadas con un aparato y magnificencia sin igual, en suntuosos salones frecuentados por los monarcas, la corte y lo más escogido e ilustrado de la sociedad madrileña, excitaron hasta un punto indecible el entusiasmo y la afición del público, realzaron la condición del hombre estudioso, del literato, del artista, ofreciéndolos a la vista de aquél con su aureola de gloria, con su entusiasmo, sus frescos laureles, su doctrina en la boca y en la mano su libro o su pincel.

Los elocuentes acentos de Martínez de la Rosa, Galiano, Lista, el Duque de Rivas, Donoso Cortes, Pacheco, Pérez Hernández, Benavides y otros muchos, resonando diariamente en las cátedras del primero de aquellos establecimientos; la rica fantasía de los insignes poetas y amenos escritores Bretón de los herreros, Gil y Zarate, Hartzenbusch, Roca de Togores, Rubí, García Gutiérrez (glorias de nuestro teatro moderno), las de Zorrilla y Espronceda, la Avellaneda, Enrique Gil, Bermúdez de Castro y Tassara, altamente célebres en la poesía lírica; las de Escosura, Villalta, Segovia, Abenamar, Lafuente, Cañete y el *Curioso Parlante*, y de otros celebrados escritores, que diariamente aparecían en la próspera tribuna del Liceo, formaban, pues, un armonioso conjunto de vitalidad literaria, un magnífico alarde de la emancipación del pensamiento y de las nuevas condiciones de nuestra sociedad.

Mas, pasados aquellos momentos de ardiente fe y de sed entusiasta de gloria, la tendencia del siglo es a materializar los goces y utilizar prosaicamente las inteligencias: por eso los liceos desaparecieron; por eso los desampararon los autores, corriendo a la redacción de los periódicos políticos y a la tribuna parlamentaria, para conquistar, no aquellos modestos y gloriosos laureles que en otro tiempo bastaban a su ambición, sino los atributos del poder y los dones de la fortuna.

De todos los nombres que arriba quedan citados, los más, casi todos, figuran hoy en las listas de los ministros, embajadores, consejeros, gobernadores, diputados y publicistas, en opuestos bandos y con varias alternativas: algunos, como Espronceda y Larra, Villalta y Enrique Gil, descendieron prematuramente al sepulcro; y pocos, muy pocos, acaso sólo *Zorrilla* y el *Curioso Parlante*, han preferido conservar su nombre exclusivamente literario y su independencia política y social.

El cesante

«*Les hommes en place ne sont que des pantins, coupez le fils qui le faisait mouvoir, le pantin reste immobile*».

DIDEROT.

La sociedad moderna con su movilidad y fantasías, ofrece al escritor filósofo usos tan extravagantes, caracteres tan originales que describir, que espontáneamente y sin violencia alguna han de hacerle distinguirse entre los que le precedieron en la tarea de pintar a los hombres y las cosas en tiempos más unísonos y bonancibles.

Uno de estos tipos peculiares de nuestra época, y tan frecuentes en ella como desconocidos fueron de nuestros mayores, es sin duda alguna el hombre público reducido a esta especie de muerte civil, conocida en el diccionario moderno bajo el nombre de *cesantía*, y ocasionada, no por la notoria incapacidad del sujeto, no por la necesidad de su reposo, no, en fin, por los delitos o faltas cometidas en el desempeño de su destino, sino por un capricho de la fortuna, o más bien de los que mandan a la fortuna; por un vaivén político, por un *fiat*; por aquella ley, en fin, de la física que no permite a dos cuerpos ocupar simultáneamente un mismo espacio.

Fontenelle solía decir que el *Almanak royal* era el libro que más verdades contenía; si hubiera vivido entre nosotros y en esta época, no podría aplicar igual dicho a nuestra *Guía de forasteros*. -Ésta (según los más modernos adelantamientos) no rige más que el primer mes del año; en los restantes sólo puede consultarse como documento histórico, como el ilustre panteón de los hombres que pasaron; monetario roñoso y carcomido; museo antiguo, ofrecido a los curiosos con su olor de polvo y su ambiente sepulcral.

Fueron ya los tiempos en que el afortunado mortal que llegaba a hacerse inscribir en tan envidiado registro podía contar en él con la misma inamovilidad que los bien aventurados que pueblan el calendario. -En aquella eternidad de existencia, en aquella unidad clásica de acción, tiempo y lugar, los destinos parecían segundos apellidos, los apellidos parecían vinculados en los destinos. Ni aun la misma muerte bastaba a las veces a separar los unos de los otros; trasmitíanse por herencia directa o transversal, descendente o ascendente; a los hijos, a los nietos, a los hermanos, a los tíos, a los sobrinos; muchas veces a las viudas, y hasta los parientes en quinto grado. De este modo existían familias, verdaderos planteles (*pépinières* en francés) para las respectivas carreras del Estado; tal para la iglesia, cuál para la toga, ésta para el palacio, estotra para el foro, aquella para la diplomacia, una para la militar, otra para la rentística; cuáles para la municipal, y hasta para la porteril y alguacilesca; -familias venerandas, providenciales, dinásticas, que parecían poseer exclusivamente el secreto de la inteligencia de toda carrera, y trasmitirlo y dispensarlo únicamente a los suyos, cual el inventor de un bálsamo antisifilítico, o de un emplasto febrífugo, endosa y trasmite sigilosamente a su presunto heredero el inestimable secreto de su receta.

Desgraciadamente (para ellas) estos tiempos desaparecieron, y con ellos el exclusivo monopolio de los empleos y distinciones sociales. -Hoy éstos corren las calles y las plazas, y penetran en los salones, y suben a las buhardillas; y bajan al taller del artesano, y arrancan al escolar del aula, y al rústico de la aldea, y al comerciante de la tienda, y al atrevido escritor de la redacción de su periódico; pero a par de esta universalidad de derecho, de esta posibilidad en su adquisición a todas las condiciones, a todos los individuos, así es también la inconstancia de su posesión, la veleidosa rapidez de su marcha. Semejantes a los actores de nuestros teatros, los hombres públicos del día aprenden costosamente su papel; y no bien lo han ensayado cuando ya se les reparte otro o se quedan las más veces para comparsas. -Hoy de magnates, mañana de plebe, ora dominantes, luego dominados; tan pronto de Césares, tan luego de Brutos; ya de la oposición, ya de la resistencia; cuándo levantados como ídolos, cuándo arrastrados por los pies.

Esta porción agitada, esta masa flotante de individuos que forma lo que vulgarmente suele llamarse *la patria*, viene a constituir el más entretenido juego teatral para el moderno espectador que, sentado en su luneta, y sin otra obligación que la de pagar cuando se lo mandan (obligación no por cierto la más lisonjera ni agradecida), apenas tiene tiempo de formarse una idea bien clara de los actores ni aun del drama; y con la mayor buena fe, atento siempre a los movimientos del patio, aplaude lo que éste aplaude, y silba cuando éste tiene por conveniente silbar.

Pero dejemos a un lado los hombres en acción; prescindamos de este cuadro animado y filosófico, digno de las plumas privilegiadas de un Cervantes o del autor del Gil Blas; mi débil paleta no alcanza a combinar acertadamente los diversos colores que forman su conjunto; y volviendo a mi primer propósito, sólo escogeré por objeto de este artículo aquellas otras figuras que hoy suelen llamarse *pasivas*; dejaremos los hombres *en plaza* por ocuparnos de los hombres *en la calle*; los empleados *de labor*, por los empleados *de barbecho*; los que con más o menos aplauso ocupan las tablas, por aquellos a quienes sólo toca abrir los palcos o encender las candilejas.

Como no todos los lectores de este artículo tienen obligación de haberlo sido de todos mis anteriores cuadros de costumbres, muchos habrá que no tengan noticia de las varias figuras que, según lo ha exigido el argumento, han salido a campear en esta mágica linterna. Tal podrá suceder con *Don Homobono Quiñones*, empleado antiguo y ex-vecino mío, cuyo carácter y semblanza me tomé la libertad de rasguñar en el artículo titulado *El día 30 del mes*.

Cinco años han transcurrido desde entonces, y en ellos los sucesos, marchando con inconcebible rapidez, han arrastrado tras sí los hombres y las cosas, en términos que lo de ayer es ya antiguo; lo del año pasado inmemorial.

Pongo en consideración del auditorio qué parecerá don Homobono, con sus sesenta y tres cumplidos, su semblante jovial y reluciente, su peluca castaña, su corbata blanca, su vestido negro, su paraguas encarnado, y sus zapatos de castor; ni si un hombre que no se sienta a escribir sin haberse puesto los guardamangas, que no empiece ningún papel sin la

señal de la cruz, ni concluye sin añadirle puntos y comas, podía alternar decorosamente con los modernos funcionarios en una oficina *montada* según los nuevos adelantos de la ciencia administrativa.

No es, pues, de extrañar que, pesadas todas aquellas circunstancias, y puestos en una balanza la peluca del don Homobono, sus años y modales, su añejo formulario, su letra de Palomares, sus anteojos a la Quevedo, su altísimo bufete y sus carpetas amarillas; y colocadas en el otro peso las flamantes cualidades de un joven de 28, rubicundo Apolo, con sus barbas a terciá, y su peinado a la Villamediana, su letra inglesa, sus espolines y su lente, su erudición romántica y la extensión de sus viajes y correrías; no es de extrañar, repito, que todas estas grandes cualidades inclinasen la balanza a su favor, suspendiendo en el aire al don Homobono, aunque se le echasen de añadidura sus treinta años de servicio puntual, sus conocimientos prácticos, su honradez y probidad no desmentidas. - Verdad es que para neutralizar el efecto de estas cualidades, cuidó de echarse mano de algunas muletillas relativas a las opiniones del don Homobono; v. g., si no leía más periódicos que el *Diario*; si rezaba o no rezaba novenas a Santa Rita; y si paseaba o no paseaba todas las tardes hacia Atocha con un ex-consejero del ex-Consejo de la ex-Hacienda.

Sea, pues, de estas causas la que quiera, ello fue, en fin, que una mañana temprano, al tiempo que nuestro *bonus vir* se cepillaba la casaca y se atusaba el peluquín para trasladarse a su oficina, un cuerpo extraño a manera de portero se le interpone delante y le presenta un pliego a él dirigido con la S. y la N. de costumbre. -El desventurado rompe el sello fatal, no sin algún sobresalto en el corazón (que no suele engañar en tales ocasiones), y lee en claras y bien terminantes palabras que «S. M. ha tenido a bien declararle *cesante*, proponiéndose tomar en consideración sus servicios, etc.»; y terminando el ministro su oficio con el obligado sarcasmo del «*Dios guarde a usted muchos años*».

Hay circunstancias en la vida que forman época, por decirlo así; y el tránsito de una ocupación constante a un indefinido reposo, de una tranquila agitación a una agitada tranquilidad, no es por cierto de las menores peripecias que en este pícaro drama de nuestra existencia suelen venir a aumentar el interés de la acción. -Don Homobono, que por los años de 1804 había logrado entrar de meritorio en su oficina, por el poderoso influjo de una prima del cocinero del secretario del Príncipe de la Paz, y no había pensado en otra cosa que en ascender por rigurosa antigüedad, se hallaba por primera vez de su vida en aquella situación excéntrica, después de haber visto pasar sobre su impermeable cabeza todos los sistemas retrógrados y progresivos, todas las formas de gobierno conocidas de antiguos y modernos.

Volvió, pues, a su despacho; dejó en él con dignidad teatral los papeles y el cortaplumas; pasó al cuarto de su esposa, con la que alternó un rato en escena jaculatoria; tomó una copita de Jerez (remedio que, aunque no lo apuntó el andaluz Séneca, no deja de ser de los más indicados para la tranquilidad del ánimo), y ya dadas las once, se trasladó en persona a la calle, donde es fama que su presencia a tales horas, y en un día de labor, ocasionó una consternación general, y hasta los más reflexivos de los vecinos del

barrio auguraron de semejante acontecimiento graves trastornos en nuestro globo sub-lunar.

Yo quisiera saber qué se hace un hombre cuando le sobra la vida; quiero decir, cuando tiene delante de sí seis horas en que acostumbraba prescindir de su imaginación entre los extractos y los informes. -¿Oír misa? -Don Homobono tenía la costumbre de asistir a la primera de la mañana, y por consecuencia ya la había oído. -¿Sentarse en una librería? -En su vida había entrado en ninguna, más que una vez cada año para comprar el Calendario. -¿Pararse en la calle de la Montera? -Todos los actores de aquel teatro le eran desconocidos. -¿Entrar en un café? -¿Qué se diría de la formalidad de nuestro héroe? -No había, pues, más remedio que ir a dar tormento a una silla en casa de algún amigo, y por cuánto y no, este amigo, en quien recayó la elección, fue desgraciadamente un servidor de ustedes.

Dejo a un lado mi natural extrañeza por semejante visita a tales horas; prescindiré también en gracia de la brevedad, de la apasionada relación de su cuita que me hizo el buen D. Homobono; estas cosas son mejor para escuchadas que para escritas, y acaso en mi pluma parecerían pálidos y sin vida razonamientos que en su boca iban acompañados de todo el fuego del sentimiento. Dejando, pues, a un lado estas hipérboles que cada uno de los lectores (y más si es cesante) sabrá suplir abundantemente, vendremos a lo más sustancial de nuestro diálogo, quiero decir, a aquella parte que tenía por objeto demandar consejo y formar planes de vida para lo sucesivo.

Cosa bien difícil, por no decir imposible del todo, es dar nueva dirección a un tronco antiguo, y cambiar la existencia de un ser humano, cuando ya los años han hecho de la costumbre la condición primera del vivir. ¿Qué podría yo aconsejar a nuestro buen cesante en este sentido, aun cuando hubiera llamado a mi auxilio todas las disertaciones de los filósofos antiguos (que no fueron cesantes), y de los modernos, que no sabrían serlo?

Semejante al pez, a quien una mano inhumana arrancó de su elemento, pugnaba el desgraciado con la esperanza de volver a sumergirse en él; ideaba nuevas pretensiones; recorría la nomenclatura de sus amigos y de los míos, por si alguno podía servirle de apoyo en su demanda; traía a la memoria sus olvidados servicios a todos los gobiernos posibles; y ya se preparaba a visitar antesalas, y gastar papel sellado. -Pero yo, que le contemplaba con tranquilidad; yo, que miraba su casacón y su peluca visiblemente retrógrados y opuestos, como quien nada dice, a la marcha del siglo; yo, que sabía que su delito capital era el ocupar una placita que había caído en gracia para darla por vía de dote, con una blanca mano al joven barbudo; yo, en fin, que consideraba lo inútil de todas las diligencias, lo excusado de todas las fatigas del buen viejo, traté de disuadirle, no sin grave dificultad, ofreciendo a su imaginación otras perspectivas más gratas que los desaires del Ministro y las groserías de los porteros.

Habléle de las dulzuras de la vida doméstica; de la independencia en que entraba de lleno al fin de sus días; hícele una pintura virgiliana de los placeres de la vida del campo, excitándole a abandonar la corte, esta colonia de los vicios (como decía el buen cortesano

Argensola), y a pasar tranquilamente el resto de su vida cultivando sus campos, o inspeccionando sus ganados. Pero a todo esto me contestó con algunas pequeñas dificultades, tales como que no tenía campos que cultivar, ni ganados que poder dirigir; que sólo contaba con una mujer altiva y exigente, con unos hijos frívolos y mal educados, con una bolsa vacía, con algunos amigos egoístas, con necesidades grandes, con esperanza ninguna.

-Pues escriba V. (le dije como inspirado), y gane con la pluma su sustento y su reputación.

-¡Escribir, escribir! (me interrumpió el pobre hombre) ¿Usted sabe el trabajo que me cuesta el escribir? ¿Usted sabe que el día que mejor tengo el pulso podría con dificultad concluir un pliego de líneas anchas y de letra redonda, de la que ya por desgracia no está en moda? Y luego al cabo de este trabajo, ¿qué me resultaría de ganancia? Una peseta, como quien dice, todo lo más, y esto... (prosiguió derramando una lágrima), después de humillarme y...

-Calle V. por Dios (le interrumpí), calle V., pues, y no prosiga en delirio semejante. Cuando yo le aconsejaba escribir, no fue mi idea el que se metiese a escribiente; nada de eso, no, señor. Mi intención fue elevarle a la altura de escritor público, a ésta que ahora se llama-«alta misión de difundir las luces», «público tribunado de la multitud», «apostólica tarea de los hombres superiores», y otros dictados así, más o menos modestos. -Y en cuanto al contenido de sus escritos, eso me daba que fuesen propios o cuyos; parto de su imaginación o adopciones benéficas; que no sería V. el primero que en esta materia se vistiese de prendería; y sepa que las hay literarias y políticas, donde en un santiamén cualquier hombre honrado puede encontrar hecho el ropaje que más cuadre a su talle y apostura.

-En medio de muchas cosas que se me han escapado, creo haber llegado a entender (me replicó don Homobono), que V. me aconseja que publique mis pensamientos.

-Cabalmente.

-Está bien, señor Curioso; y ¿sobre qué materia parecele a V. que me meta a escribir?

-Pregunta excusada, señor mío, sabiendo que hoy día, como no sea yo y algún otro pobre diablo, nadie se dedica a otras materias que no sean materias políticas.

-Pero es el caso, señor Curioso, que yo no sé qué cosa sea la política.

-Pues es el caso, Sr. don Homobono, que yo tampoco.

-¡Medrados quedamos!

Después de un rato de silencio contemplativo nos miramos ambos a las caras, como buscando el medio de anudar el roto hilo de nuestro diálogo; hasta que yo, dándole una palmada en el hombro, le dije con tono solemne y decidido:

-Haga V. la oposición.

-¿Y a qué, señor Curioso, si V. no lo ha por enojo?

-¡Buena pregunta por cierto! *Al poder*.

-Cada vez le entiendo a V. menos. Si V. me habla de oposición pública, es bien que le diga que este destino mío (que Dios haya) no es de los que suelen darse por oposición, como las cátedras y prebendas.

-O V., don Homobono, no conoce una sola voz del Diccionario moderno, o yo me explico en hebreo... Hombre de Barrabás, ¿de qué oposiciones me está V. hablando? La oposición que yo le aconsejo es la oposición política, la oposición ministerial, que según los autores más esclarecidos, suele dividirse en dos clases: oposición *sistemática* y oposición *de circunstancias*; quiero decir (porque, según los ojos y la boca que va V. abriendo, veo que no me entiende una palabra), quiero decir que V. debe hoy más constituirse en fiscal, acusador, contrincante, denunciador, y opuesto a todos los altos funcionarios (que es a lo que llamamos *el poder*); y añadir el cañón de su pluma al órgano periodístico (que es lo que llamamos *la opinión pública*).

-Y después de haber hecho todo eso (caso de que yo supiera hacerlo), ¿qué bienes me vendrán con esa gracia?

-¡Qué bienes dice V.! ¡Ahí que no es nada! Desde luego una corona cívica adornará su frente, y podrá contar de seguro con una buena ración de aura popular, cosa de inestimable valor, y sobre lo cual han hablado mucho los filósofos griegos; pero, como V. no es filósofo griego, y por el gesto que va poniendo veo que nada de esto le satisface, le añadiré, como cosa más positiva, que aún podrá conseguir otros frutos más materiales y tangibles; que acaso el miedo que llegará a inspirar pueda más que su mérito; acaso el poder se doblará a su látigo; acaso le tenderá la mano; acaso le asociará a su elevación y... ¿qué destino tenía V.?

-Oficial de mesa de la contaduría de...

-¡Pues qué menos que intendente o covachuelo!

-¿De veras?

-De veras.

-¡Ay, señor Curioso de mi alma! ¿Por dónde y cuándo debo empezar a escribir?

-Por cualquier lado y a todas horas no le faltará motivo; pero, supuesto que V. ha sido empleado durante treinta años, con sólo que cuente sencillamente lo que en ellos ha visto le sobra materia para más de un tratado de política sublime, de perpetua y ejemplar aplicación.

-Usted me ilumina con una idea feliz; ahora mismo vuelo a mi casa y... ya me falta el tiempo... ¡Ah!... se me olvidaba preguntar a V.: ¿qué título le parece a V. que podría poner a mi obra?

-Hombre, según lo que salga.

«Si sale con barbas, sea San Antón,
Y si no, la pura y limpia Concepción».

Pero, según le miro a V., paréceme que a su folleto, libro o cronicón, o lo que sea, no le cuadraría mal el titulillo de «*Memorias de un cesante*».

-Cosa hecha (dijo levantándose mi interlocutor y estrechándome la mano), cosa hecha, y antes de quince días me tiene V. aquí a leerle el borrador; y como Dios nuestro Señor (añadió entusiasmado) quiera continuarme el fuego que en este instante me inspira, creo, señor Curioso, que no se arrepentirá V. de haber proporcionado a la patria un publicista más.

(Agosto de 1837)

El duelo se despide en la iglesia



- I -

El testamento

«Ved de cuán poco valor
Son las cosas tras que andamos
Y corremos
En este mundo traidor,
Que aun primero que muramos
Las perdemos».

JORGE MANRIQUE.

Solamente una vez en mi vida me he visto tan apurado...; pero entonces se trataba de un padrino de boda que la suerte y mi genio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasión dar suelta a la lengua y al bolsillo, y reír, y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces y echar pullas a los novios, y cantar epitalamios, y disparar redondillas, y llenar de simones la calle, y dar dentera a la vecindad. -Mas ahora ¡qué diferencia!... otros deberes más serios eran los que exigía de mí la amistad... ¡Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera, han impreso en mí aquel carácter de formalidad *legal* que la *Novísima* exige para casos semejantes!

Día 1º de marzo era... me acordaré toda mi vida... y acababa yo de despertarme y de implorar la protección del Santo Ángel de la Guarda, cuando vi aparecer en mi estudio una de esas figuras agoreras que un autor romántico no dudaría en calificar de *siniestro bulto*; un poeta satírico apellidaría *espía del purgatorio*; pero yo, a fuer de escritor castizo, me limitaré a llamar simplemente *un escribano*.

Venía, pues, cubierto de negras vestiduras (según rigurosa costumbre de estos señores, que siempre llevan luto, sin duda porque heredan a todo el mundo), y con semblante austero y voz temblorosa y solemne me hizo la notificación de su nombre y profesión:

-Fulano de Tal, secretario de S. M...

Confieso francamente que aunque mi conciencia nada me argüía, no pudo menos de sorprenderme aquella exótica aparición... ¡Un escribano en mi casa! Pues ¿en qué puedo yo ocupar a estos señores? -¿Denuncias?... Yo no soy escritor político ni tal permita Dios. -¿Notificación? Con todo el mundo vivo en paz, e ignoro siquiera dónde se vende el papel sellado. -¿Protesta? Un autor no conoce más letras que las de imprenta... ¿Pues qué puede ser?

-Voy a decírselo a V. -me replicó el escribano-, aunque me sea sensible el alterar por un momento su envidiable tranquilidad. Ignoro si V. es sabedor de que su amigo D. Cosme del Arenal está enfermo.

-¿Cómo? Pues ¿cuándo, si hace pocas noches que estuvo jugando conmigo en Levante una partida de dominó?

-Pues en este momento se halla muy próximo a llegar a su ocaso.

-¿Es posible?

-Sí, señor; una pulmonía, de estas pícaras pulmonías de Madrid, que traen aparejada la ejecución; letras de cambio, pagaderas en el otro barrio a cuatro días fijos, y sin cortesía (con arreglo al artículo 447, tít. 9º, lib. 3º del Código de Comercio), ha reducido al don Cosme a tal extremidad, que en el instante en que hablamos está, como si dijéramos, apercebido de remate; y a menos que la divina Providencia no acuda a la mejora, es de creer que quede adjudicado al señor cura de la parroquia.

Viniendo ahora a nuestro propósito, debo notificar a usted *pro forma*, cómo el susodicho don Cosme, hallándose en su cabal entendimiento y tres potencias distintas, aunque postrado en cama *in articulo mortis*, a causa de una enfermedad que Dios Nuestro Señor se ha servido enviarle, ha determinado hacer su testamento, y declarar su última voluntad, ante mí el infrascrito escribano real y de número de esta M. H. villa, según y en los términos en él contenidos y son como sigue:

Y aquí el secretario me hizo una fiel lectura de todo el testamento desde el *In Dei Nomine* hasta el signo y rúbrica acostumbrados; y por dicha lectura vine en conocimiento de que el moribundo D. Cosme había tenido la tentación (que tentación sin duda debió de ser) de acordarse de mí para nombrarme su albacea, y encargado de cumplir su disposición final.

Heme, pues, al corriente de aquel nuevo deber que me regalaba la suerte, y si me era doblemente sensible y doloroso, déjolo a la consideración de las almas tiernas que sin pretenderlo se hayan hallado en casos semejantes.

Mi primera diligencia fue marchar precipitadamente a la casa del moribundo, para recoger sus últimos suspiros y asistir a consolar a su desventurada familia. Encontré aquella casa en la confusión y desorden que ya me figuraba; las puertas francas y descuidadas; los criados corriendo aquí y allí con cataplasmas y vendajes; los amigos hablándose misteriosamente en voz baja; los médicos dando disposiciones encontradas; las vecinas encargándose de ejecutarlas; los viejos penetrando en la alcoba para cerciorarse del estado del paciente; los jóvenes corriendo al gabinete a llevar el último alcance a la presunta viuda.

Mi presencia en la escena vino a darle aún mayor interés; ya se había traslucido el papel que me tocaba en ella, que, si no era el del primer galán (porque este nadie se lo podía disputar al doliente), era, por lo menos el de barba característico, y conciliador del *interés* escénico. Bajo este concepto, la viuda, los hijos, parientes, criados y demás referentes al enfermo, me debían consideraciones, que yo no comprendí por el pronto, aunque en lo sucesivo tuve ocasión de apreciarlas en su justo valor.

A mi entrada en la alcoba, el bueno de D. Cosme se hallaba en uno de aquellos momentos críticos entre la vida y la muerte, del que volvió por un instante a fuerza de álcalis y martirios. Su primer movimiento al fijar en mí la vista, fue el de derramar una

lágrima; quiso hablarme, pero apenas se lo permitían las fuerzas; únicamente con voz balbuciente y apagada y en muy distantes periodos, creí escucharle estas palabras...

-Todos me dejan... mis hijos... mi mujer... el médico... el confesor...

-¿Cómo? -exclamé conmovido-: ¿en qué consiste esto? ¿Por qué causa semejante abandono?

-No haga V. caso (me dijo llamándome aparte un joven muy perfumado, que, sin quitarse los guantes, aparentaba aproximar de vez en cuando un poquito a las narices del enfermo), no haga V. caso, todos esos son delirios, y se conoce que la cabeza... Vea V., aquí hemos dispuesto todo esto; el médico estuvo esta mañana temprano, pero viendo que no tenía remedio se despidió y... por señas que dejó sobre la chimenea la certificación para la parroquia... El confesor quería quedarse, es verdad, pero le hemos disuadido, porque al fin, ¿qué se adelanta con entristecer al pobre paciente?... En cuanto a la señora, ha sido preciso hacerla que se separe del lado de su esposo, porque es tal su sensibilidad que los nervios se resentían, y por fortuna hemos podido hacerla pasar al gabinete que da al jardín; por último, los niños también incomodaban, y se ha encargado una vecina de llevarlos a pasear.

-Todo eso será muy bueno -repliqué yo-, pero el resultado es que el paciente se queja.

-¡Preocupación! ¿quién va a hacer caso de un moribundo?

-Sin embargo, caballero, la última voluntad del hombre es la más respetable, y cuando este hombre es un esposo, un padre, un honrado ciudadano, interesa a su esposa, interesa a sus hijos, interesa a la sociedad entera el recoger cuidadosamente sus últimos acentos.

-¡Bah! ¡antiguallas del siglo pasado! -dijo el caballero, y frunció los labios, y arregló la corbata al espejo, y se deslizó bonitamente del lado del gabinete del jardín.

Entre tanto que esto pasaba, el enfermo iba apurándose por momentos; los circunstantes, conmovidos por aquel terrible espectáculo, fueron desapareciendo, y sólo dos criados, un practicante y yo quedamos a ser testigos de su último suspiro, que a la verdad no se nos hizo esperar largo rato.

- II -

El ajuste de un entierro

«*Pompa mortis magis terret quam mors ipsa*».

El difunto D. Cosme había casado en segundas nupcias, a la edad de cincuenta y nueve años con una mujer joven, hermosa y petimetra... Puede calcularse por esta circunstancia la exquisita sensibilidad de la recién viuda, y cuán natural era que no pudiera resistir el espectáculo de la muerte de su consorte.

La casualidad que acabo de indicar de haberme dejado solo, me obligó a ser mensajero de tan triste nueva, pasando al efecto al gabinete donde se hallaba la nueva Artemisa, reclinada en un elegante sofá, y asistida por diversidad de caballeros con la más interesante solicitud. Al verme entrar la señora, se incorporó, y alargándome su blanca mano hubo aquello de respirar agitada, y sollozar y desvanecerse, y caer redonda... en el almohadón.

Aquí la tribulación de aquellos rutilantes servidores; aquí el sacar elixires y esencias antiespasmódicas; aquí el aflojar el corsé, y repartirse las manos, y apartar los bucles, y colocar la cabeza en el hombro y hacer aire con el abanico... ¡Qué apurados nos vimos!... Pero al fin pasó aquel terrible momento, y la viuda pareció, en fin, resignarse con la voluntad del Señor, y aun nos agradeció a todos nominalmente por nuestros respectivos auxilios, como si ninguno se le hubiera escapado, en medio de la *ofuscación de su vitalidad*, que así la llamó mi interlocutor de la alcoba.

Pero como todas las cosas en este pícaro mundo suelen equilibrarse por el feliz sistema de las compensaciones, vi que era ya llegada la hora de neutralizar la profunda aflicción de la viudita con la lectura del testamento de D. Cosme, en el cual este buen señor, con perjuicio de sus hijos (que no sé si he dicho que eran del primer matrimonio), hacía en favor de su consorte todas las mejoras que le permitían nuestras leyes, rasgo de heroicidad conyugal que no dejó de excitar las más vivas simpatías en la agraciada y en varios de los afligidos concurrentes.

Desde este momento quedé instalado en mi fúnebre encargo, y después de tomar la venia de la señora, pasé a dar las disposiciones convenientes para que el difunto no tuviera motivo de arrepentirse de haber muerto, dejando, como dejaba, su decoro en manos tan entendidas y generosas.

Mientras esto pasaba en la sala, la alcoba mortuoria servía de escena a otra transformación no menos singular, cual era la que había experimentado el difunto en las diligentes manos de los enterradores, de las vecinas y del barbero. Cuando yo regresé a aquel sitio, ya me encontré al buen D. Cosme convertido en reverendo padre fray Cosme, y dispuesto, al parecer, y resignado a tomar de este modo el camino de la puerta de Toledo. Pero como que antes que esto pudiera verificarse era preciso obtener el pasaporte de la parroquia, tuve que trasladarme a ella para negociar el precio y demás circunstancias de aquel viaje final.

Si estuviéramos despacio, y si los indispensables antecedentes de esta historia no me hubieran ya obligado a dilatarme más que pensé, ocuparía un buen rato la atención de mis lectores para transcribir aquí el episodio del dicho ajuste, y las diversas escenas de que fui actor o testigo durante él en el despacho parroquial.

Pero baste decir que después de largas y sostenidas discusiones sobre las circunstancias del muerto y la clase de entierro que, según ellos, le correspondía; después de pasar en revista una por una todas las partidas de aquel diccionario funeral; después de arreglar lo más económicamente posible la tarifa de *responsos, tumba, crucero, sacerdotes, sacristán, acólitos, capa, clamores, ofrendas, sepultura, nicho, posas, vestuarios, paño, lutos, blandones, tarimas, blandoncillos, sepultureros, hospicio, depósito, veladores, licencias, cera de tumba, santos y altares, cera de sacerdotes, voces y bajones, manda forzosa, y oblata cuarta parroquial*, quedó arreglado un entierro muy decentito y cómodo de *segunda clase* en los términos siguientes:

	Reales
A la parroquia, dependientes y cera	1712
Ofrenda para los partícipes	630
Dos bajones y seis cantores con el facistol, a veinte y cuatro reales	192
Dos filas de bancos	80
Nicho para el cadáver, y capellán del cementerio	490
Bayetas para entapizar el suelo y cubrir el banco travesero, diez piezas, a diez reales y veinte y cuatro maravedises	107 2
Seis hachas para el túmulo a ocho reales	48
La cuarta parte de misas para la parroquia	250
	3509 2

Ya que estuvo arreglado convenientemente, sólo tratamos de echar, como quien dice, el muerto fuera; pues todo el empeño de los amigos y aun de la viuda, era que no pasara la noche en casa, por no sé qué temores de apariciones románticas como las que acababa de leer en uno de los cuentos de Hoffmann.

En los tiempos antiguos, cuando la civilización no había hecho tantos progresos, era frecuente el conservar el cuerpo en la cama mortuoria, uno, dos o más días, con gran

acompañamiento de blandones y veladores, responsos y agua bendita. Los parientes del difunto, los amigos y vecindad, alternaban religiosamente en su custodia, o venían a derramar lágrimas y dirigir oraciones al Eterno por el alma del difunto, y la religión y la filosofía encontraban en este patético espectáculo amplio motivo a las más sublimes meditaciones.

Ahora, bendito Dios, es otra cosa; desde la invención de los nervios (que no data de muchos años), nuestros difuntos pueden estar seguros de que no serán molestados con visitas impertinentes, y que aún no habrán enfriado la cama, cuando de incógnito, sin aparato plañidero, y como dicen los franceses *à la dérobee*, serán conducidos en hombros de un par de mozos como cualquiera de los trastos de la casa: v. g., una tinaja, un piano, o una estatua de yeso. -Luego que le hayan entregado al sacristán de la parroquia, éste le hará colocar en una cueva muy negra y muy fría, y dando el gesto a una rejilla que arranca sobre el piso de la calle, le acomodará entre cuatro blandones amarillos, que con su pálido resplandor atraerán las miradas de los chicos que salgan de la escuela; y se asomarán y harán muecas al difunto, y dirán a carcajadas: «¡Qué feo está!»... y los elegantes al pasar se tapanán las narices con el pañuelo, y las damas exclamarán: «¡Jesús, qué horror! ¿por qué permitirán esta falta de policía?».

Y luego que haya trasnochado en aquel solitario recinto, por la mañanita con la fresca, le volverán a coger los susodichos acarreadores, y le subirán bonitamente a la llanura de Chamberí, o le bajarán a las márgenes del Manzanares, donde sin más formalidad preliminar pasará a ocupar su hueco de pared en aquella monótona anaquelaría, con su número corriente y su rótulo que diga: «*Aquí yace don Fulano de tal*»,- y sin más dísticos latinos, ni admiraciones, ni puntos suspensivos, ni oraciones fúnebres, ni coronas de siemprevivas, se quedará tranquilo en aquel sitio, sin esperar otras visitas que las de los murciélagos, ni escuchar ruido alguno hasta que le venga a despertar la trompeta del juicio.

Quédense la tierna solicitud, las lágrimas, las oraciones y las flores, para las humildes sepulturas de la aldea, adonde todos los días al tocar de la oración, vuelen la desconsolada viuda y los huérfanos a dirigir al cielo sus plegarias por el objeto de su amor, recibiendo en cambio aquel dulce bálsamo de la conformidad cristiana que sólo la verdadera religión puede inspirar. Nosotros, los madrileños, somos más desprendidos; para nada necesitamos estos consuelos, y hacemos alarde de ignorar el camino del cementerio, hasta que la muerte nos obliga por fuerza a recorrerle. (*Véase la nota.*)

- III -

La viuda

«*Vestida toda de luto,*

cédula que dice al aire,
«aquí se alquila una boda,
el que quiera que no tarde».

CASTRO, *Comedia antigua*.

A los cuatro días de muerto D. Cosme se celebró el funeral en la parroquia correspondiente, para cuyo convite hice imprimir en papel de Holanda algunos centenares de esquelas, poniendo por cabeza de los invitantes al Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra, por no sé qué fuero militar que disfrutaba el difunto por haber sido en su niñez oficial supernumerario de milicias; y además, por advertencia de la viuda, que quería absolutamente prescindir de recuerdos dolorosos, no olvidé estampar al final de la esquela y en muy bellas letras góticas la consabida cláusula de:

El duelo se despide en la iglesia.

Llegado el momento del funeral, ocupé, con el confesor y un vetusto pariente de la casa el banco travesero o de ceremonia, y muy luego vimos cubiertos los laterales por compañeros, amigos y contemporáneos del anciano don Cosme, que venían a tributarle este último obsequio, y de paso a contar el número de bajones y de luces para calcular el coste del entierro y poder murmurar de él. En cuanto a la nueva generación, no tuvo por conveniente enviar sus representantes a esta solemnidad, y creyó más análogo el permanecer en la casa procurando distraer a la señora.

Concluido el *De profundis*, con todo el rigor armónico de la nota, y después de las últimas preces dirigidas por los celebrantes delante de nuestro banco triunfante, en tanto que se apagaban las luces, y que las campanas repetían su lúgubre clamor, fuimos correspondiendo con sendas cortesías a las que nos eran dirigidas por cada uno de los concurrentes al desfilar hacia la puerta, hasta que, cumplido este ligero ceremonial, pudimos disponer de nuestras personas. Y, sin embargo, de que ya la costumbre ha suprimido también la solemne recepción del acompañamiento en la casa mortuoria, el otro pie de banco y yo creímos oportuno el pasar a dar cuenta de nuestra comisión a la señora viuda.

Hallábase ésta en la situación más sentimental, envuelta en gasas negras que realzaban su hermosura, y con un prendido tan cuidadosamente descuidado, que suponía largas horas de tocador. Ocupaba, pues, el centro de un sofá entre dos elegantes amigas, también enlutadas, que la tenían cogida entrambas manos, formando un frente capaz de inspirar una elegía al mismo Tíbulo. A uno y otro lado del sofá alternaban interpolados

diversas damas y caballeros (todos de este siglo), que en voz misteriosa entablaban *apartes*, sin duda en alabanza del finado.

Nuestra presencia en la sala causó un embarazo general; los dúos *sotto voce* cesaron por un momento; la viuda, como que hubo de llamar en su auxilio la *ofuscación vital* del otro día; pero luego aquellas amigas diligentes acertaron a distraer su atención enseñándola las viñetas del «*No me olvides*», y de aquí la conversación vino a reanimarse, y todos alababan los lindos versos de aquel periódico, y hasta el difunto me pareció que repetía, aunque en vano, su título. Después se habló de viajes, y se proyectaron partidas de campo, y luego de modas, y de mudanzas de casa, y de planes de vida futura; y la viuda parecía recobrase a la vista de aquellos halagüeños cuadros, como la mustia rosa al benéfico influjo del astro matinal. ¡Qué consejos tan profundos, qué observaciones tan acertadas se escucharon allí sobre la necesidad de distraerse para vivir, y la demencia de morirse los vivos por los muertos, y luego las ventajas de la juventud y las esperanzas del amor!...

Viendo en fin, mi compañero y yo, que íbamos siendo allí figuras tan exóticas como las del *Silencio* y la *Sorpresa* que adornaban las rinconeras de la sala, tratamos de despedirnos; pero el buen hombre (¡castellano y viejo!) atravesando la sala, e interponiéndose delante de la viuda, compungió su semblante e iba a improvisar una de aquellas relaciones del siglo pasado que comienzan «*Que Dios*» y concluyen «*por muchos años*», cuando yo, observando su imprudencia y lo mal recibido que iba a ser este apóstrofe extemporáneo de parte de todos los concurrentes, le tiré de la casaca y le arrastré hacia la puerta diciéndole: «Hombre de Dios, ¿qué va V. a hacer? ¿no sabe usted que *El duelo se ha despedido en la iglesia?*».

(Junio de 1837)

NOTA. -Mucho, es verdad, han variado las costumbres de Madrid en este punto. Al abandono y desdén con que por lo general se procedía a la inhumación de los cadáveres, ha sucedido un aparato y ostentación que, si no prueba mayor grado de cariño y ternura hacia aquellos que desaparecen de entre nosotros, dicen al menos la vanidad mundana y el orgullo de la generación que les sobrevive. Aquello, en los términos que se describe y satiriza en el artículo de *El Duelo*, era ciertamente vituperable y repugnante; esto, en los que quieren hoy la moda y el lujo de las clases acomodadas, viene a ser ya el extremo contrario de exageración y de ruina.

Cabalmente en los momentos en que se ocupaba el autor de censurar aquella antigua costumbre, se inauguraba la nueva con una ocasión tristemente célebre, la de la desgraciada muerte del malogrado escritor D. Mariano José de Larra (*Fígaro*). -Sus amigos y apasionados (en cuyo número se contaban todos los hombres políticos, los literatos y artistas), sin tomar en cuenta más que su gran mérito literario, y no de modo alguno la exaltación criminal que le había conducido al sepulcro, improvisaron en la tarde del 17 de febrero de aquel año una fúnebre comitiva para conducirlo desde su casa, calle de Santa Clara, núm. 3, al cementerio de la puerta de Fuencarral; y colocándole en un carro triunfal, adornado de palmas y laureles, que cubrían sus obras, colocadas sobre el

féretro, siguieron a pie con religioso silencio y compostura los restos mortales de aquél, que en un acto de insensato delirio acababa de apagar la antorcha de una brillante existencia. Reunidos luego en torno de su sepulcro, improvisaron discursos apasionados y bellas composiciones poéticas, despidiéndose del amigo, del escritor y del poeta; y allí mismo, sobre la tumba de aquel raro ingenio, proyectó su primera luz el astro brillante de *Zorrilla*, el primero de nuestros poetas líricos, apareciendo por primera vez a nuestros ojos a la temprana edad de veinte y un años.

Después de aquel primer solemne y público acompañamiento fúnebre, se verificaron otros con sujetos más o menos notables, entre los cuales recordaremos el del inspirado poeta don José de Espronceda; el del gran orador D. Agustín de Argüelles; el del presidente del Congreso, Marqués de Gerona; el del héroe de Zaragoza, el general Palafox, e introduciéndose esta costumbre desde los altos magnates y celebridades políticas o literarias en todas las clases acomodadas de la sociedad, hoy es el día en que por tributo indispensable, pagado, más que a la buena memoria de los que mueren, a la vanidad de los vivos, hay que añadir al coste de un magnífico funeral con grandes músicas, iluminaciones y tumulto, el que ocasiona la solemne traslación del cadáver en un elegante carro fúnebre, precedido de los pobres de San Bernardino con hachas encendidas y seguido del clero y los convidados, o por lo menos un centenar de coches vacíos, más o menos blasonados, con los lacayos de grande librea, guante blanco y sendas hachas apagadas en las manos. -Llegados al cementerio (que también hemos dicho haberse decorado ya con más lujo) es de cajón el que uno o más personajes de la comitiva tomen la palabra y prorrumpen en un discurso fúnebre, un epitafio hiperbólico, y hasta una alocución política más o menos intencionada. -Hecho lo cual, los concurrentes se vuelven a sus carruajes, y se dirigen a la Bolsa, al Congreso, a sus visitas o al Prado; los lacayos revenden al cerero las hachas y van a guardar sus libreas de lujo hasta que vuelva a lucir otro buen día, «en que acompañar a algún señor al cementerio».



**El
Romanticis
mo y los
románticos**

«Señales son del juicio
Ver que todos lo perdemos,
Unos por carta de más
Y otros por carta de menos».

LOPE DE VEGA.

Si fuera posible reducir a un solo eco las voces todas de la actual generación europea, apenas cabe ponerse en duda que la palabra *romanticismo* parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos a las personas como a las cosas, a las verdades de la ciencia como a las ilusiones de la fantasía; esta palabra, que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definición exacta, que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuántas controversias han prodigado los sabios para resolver acertadamente esta cuestión! Y en ellos ¡qué contradicción de opiniones! ¡qué extravagancia singular de sistemas!... -«¿Qué cosa es romanticismo?...». -(les ha preguntado el público); -y los sabios le han contestado cada cual a su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creído ver en él a la naturaleza en toda su verdad; cuáles a la imaginación en toda su mentira; algunos han asegurado que sólo era propio a describir la Edad Media; otros lo han hallado aplicable también a la moderna; aquéllos lo han querido hermanar con la religión y con la moral; éstos lo han echado a reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay, por último, quien sostiene que su condición es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generación de este pretendido descubrimiento, de este mágico talismán, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al través de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar a él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten más libertad a la fantasía, ha adelantado su aplicación a los preceptos de la moral, a las verdades de la Historia, a la severidad de las ciencias; no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseña todas las extravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa a la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye a corromperla más con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la Historia; el poeta, que finge una sociedad fantástica, y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar a la naturaleza aún más hermosa que en su original, todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por extravíos de la razón o debilidades de la humana especie, el siglo actual, más adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

«La necedad se pega» -ha dicho un autor célebre. -No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necedad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto, la romántico-manía se pega también. Y no sólo se pega, sino que, al revés de otras enfermedades contagiosas que a medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, ésta, por el contrario, adquiere en la

inoculación tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa después a ser ridículo; lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene a ser un ramo de locura.

Y he aquí por qué un muchacho que por los años de 1810 vivía en nuestra corte y su calle de la Reina y era hijo del general francés *Hugo*, y se llamaba *Víctor*, encontró el romanticismo donde menos podía esperarse, esto es, en el Seminario de Nobles; -y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderón; -y luego regresó a París, extrayendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó a la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venía a redimirla de la esclavitud de las reglas; -y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atrás su exageración; y los poetas transmitieron el nuevo humor a los novelistas; éstos a los historiadores; éstos a los políticos; éstos a todos los demás hombres; éstos a todas las mujeres; -y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin, a España, y llegó a Madrid (de donde había salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino a dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado a mis lectores; y tal llegó a sus manos, que ni el mismo Víctor Hugo lo conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fue a su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decía él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó a revolver cuadros y libros viejos, y a estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba a encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, o rasguñado al margen por infantil e inexperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase a formular en su persona aquel trasunto de la Edad Media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego a ser considerado como la estampa más *romántica* de todo Madrid, y a servir de modelo a todos los jóvenes aspirantes a esta nueva, no sé si diga ciencia o arte. -Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio sólo por el lado económico, poco o nada podía pesarme de ello; porque mi sobrino, procediendo a simplificar su traje, llegó a alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría más que hacer a los *Utrillas* y *Rougets*.

Por de pronto eliminó el frac, por considerarlo del tiempo de la decadencia; y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como más análoga a la sensibilidad de la expresión. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes; los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; después los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor,

los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfección romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona a un estrecho pantalón que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de ésta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer éstas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuación de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear a dos mejillas lívidas, dos labios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y *fatídica*.-Tal era la *vera efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecía no sé qué de siniestro e inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo a dudar si era él mismo o sólo su traje colgado de una percha; y aconteciome más de una ocasión el ir a hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, o darle una palmada en el pecho, juzgando dársela en el lomo.

Ya que vio romantizada su persona, toda su atención se convirtió a romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. -Por de pronto me declaró rotundamente su resolución contraria a seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazón algo volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática, o con las fórmulas del foro; y después de largas disertaciones vine a sacar en consecuencia que la carrera que le parecía más análoga a sus circunstancias era la carrera de poeta, que, según él, es la que guía derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió día y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relación con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los búhos y de las lechuzas; encaramose a las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó a las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, e hizo experiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. -Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Meléndez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzacs, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba a la melancolía, entreteníase en estudiar la *Craneoscopia* del doctor Gall, o las *Meditaciones* de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudición, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de *fragmentos* en prosa poética, y concluyó algunos *cuentos* en verso prosaico; y todos empezaban con puntos suspensivos,

y concluían en ¡maldición!; y unos y otros estaban atestados de *figuras de capuz*, y de *sinistros bultos*, y de *hombres gigantes*, y de *sonrisa infernal*, y de *almenas altísimas*, y de *profundos fosos*, y de *buitres carnívoros*, y de *copas fatales*, y de *ensueños fatídicos*, y de *velos transparentes*, y de *aceradas mallas*, y de *briosos corceles*, y de *flores amarillas*, y de *fúnebre cruz*. -Generalmente todas estas composiciones *fugitivas* solían llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: v. g. ¡¡¡*Qué será!!!* - ¡¡¡*No!!!*... - ¡*Más allá!*... -*Puede ser*. -¿*Cuándo?* - ¡*Acaso!*... - ¡*Oremus!*

Esto en cuanto a la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos, no sé qué decir, sino que unas veces me parecía mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; -en algunas ocasiones me estremecía al oírle cantar el suicidio, o discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras tenía por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, o haciendo tiernos apóstrofes a la Madre de Dios. -Yo no sé a punto fijo qué pensaba él sobre esto; pero creo que lo más seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendía lo que quería decir.

Sin embargo, el muchacho con estos *raptos* consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuando él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones; y siempre le aplaudían en aquellos rasgos más extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendían de memoria, y luego esforzábanse a imitarlas, y sólo acertaban a imitar los defectos y de ningún modo las bellezas originales que podían recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hacia sí la atención y el entusiasmo de todo el país. -Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid), es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, he aquí la razón por que reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó a concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias y tragó el polvo de los archivos; interpeló a su calenturienta musa, colocándose con ella en la región aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia a una pequeñez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamose al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡Válgame Dios! ¡con qué placer haría a mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composición sublime, práctica explicación del sistema romántico, en que según la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta a fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginación el título y personajes del drama. Helos aquí:

¡¡¡ELLA!!!... Y ¡¡¡ÉL!!!...
DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,
EMBLEMÁTICO-SUBLIME, ANÓNIMO, SINÓNIMO, TÉTRICO Y
ESPASMÓDICO,
ORIGINAL, EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS
EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.
Por...

Aquí había una nota que decía: *(Cuando el público pida el nombre del autor)*; y seguía más abajo.

Siglos IV y V. -La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES

<i>La mujer</i> (todas las mujeres, toda la mujer).	Coro de monjas carmelitas.
<i>El marido</i> (todos los maridos).	Coro de PP. agonizantes.
Un hombre salvaje (el amante).	Un hombre del pueblo.
El Dux de Venecia.	Un pueblo de hombres.
El tirano de Siracusa.	Un espectro que habla.
El doncel.	Otro ídem que agarra.
La Archiduquesa de Austria.	Un demandadero de la Paz y Caridad.
Un espía.	Un judío.
Un favorito.	Cuatro enterradores.
Un verdugo.	Músicos y danzantes.
Un boticario.	Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.
La Cuádruple Alianza.	
El sereno del barrio.	

-Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo, a manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: -1ª. *Un crimen*. -2ª. *El veneno*. -3ª. *Ya es tarde*. -4ª. *El panteón*. -5ª. *¡Ella!* -6ª. *¡Él!* -y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, a saber: *Salón de baile; Bosque; La Capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio*.

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordara una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; conque así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar a que llegue día en que la fama nos la transmita en toda su integridad, día que él retardaba, aguardando a que *las masas* (las masas somos nosotros) se hallen (o nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba *un poco fuerte*.

De esta manera mi sobrino caminaba a la inmortalidad por la senda de la muerte; quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que él llamaba *su misión sobre la tierra*. Empero la continuación de las vigiliyas y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíanle reducido a una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temía encontrarle consumido a impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los más labrados hierros de su balcón a cierta Melisendra de diez y ocho abriles, más pálida que una noche de luna, y más mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados a la veneciana, y sus mangas a lo María Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo a la Straniera, y su cinturón a la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello a lo huérfana de Underlach.

Hallábase a la sazón meditabunda, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto..., libro que, según el forro amarillo, su tamaño y demás proporciones, no podía ser otro, a mi entender, que el *Han de Islandia* o el *Bug-Jargal*.

No fue menester más para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcón de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo a inflamar súbitamente su corazón. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse a aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de... *romanticismo puro*.

Pero al cabo el sujeto en cuestión era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrobamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mío, procurador del número y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase a la muchacha (siempre llevando por delante la más sana intención), y con el deseo también de distraerle de sus melancólicas tareas, no sólo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinación.

Lisonjeábanse, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado más descompuesto y atroz corrió a encerrarse en su cuarto gritando desafortadamente: -«¡Asesino!... ¡Asesino!...¡Fatalidad!...¡Maldición!...».

-¿Qué demonios es esto? -Corro al cuarto del muchacho; pero había cerrado por dentro y no me responde; vuelo a casa del vecino por si alcanzo a averiguar la causa del desorden, y me encuentro en otro no menos terrible a toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

-¿Qué es esto, señores? ¿qué es lo que hay?

-¿Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¿qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V... Lea V., lea usted qué proyectos son los suyos; qué ideas de amor y de religión... -Y me entregó unos papeles, que por lo visto había sorprendido a los amantes.

Recorrilos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado a escuchar al muchacho. -En todas ellas venía a decir a su amante, con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matara ella, y luego él iría a derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría también, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponía que para huir de la tiranía del hombre -«este *hombre* soy yo»-, decía el pobre procurador, -se escurriese con él a los bosques o a los mares, y que se irían a una caverna a vivir con las fieras, o se harían piratas o bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

-Y a todo esto (añadía el padre), nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla...; vea usted, vea usted: por ahí ha de estar...; oiga V. cómo se explica en este punto...; ahí en esas coplas, seguidillas, o lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud

Sólo puede darte mi alma
Un suspiro... y una palma...
Una tumba... y una cruz...

-Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote...; no, si no échelos V. en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor (continuaba el buen hombre), sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de féretros y letanías, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y a lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo o Ingolfo *el exterminador*; y nos llama tiranos a su madre y a mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella o para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

-Sosiéguese V., señor don Cleto, sosiéguese V.

Y llamándole aparte, le hice una explicación del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que, si no lo convencí que podía casar a su hija con un tigre, por lo menos le determiné a casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé a mi casa para tranquilizar el espíritu del joven amante; pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar *romántica*.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, había salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba a todo el lleno de su desesperación. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo, sin duda, ésta de darle a conocer por algún suspiro que un ser humano respiraba a su lado. -(Se hace preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con más bellaquería que cuartos y más cuartos que peseta columnaria y que hacía ya días que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) -La ocasión la pinta calva, y la gallega tenía buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó a formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

-Señuritu... señuritu... ¿qué diablus tiene?... Entre y dígalos; si quier una cataplasma para las muelas o un emplasto para el hígadu...

Y cogió y le entró en su cuarto y sentole sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.

Pero el preocupado galán no respondía, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba a vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices o le pinchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estatua permanecía siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse a todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino, con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Bierzo), e hincando una rodilla en tierra, levantó en ademán patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
Ya el helado puñal siento en el pecho;
Ya miro el funeral lúgubre lecho,
Que a los dos nos reciba al perecer.
Y veo en tu semblante la agonía

Y la muerte en tus miembros palpitantes,
Que reclama dos míseros amantes
Que la tierra no pudo comprender.

-¡Ave María purísima!... (dijo la gallega santiguándose). Mal dimoñu me lleve si le comprendu... ¡Habrás cermeñu!... pues si quier lechu ¿tien más que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar a los muertos que se acuesten con los difuntos?

Pero el amartelado galán seguía, sin escucharla, su improvisación, y luego, variando de estilo y aun de metro, exclamaba:

¡Maldita seas, mujer!

¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿Por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

-El malditu sea él y la bruja que lo parió...¡ingratu! después que todas las mañanas le entru el chocolate a la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu, y a Benitu el escarolero del portal...

Ven, ven y muramos juntos,

Huye del mundo conmigo,
Ángel de luz,
Al campo de los difuntos;
Allí te espera un amigo
Y un ataúd.

-Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; o usted está locu, o yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu u a su quartu, antes que empiece a ladrar para que venga el amu y le ate. -

Aquí me pareció conveniente poner un término a tan grotesca escena, entrando a recoger a mi moribundo sobrino y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida a mí, y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar a temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no había más que un medio que adoptar, y era el

arrancarle con mano fuerte a sus lecturas, a sus amores, a sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera, activa, peligrosa y varia; ninguna me pareció mejor que la militar, a la que él también mostraba alguna inclinación; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le vi partir con alegría a reunirse a sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entonces, y hasta hace pocos días no le había vuelto a ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaría al contemplarle robusto y alegre, la charretera a la derecha y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpetuamente zorcicos y rondeñas, y por toda biblioteca en la maleta, la *Ordenanza militar* y la *Guía del oficial en campaña*.

Luego que ya le vi en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir a carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente a esta resolución; y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquéllas y poniendo éstas sobre las niñas de mis ojos. -En cuanto al drama no fue posible encontrarlo, por haberlo prestado mi sobrino a otro poeta novel, el cual lo comunicó a varios aprendices del oficio, y éstos lo adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo, ora los aplausos, ora los silbidos que a mi sobrino correspondían, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composición.

La lectura, en fin, de sus versos, trajo a la memoria del joven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntome por ella con interés, y aun llegué a sospechar que estaba persuadido de que se habría evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso; y era que la abandonada Ariadna se había conformado con su suerte; ítem más, se había pasado al género clásico, entregando su mano, y aún no sé si su corazón, a un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitude notable de mujeres!... Bien es la verdad que él por su parte no la había hecho, según me confesó, sino unas catorce o quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que, si hubieran seguido su curso natural, habrían podido dar a los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(Setiembre de 1837)

NOTA. -El mérito de este artículo (si es que alguno tiene) fue sin duda el de la oportunidad, y el osado atrevimiento del autor en darle a luz en los momentos en que la nueva secta *Hugólatra* dominaba toda la línea del uno a otro extremo de la república literaria. -Ya hemos recordado el ferviente entusiasmo, la asombrosa vitalidad que por entonces ofrecían en nuestra capital las imaginaciones juveniles, y la energía que prestaban a su desarrollo la revolución política, la revolución literaria, y la creación de la tribuna, de los periódicos y de los Liceos. -Era un momento de vértigo y de exageración, aunque fecundo en magníficos resultados. -A las modestas y filosóficas comedias de Moratín, Gorostiza y Bretón, habían sustituido en nuestra escena los apasionados dramas de *El Trovador*, *Los Amantes de Teruel*, y *La fuerza del Sino*. Espronceda y Zorilla con

su robusta entonación, elevadas imágenes y florido estilo, habían arrinconado la lira antigua de Garcilaso y de Meléndez, las anacreónticas y églogas, los madrigales e idilios, los pastores y zagalas. -Con ellos habían enterrado los preceptos de Aristóteles y de Horacio, de Boileau y de Luzán; Shakespeare, el Dante y Calderón, eran las nuevas divinidades poéticas; y Víctor Hugo, su gran sacerdote y profeta. -¿Quién podría negar justamente el tributo de entusiasmo y admiración al autor de *Nuestra Señora de París* y de *Lucrecia Borgia*, de las *Orientales*, y del *Angelo*? ¿Quién resistir al impulso de la época que agitando y conmoviendo todas las imaginaciones, todos los talentos, en política, en ciencias, en literatura y artes, les presentaba nuevos y dilatados horizontes de porvenir y de gloria?

Aquella exaltación, sin embargo, rayó breves momentos en un punto ridículo, y estos momentos oportunos fueron los que con no poca osadía escogió para castigarle el autor de las *Escenas Matritenses*, llegando su valor hasta el extremo de leer su composición en el mismo Liceo de Madrid, centro de las nuevas opiniones, y magnífico palenque de sus más ardientes adalides.

Por fortuna hizo asomar la risa a los labios de los mismos censurados, y en gracia de ella, y en prenda también de su buena amistad, lo perdonaron sin duda aquella festiva y bien intencionada fraterna. -Hubo, sin embargo, algunos pérfidos instigadores de mala ley, que achacando al autor intenciones gratuitas de retratar en sus líneas a algunos de nuestros más peregrinos ingenios, procuraron indisponerle con ellos y hacerles tomar, por aplicaciones a su persona, los rasgos generales con que aparecía presentado al público el tipo del poeta romántico, pero el grande y verdadero talento de aquéllos les hizo conocer no sólo la inexactitud de tal supuesto, sino la buena intención del autor y la rectitud de su juicio literario. -Algo cree haber contribuido a fijar la opinión hacia un término justo entre ambas exageraciones clásicas y románticas: por lo menos, coincidió su sátira con el apogeo de la última de éstas, y desde entonces fue retrocediendo sensiblemente hasta un punto racional y admirable para todos los hombres de conciencia y de estudio. Además, dio la señal de otros ataques semejantes en el teatro y en la prensa, que minando sucesivamente aquel ridículo de bandería, acabó por hacerle desaparecer y que fructificasen en el verdadero terreno de la razón y del estudio talentos privilegiados, que han llegado a adquirir en nuestro Parnaso una inmortal corona.



Hablemos de mi pleito

«*Beatus ille qui procul negotiis*».

HORAT.

«Dichoso el que, de pleitos alejado...».

Cuando la imaginación se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla a ocuparse en otro objeto, pues la menor coincidencia, la más insignificante expresión, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos a lanzar de nuevo en el agitado círculo de aquella misma idea de que pretendíamos huir.

Hablo por experiencia propia; y si ya de antemano no estuviera convencido de ello, el suceso presente bastaría a probármelo con rigurosa exactitud.

Después de haber pasado una noche bien larga y agitada, soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir, con *mi pleito*, me preparaba a disipar aquellas tumultuosas ideas, borrajando un artículo crítico-burlesco que ofrecer a mis benévolos lectores; pero el diablo (que no duerme) había extravasado entre mis papeles uno, que por el sello real, sus anchas márgenes, y las tres iniciales «M. P. S»., que le encabezaban, reconocí muy luego por uno de los alegatos, el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido. -Y no fue menester más para que mi imaginación, rebelada de nuevo y dispuesta a no transigir con otra idea, me arrancase violentamente a mis propósitos, lanzándome, sin voluntad mía, desde el palacio de Momo al santuario de Thémis; desde mis libros favoritos a la *Guía de Forasteros* y al Febrero adicionado; desde la festiva máscara de Talía a la indigesta faz de un escribano.

El compromiso era grande: de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento a trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro-si* y del *y por qué*; Adisson y Labruyère huyendo a todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas; -¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de apelación o de injusticia notoria? -Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar, si fuese posible, aquellas dos ideas; y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imaginación se encastillaba en el foro, probar a escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente, y como por la mano, encontraba la salida de tan grave e compromiso. Tomada, en fin, esta resolución, falta saber si los lectores aceptan el partido... ¿Dicen VV. que sí? Vaya, pues *hablemos de mi pleito*; casualmente *aquí tengo los papeles*.

Ante todas cosas, conviene advertir que yo no soy de aquellos litigantes infatigables, que en llegando a agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no están contentos si no le embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adán, por lo menos y en gracia de la brevedad, desde la mismísima arca de Noé. -No, señor; nada menos que eso; -me hago cargo de la razón; y a decir verdad, ¿qué les importa a los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tío materno, el cual tío lo recibió directamente de su padre, y éste se hizo cargo de él por vía de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venía representando en el tal embrollo el derecho y acción de tres generaciones anteriores? -¿Qué falta les hace enterarse de que este tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezara su sustanciación (la del pleito, no la de las viñas), en dicha ciudad, y que

siguiera en Granada, y que luego viniera a Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de Mostrencos), y subdividido en *incidentes*, como un drama romántico, o en *artículos*, como las *Escenas Matritenses*, abrace, en fin, bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores, dos Audiencias, una Chancillería y un Supremo Consejo? -¿Qué les importa, digo, saber que el dicho proceso, entre *interlocutorios* y *definitivos*, entre *confirmaciones* y *reformas*, cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco a favor de la contraria, y cinco al mío, amén de otras cuatro a guisa de oráculo u logogrifo que nadie ha acertado a descifrar? -¿Que adelantará, en fin, con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados, las viñas desaparecieron hace siglo y medio, y que hoy día la tradición se esfuerza vanamente a conjeturar hacia qué parte, legua más o menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, a decir la verdad, de poco o nada aprovecha al lector, y de lo que si únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fe de mi abogado, el cual me lo asegura a mí bajo la fe de la *Novísima Recopilación*; fe, sin embargo, tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiarse, empeñándose en favorecer a mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes *de buena fe*, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinación respectiva heredada y adquirida es tal, que ni que fuéramos partidos políticos, y antes consentiríamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transacción y de acomodo. -Nada de eso. -«Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho». -«Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela».

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen más y más de nuestra justicia (todo, por supuesto, con su cuenta y razón), y nos explayan y formulan nuestros derechos, a tanto la hoja; y nos ajustan un memorial cargado de razón, y nos aflojan el bolsillo descargado por ellos de pesetas. Así que lo menos curioso del tal pleito somos las *partes*, quiero decir, mi contraria y yo, porque sólo aparecemos en relación, y nuestro nombre sólo sirve de pretexto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir a fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro, formado en las aulas Salmanticenses, curado en Chancillerías y Audiencias, cocido luego en concursos y abintestatos por todas las escribanías de número de esta heroica villa, y servido después en menestra de *tanteos*, *moratorias* y *despojos*, en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. -Déjase, por lo dicho, inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudición, y si habrá causa, por menguada que sea, que no adquiriera en manos de *Don Simeón Pandectas* todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre»; y si esta observación es exacta, como yo creo muy bien, pueden echarse a discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo. -Y por cuanto los supradichos argumentos bastarían a pulverizar y reducir al

silencio cualquiera erizada batería de sofisticas almenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y porque las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusión en el lucífero crisol de la sabiduría de V. A., no podrán menos de hacer patente a todas luces del día y de la noche, de presentes, y venituros, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulación y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que en los ciento sesenta y dos años que ha que acudió mi cliente o sus causantes al templo de la justicia en denuncia de la detentación de que era víctima por parte del precitado N.; y atendiendo a que después del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos, han venido sosteniendo el argumento respectivo en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestión, y disipadas las densas nieblas, refulgente penetrando el sol de la verdad en las mentes más aceradas y obtusas; -A. V. A. suplico se sirva por méritos de lo expuesto proveer, resolver y de terminar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y reformar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como así es de justicia que pido, juro, costas, etc. -Otro, sí digo: que por cuanto en el alegato contrario a que contesto, se sientan expresiones a su folio 14 vuelto, líneas 16, por maneras injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y a su estilo exótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente; -A. V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras, con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustración tenga a bien ordenar, como también así procede en términos legales, etc., etc. -Licenciado, Don Simeón Pandectas. -Honorario por reconocimiento, extracto y alegato, cien ducados.

El defensor de la contraria es, en efecto, un joven de ventiocho, recientemente laureado por la Universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y en estilo de mi vetusto don Simeón, como se infiere de todos sus escritos, en que todavía respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de mi letrado suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente: *-¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo, la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad o la ignorancia el de la justicia y la sana razón? ¡Alma virtud! ¡Tú, que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dinos que a él pertenecen las viñas en cuestión! Ábranse, señor, las páginas de la Historia, y desde las más remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad combatido por los sofisticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por doquier a su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos más remotos, escuchemos únicamente al grande orador del foro explayar con este motivo las reflexiones siguientes. (Aquí transcribía un buen trozo de la oración Pro domo sua, y continuaba.) Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto a los tiempos heroicos y a las legislaciones extrañas, no; para dar la robustez necesaria a mis argumentos, la justicia patria me servirá de apoyo suficiente; ábranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo; recórranse esos Fueros y Recopilaciones y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de decretos y*

Reales órdenes, y se concluirá, etcétera, etc». -Y por aquí iba discurriendo hasta que probaba con los discursos de *Mirabeau* y las coplas de *Juan de Mena* que las tierras no me pertenecían, y que se me debía imponer perpetuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personajes que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos, a la sombra de sus respectivas banderas, dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una jerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes; los escribanos de cámara, de número y diligencias; los relatores y agentes fiscales, los pajes de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porción de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa a los dos mantenedores del torneo, o sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardón del vencedor. -Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, e interpretan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa edad, y siglos dichosos aquéllos en que un sexagenario patriarca, sentado en el humilde escaño ala sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente expresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo a entrambas, y sin más código que el de la verdad y la sana razón, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban a respetarla, y dar a cada uno lo que suyo era! -Empero, por desgracia, aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsía, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estatua de la Justicia se vio a veces cubierta con el velo del error, y la sofistería o la mala fe pugnaron por extender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos o las silvestres plantas, viéronse hormiguar en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas, que hicieron temer al hombre justo el acercarse atan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondón por tus puertas, y que sin parte activa tuya, has sido víctima de algún entuerto, que en pro de tu interés o de tu buena fama te conviene enmendar o desfacer. -Tú quisieras ¡ya se ve! acabar, si fuese posible, en un minuto con tu competidor (o sea, si te place, competidora); y cuando esto no fuera dable, acudir a quien breve y sumariamente te diese la razón, si la tenías, y a tu contrario obligase a dártela también. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoría; pero el interés (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegado a poner en la práctica tales trabas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino a los contrincantes y arrebatarse a su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y a tal punto llegan las cosas, y tal ha venido a parar la señora Justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y sólo a los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover e interpretar sus decisiones, para darlas luego a conocer a los profanos a quienes obliga su cumplimiento. -Porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, a saber: -abogados, y no abogados; -a la primera regalan la inteligencia; en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. gr. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, aparece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar a la entrada del palenque, y sólo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y así es que para presentarte a usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar a un escribano Real, notario de los reinos, para que use de él por ti; porque nada serviría que tú dijese: -«Yo, Fulano de Tal, quiero esto, y digo lo otro, y otorgo lo de más allá», -si un escribano no da fe de que tú eres tú, y que quieres otorgar o decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte que si quieres ser creído en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *amplio, general y bastante, cual de derecho se requiere y es necesario* a Fulano o Mengano para que te defienda en el supuesto pleito, etc., con otra multitud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como éstas... «*Pida, ejecuciones, prisiones, soltaras, embargos, desembargos, ventas, trances y remates de bienes...*». «*Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte...*». «*Oiga autos y sentencias, interlocutorios y definitivas, consienta lo favorable, y de lo adverso apele y suplique, etc., etc...*». Todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto, en el papel del sello correspondiente, porque también desde aquel momento has renunciado a tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarlo por otro bastante malo; pero que no por eso dejará de costarte a razón de cuarenta maravedís por hoja, y advierte que éstas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas, parecen tener convenio tácito con la Hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado la misteriosa incubación de tu persona en la persona de tu apoderado, desaparecerá aquélla, y únicamente quedarás bajo la forma de tu agente de negocios, o tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos e instrucciones; pero sobre todo los fondos, porque sin ello te expones a verle convertido en autómatas descompuesto, y sólo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso D. Ramón de la Cruz:

«Los agentes y relojes

Son máquinas delicadas,
Que si- no se les da cuerda,
Luego al instante se paran».

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda había tenido un pleito) se anticipó a expresar una idea semejante en los siguientes versos:

«Cualquiera que pleitos trata
Aunque sea sin razón,
Deje el río Marañón
Y éntrese en el de la Plata,
Que hallará corriente grata
Y puerto de claridad,
Verdad».

Mas volviendo al agente, éste tampoco se presentará ostensiblemente en representación de tu derecho, sino que oculto entre telones dirigirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su acción, y aplicando a la máquina el necesario combustible, él la hará marchar con rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan o entorpezcan. Por lo demás, aparentemente y para *dar la cara* en la cuestión, él sustituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal a la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomas y recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios y términos*, y *rebeldías* y *avisos* te regalará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar a la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal; ya ha presentado el poder que le autoriza, y el Juzgado ha dicho: «*Hásele por parte*»; -ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras; con que tienes precisión de valerte de un abogado (y si no lo has por enojo, te recomiendo al mío, que ya habrás conocido por el estilo que es hombre de calibre y de brocha gorda), el cual formulará tu petición en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador, y éste al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá: «*Traslado a la otra parte*»; -y la otra parte no querrá acudir a responderte, y tendrás que acusarle tres *rebeldías* con otros tantos *autos*, y por último, se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verificará; y vendrá de nuevo el proceso a manos de tu defensor, que volverá a reproducir lo dicho, y luego al otro, y después a ti; y más adelante serás *recibido a prueba*, y se te concederán los ochenta días de la ley, y ambas partes buscaréis testigos, y haréis largas informaciones; y después, cuando el escribano dé cuenta al tribunal, éste dirá que lo haga el relator, y éste hará nuevo extracto y apuntamiento y relación, y dirá el tribunal: «*Pase al fiscal*»; -y éste mandará a su agente fiscal que le diga lo que ha de responder, y luego vuelta a la rueda; y a lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar* -el cual es otro pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama); -y después de bien *sustanciado* se reunirá todo a lo

principal; y por último, se llamará a *estrados*, y acudirán los abogados a esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: «*Vistos*»; -y os retiraréis; y aquella noche no dormirás, y a la mañana siguiente vendrá el paje del relator con una providencia que no entenderás, y tu agente tampoco, y la pasarás al abogado, y éste no se conformará, y apelara a la otra sala, y vuelta a la rueda; y después será confirmada la sentencia, y suplicarás de ella; digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo, y por último, tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin su riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han transformado en *pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traídas, firmas, notas, entregas, propinas y papel sellado*; pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesión de lo que ya no existe, y un proceso en variedad de letras por donde puedan aprender a leer tus biznietos; esto es si ganas el pleito; mas si lo perdieras y te quedaras sin todo aquello, más sin la *ejecutoria*, y sólo podrás usar de la cuerda de los autos, si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la agitación de mi mente me ha conducido adonde no pensaba; tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor, mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo ¿Que no le tienes? (me dices) -¡tanto mejor! ¡Dichoso tú, que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle repitiendo con Horacio: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

(Setiembre de 1837)



La bolsa

*«Toujours triste ou fougueux, pestant contre lejeu,
Ou d'avoir perda trop, ou bien gagné trop peu».*

REGNARD.

«Ora frenético y loco,
Ora triste y abatido;
Ya porque mucho ha perdido,
Ya porque ha ganado poco».

Cuando Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas de Potosí desagiaban en su recinto, entonces no teníamos *Bolsa*; ahora tenemos *Bolsa*; pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas y el Potosí.

En aquellos felices tiempos, todo el sistema de hacienda estaba reducido a necesitar dos y gastar cuatro (porque había estos cuatro); en el día, por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos.

Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones; y de este modo, si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). -Tenemos también *Caja de Amortización*, donde todo se amortiza, capital, intereses y acreedores; tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones, certificaciones, transferibles, no negociables, títulos al portador, residuos, cupones, acciones, dividendos y billetes del Tesoro*; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, además del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, *Bolsa de Comercio*, en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos a otros por medio de atrevidas apuestas y demás lances que constituyen el entretenido *juego de fondos públicos*.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigía desde su bufete las más grandiosas empresas; expedía sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao o a la Vera-Cruz; ora recibía los ingeniosos artefactos de Manila, el cacao de Caracas o el azúcar de las Antillas; ora, contentándose con más moderada y segura ganancia, limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos con las diversas plazas mercantiles.

En el día, tal clase de negocios sólo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario para lo que en el lenguaje técnico llamamos *meterse en la Bolsa*; y a la verdad, ¿cómo la perspectiva de un mezquino interés de diez a doce por ciento al año podría lisonjear al atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, «no todo lo que reluce es oro», y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyen en breves momentos las fortunas más sólidas y acreditadas. Pero los hombres, en sus proyectos de ambición, acostumbran generalmente a mirarlos sólo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance a conseguir un buen resultado ofusca y hace olvidar la multitud inmensa de los que quedaron arruinados por levantarle. -Semejantes al atrevido navegante, que, fija la imaginación en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos a quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan a la moralidad de las familias, que ponen en continuo peligro a los Gobiernos y a las naciones. Los hombres del día no han querido escuchar tales plegarias;

y no contentos con seguir su inclinación, la han reducido a sistema; han compuesto libros en su elogio, y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraría la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. -Inútiles, pues, cuanto se declame; la experiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interés, cierran las suyas la filosofía y la razón.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de éstas, y el hombre inexperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexión. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros a que le expone la ambición; si después de ello gusta lanzarse en tan funesta vía, por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella más que para precaver a un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

- II -

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, había llegado a una edad avanzada, disfrutando, por su probidad, de una reputación honrosa, y en posesión de la inmensa fortuna que le habían proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambición de legar a su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo a su imaginación en los últimos años de su vida, y al efecto liquidó sus negocios; y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas a uno de sus hijos, a quienes había de antemano educado convenientemente para la carrera a que pensaba destinarles.

Ambos jóvenes, por fortuna, manifestaban a ella la mayor inclinación, al paso que, ayudados de los conocimientos adquiridos, prometían aplicar a su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter, sin embargo, de los dos disenta notablemente, y prometía imprimir a sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que así se llamaba el mayor) se distinguía por su espíritu metódico y reflexivo; pensaba mucho y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro, aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones a un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento, que combinaba en ellos con su interés y su inteligencia. La más pequeña comisión, el negocio de menor cuantía, eran por él mirados con la misma atención, con igual celo que aquellos de primer orden. La exactitud de sus libros de caja podía servir de modelo, y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la formalidad. -Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputación se aseguraba más y más. Para colmo de su felicidad, había escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su

buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene a ser la lima que consume lentamente las más sólidas fortunas.

Enrique, el hermano menor, estaba dotado, según se dice en el mundo, de más elevadas miras, de más brillantes cualidades. Su educación también había sido distinta de la de su hermano; éste jamás había salido de su país, y acostumbrado toda su vida a aquel sistema uniforme y a aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique, por el contrario, había viajado mucho; había visitado las capitales extranjeras y las más famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y, como él decía, gran *financiero*; tenía una selecta librería; gustaba de hablar y disputar largamente y obraba en todo con precipitación, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que, a vueltas de cien consejos saludables, recibió la emancipación paternal y se vio al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándole aquel estilo que había observado en varias extranjeras, y que él llamaba sabor europeo. Para ello dejó a su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, los inmenoriales correspondientes de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto a sus gigantescas disposiciones, se trasladó a la corte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugería su exaltada imaginación.

Desdeñando, como era de esperar, los negocios comunes, vio en las operaciones bursátiles el ancho campo adonde podría lucir los grandes recursos de su fantasía. -Era precisamente la época en que, recién establecida la Bolsa de Madrid, se convertían a ella todos los conatos de los grandes capitalistas, y cada día servían de objeto a la conversación general las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. -Enrique, que había sido testigo de tales portentos en otras capitales, y en cuya imaginación estaba siempre fija la idea de un *Rothschild*; que contaba con grandes conocimientos en el juego de fondos públicos, y que además podía emprenderle desde luego con un mediano capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios, sus numerosas y osadas operaciones llamaron a su casa a todos los agentes de cambio, y su firma o endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulación. En vano su experimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le exhortaban continuamente en sus cartas a la prudencia, describiéndole este último con los más vivos colores disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginación, las dulzuras de su vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos más.

Y era así en efecto la verdad; lisonjeado por la pérfida fortuna, que, cual mujer coqueta, se complace en aturdir y sujetar con sus favores a aquel amante a quien cuenta luego sacrificar, se diría que una estrella favorable presidía a todas sus operaciones, a todos sus empeños. Los sucesos públicos, que tanto influyen en el alza o la baja de los fondos, parecía que se modelaban y desenvolvían a medida de su necesidad y de su deseo; si compraba *al contado*, luego inmediatamente subía el papel; si vendía *a plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo, en

pocos meses llegó a realizar un capital inmenso, capital suficiente a satisfacer otra ambición que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecían, sin embargo, en razón directa de su fortuna; y deseoso de asociar a ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera, y brilló por un momento con todo el esplendor que él había imaginado en sus sueños orientales.

Si va a decir la verdad, en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente por deseos superiores a la realidad; entregado día y noche a combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban a los términos de sus contratos; pendiente de la ruina o de la fortuna de sus connegociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular más acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades, de que pendía continuamente su completa fortuna o su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpetuo delirio, que ni el sueño podía interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba a templar. -¡Miserable riqueza la que se compra a costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término a su ambición!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo; cuando la caprichosa fortuna, dando la vuelta a su rueda, dijo a su protegido: -«Hasta aquí llegarás»; -cuando todos los medios de su elevación se convirtieron rápidamente en agentes de caída, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesi de un hombre que, mecido hasta allí apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel a la entrada del puerto, y caer una a una todas las ilusiones de su fantasía?

La situación de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inexplicables y a que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun más rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos más bien dirigidos le fallaron, que las operaciones más sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano a quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron a hacer frente a sus responsabilidades, hasta que, acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazón un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su país, corriendo a ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintieronlo sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caída con indiferencia; sus enemigos, con alegría; los demás hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso, como si tal no hubiese acontecido; y si alguna vez la imaginación les recordaba a su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla a imprudencias y ligerezas, de que todos se creían siempre dispensados.

- III -

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce... ¡hora fatal, que va a decidir la suerte de cien familias, que va a lanzar a unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que medían de *doce a una*²² se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos...¡Qué agitación, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna!... Ved al magnífico comerciante, a aquel que preside y gobierna a un centenar de dependientes, dejar entregados a éstos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitación, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen a saludarle... Observad al prosaico mercader, que fía la vara a su consocio y marcha por medio de la callo registrando cuidadosamente su abultada cartera... Dejad paso al birlocho del agente de cambios, a la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del bastón del elegante jugador.

Todos vienen a refluir a un mismo punto; todos dirigen el rumbo a las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad, si podéis, en aquel angustioso recinto allí nada se paga a la entrada; ¡lo que se paga es la salida!...

Un elegante patio, cerrado de cristales y circundado por una galería, sirve de escena a aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes, con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones; repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Londres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena, como que quieren dar a entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estatuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, están allí en buena compañía y de toda etiqueta, como gentes que apenas se conocen entre sí.

En el centro del salón, y dentro de una elegante baranda circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes, y las publica en alta y desapacible voz; y en derredor de la verja que cierra el *estrado* se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilación, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorrumpe en esta expresión:

«Se han hecho... dos millones de reales, en certificaciones sin interés... al cinco y tres octavos por ciento... a sesenta días o voluntad del comprador...».

Y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oído, y el hacerse señas de inteligencia, y el rascarse la frente, y el ahuecarse el corbatín, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y

el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atrás, y el escudriñar respectivamente los semblantes, para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender.

Los unos, más inexpertos o más arriesgados, andan de aquí para allí proponiendo sus negociaciones; los otros, veteranos, permanecen inmóviles, escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan sobre las probabilidades de *alza* y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos extranjeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera y de las *grisetas* de París. La más agitada expresión brilla en la fisonomía de aquéllos; en éstos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiración estúpida, y abren un palmo de boca a cada operación que oyen pregonar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado a otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquél, llaman aparte a éste, dicen dos palabras al oído del otro, o reciben con un movimiento de cabeza una señal del de más allá...

-¿Medio millón de cuatros al 20 ½, a sesenta días? -*No*. -¿*Prima* de uno? -*Vaya*. -¿Dos millones al 5 al contado? -Los tomaré si hay plazo. -¿Firma segura? -La de... (Aquí fruncimiento de labios, y se separan sin hablarse más.)

-Señor agente, aquí tengo esos 200000 reales del 5. -Pues todos a vender... no puede ser; nadie toma nada, no se encuentra dinero... -¡Eh!... -¡Allá voy! -Palabra: ¿puede V. proporcionarme *un pico* de 200000 reales al 5? -Difícil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde V. un momento.

-Eh, caballero, ¿a cómo daba V. su papel? -Al precio corriente, al 20. -Imposible. -*Vaya*, al 19 ¾. -¿Acomoda al medio? -*Sea*. -

(Y la voz pública pregona:) *Se ha hecho un millón de reales, títulos del 5 por ciento al 20 ½, al contado.*

-¿Lo ve V.? ¿No lo decía yo? -Ya, pero eso es una operación hecha a primera hora, y luego lo de V. es *un pico* y...

Mas volvamos la cabeza a ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos que impolíticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar; y el más condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar a cuchillo a los Dardanelos, y que el Zar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan a temblar como azogados y se apresuran a ofrecer su papel a menos precio; y el cambio baja, y el político se da prisa a comprar; y luego vuelve a reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternich ha improvisado un congreso en las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma, y el precio vuelve a subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitación va creciendo sucesivamente por minutos a medida que va acercándose la hora de conclusión, y ya en los últimos momentos es inexplicable el movimiento, la indecisión y el estado febril de la mayor parte de los concurrentes.

Uno entre ellos, agitado por la ambición, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira el reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar a las estatuas lo que debe hacer... ¡Miserable, detente; la suerte de tu esposa y de tus hijos penden de esa tu resolución!... El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va a sonar...

-¿Conque toma V. o no esos dos millones? -Hombre -Pronto, que tengo ya comprador. -¿Qué hora es? -Mire V., un minuto falta nada más. -Pero... -Que va a cerrarse, que da la hora... -Venga acá. -Enhorabuena.

Se han hecho dos millones de reales, títulos del 5 al 21 por ciento, al contado.

LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue...

Concluye la negociación de fondos públicos, y continúa la de las demás operaciones comerciales.

No bien dice estas palabras, todos los concurrentes se apresuran a recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí a pocos minutos todo queda en silencio; y el que por casualidad entrase después, sólo encontraría en él cinco figuras, que se asombran ellas mismas de verse juntas, a saber: la *España*, la *Paz*, *Neptuno*, *Mercurio* y el *anunciador* del crédito nacional.

(Noviembre de 1837)

Madrid a la luna



- I -

«En el silencio oscuro su belleza,
Desnuda de afeitadas fantasías,
Le descubre al pintor naturaleza».

PABLO DE CÉSPEDES.

Madrid es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada día encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van transcurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedí a la fuerte tentación de leerlo en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavía no encuentro agotada la materia, antes bien los límites del campo que me tracé, cada día se retiran a mi vista, en términos que, primero que el espacio, entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral, unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros a la brillante luz del sol del mediodía, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera; cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos a límites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el día (lo confieso con rubor) no había parado la imaginación en uno de los más interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente a ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza pródiga e infatigable me brindaba con una de las más interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaría de empezar aquí mi narración por un brillante apóstrofe a la señora Diana, con el ¡*Oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese a bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilón como ella misma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaría de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome a una altura (la de San Blas por ejemplo) miraría dibujarse en el espacio, y a la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginación las prestaría vida, y convirtiéndolas en gigantescos monstruos, miraríaslas.

«Levantarse, crecer, tocar las nubes»,

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba a sus pies, y que probablemente seguiría tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos extremos prestaría sin duda interés a mi discurso y convertiría hacia él la atención de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitología, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los

monstruos de Víctor Hugo; -porque en la luna sólo tengo la desgracia de ver la luna; y en las torres, las torres; y en el pueblo de Madrid una reunión de hombres y de calles y de casas, que se llaman la *muy noble, muy leal, muy heroica, imperial y coronada villa y corte de Madrid*.

- II -

La media noche

Hacía ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales más positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos y cediendo al nocturno fanal la alta misión de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servía de señal al último destello del último farol; combinación ingeniosamente dispuesta, que honra sobremanera a los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. -Los encargados subalternos de esta artificial iluminación, recogían ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés, entornando sus puertas, despedían políticamente a sus eternos abonados; y los criados de las casas, cerrando también sus entradas, dirigían una tácita reconvencción a los vecinos perezosos o distraídos. -Veíase a algunos de éstos llegar apresurados a ganar su mansión antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando a la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecía; y volvían a llamar una vez y otras, y se desesperaban grotescamente, hasta que se oía acercar un ruido compaseado, semejante a los golpes de un batán o a las descargas lejanas de artillería; y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aún, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que, en fin, abiertas éstas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subían por la escalera.

Los amantes dichosos habían concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorcillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro había muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metía en el simón, y *Antony* tomaba su paraguas para irse a dormir tranquilamente, a fin de volverse a matar a la siguiente noche; el celoso amo de casa hacía la cotidiana requisa de su habitación, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutía con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes a su cuenta, y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viniesen a herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormía en Madrid. -Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar a clavar la voluble rueda de la fortuna; -velaba el avaro, creyendo al más ligero ruido ver descubierto su escondido

tesoro; -velaba el amante, bajo el balcón de su querida, esperando una palabra consoladora; -velaba el malvado, probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; -velaba el enfermo, contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; -velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro a cada vuelta de la baraja; -velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; -velaba el centinela, mirando cuidadosamente a todos lados para dar en caso necesario el alerta a sus compañeros dormidos; -velaba la alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciones y agasajos; -velaba la infeliz escarbando en la basura, para buscar en ella algún resto miserable del festín.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la población aparecía muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y sólo de vez en cuando se interrumpía este monótono silencio por el lejano rumor de algún coche que pasaba, por el aullido de un perro, o por el lúgubre cantar del vigilante, que en prolongada lamentación exclamaba... *¡Las doce en punto, y... sereno!*

- III -

El sereno

No se puede negar que la persona de un *sereno*, considerada poéticamente tiene algo de ideal y romanesco, que no es de despreciar en nuestro prosaico, material y positivo Madrid, tan desnudo de Edad Media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviniendo al sueño de la población, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heroico, que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron, si hubieran vivido entre nosotros. -Dejemos a un lado el mezquino interés que sin duda le mueve a abrazar tan importante misión; no por ser recompensado con otro más alto, deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del país; la del abogado, escudo de la inocencia; la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernantes abandonan por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus más halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansión, y se arranca a los brazos de su esposa y de sus hijos (que también es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzón, cuelga a la punta el luciente farolillo y sale a las calles ahuyentando con su vista a los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas a la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeúnte a quien asaltó; ya presta su formidable apoyo al bastón de la autoridad para descubrir un garito o proceder a una importante captura. -Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, o de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imaginación; presta el atento oído al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto, y... sereno!*

No sé si he dicho (y si no lo diré ahora) que aquella noche, por un capricho, que algunos calificarán de extravagante, me había propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con más libertad, había creído conveniente aceptar un capotón y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rían mis lectores de esta transformación de mi exterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridículas, vemos y contemplamos todos los días sin extrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele a veces encubrir la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz a un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenía por lo menos un objeto noble. -Yo soy un hombre concienzudo y chapado a la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: o que el sereno se hiciese escritor, o que el escritor se transformase en sereno. Lo segundo me pareció más fácil que lo primero.

- IV -

Paseo nocturno

Ya hacía un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminación que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes, que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose a compás. Varios grupos estacionarios e inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado; y veíanse circular por la sala multitud de

familiares, con sendas bandejas, distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso murmullo de mil diálogos interesantes, y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risas y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos, que mataban el tiempo cambiando la calderilla a las sublimes combinaciones de la brisca, o durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y a la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando más embelesados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante, que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrían paso de honor a los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó a hacerse sospechoso, por una disonancia *sui generis*, que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices, acometidas de improviso, nos dieron a conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer a todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salón, y prestarse mutuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos a que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; a su voz le imitan igualmente todos los demás funcionarios con sus respectivos instrumentos; y sin hacer alto en la consternación del concurso, ni en la incongruencia de su determinación, se preparan a ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos a avisar al amo del grave peligro que amenaza; éste, horrorizado, baja la escalera vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación; otras veces le amenaza, le insulta, y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus jefes. Este diálogo animado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas acuden a buscar sus *schaless* y sombreros; los galanes toman capas y *surtous*; los lacayos corren a hacer arrimar los coches; el amo pateo, y grita, y ruega a todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos; los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos; y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados a buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fue del todo inútil en tan crítica situación; antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, a reunir las discordes parejas que por efecto de la distracción y aturdimiento, propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, o emprendían un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia.

Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir a un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y a tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar a la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galán más de una vez me dio a todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina a la demás familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. -Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, observando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazón. -«Tranquilícese V. (le dije al oído); su esposa de V. es *todavía* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mío». -Dicho esto desaparecimos bruscamente, sin dar lugar a mayores explicaciones con el buen hombre, que no acertaba a volver del pasmo y dar gracias a la sociedad, que por servirle se había escondido bajo el pardo capuchón de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban: *¡Favor! ¡ladrones, ladrones!* -Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las boca-calles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden a la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpense los desfiladeros, y de allí a un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando: «*A ése, a ése! ¡al ladrón, al ladrón!*». -Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hacia el que corre; éste, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atrás, pero ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos, sufriendo su terrible interrogatorio, y los más terribles reflejos de los faroles, asestados a su semblante, y a cuyo resplandor se revela en él la turbación del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado a dos de los aprehensores para conducirlo al cuerpo de guardia, en tanto que los demás corrían a prestar su auxilio a los vecinos de la casa asaltada. Éstos juraban y sostenían que algún otro malvado se había escurrido hacia los tejados; y así era la verdad, y que sin duda lo hubiera conseguido, gracias a la ligereza de sus piernas, en contraposición a la gravedad de las de los perseguidores, a no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

«Todas las cosas a ratos

Tienen su remedio cierto:
Para pulgas, el desierto;
Para ratones, los gatos».

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo a nuestro solitario paseo; y aquél, que vio restablecido el silencio, y que era la ocasión oportuna para volver a lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchón, y con brío y majestad lanzó al viento el consabido canto llano: *¡Las dos en punto, y... sereno!*

En este mismo instante empezaba a nuestra espalda otra escena, que a juzgar por la cobertura, no podía menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilones, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, hasta en el nombre, formaba un estrépito original y extravagante, que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que expresa rápidamente, y no da lugar a dudas o interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda o cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigían aquel agasajo a un honrado tabernero que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez con una calcetera, también viuda, también vieja y también honrada; determinación heroica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamios y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve a encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió a proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal y a disipar aquella tormenta, que por los menos tendía a interrumpirle por largo rato. Consiguiólo, en efecto, gracias a su persuasiva autoridad, y luego que vio desamparada la calle, no pudo resistir un movimiento de orgullo, dando a conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: *¡Las dos y media, y... sereno!*

«Gracias, amigo» -dijo a este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde, por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena, que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del orden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigían en aquel momento nuestra franca cooperación. Una mujer desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos a la parroquia a pedir la extrema-unción para su hijo... y por el opuesto lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometía, empeñándonos a acompañarle para ir a casa del comadrón a rogarle que viniera a ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues,

preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer a la parroquia, y yo a casa del comadrón con el marido. -Y al volver a encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaría Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirían mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habíamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso a entrar en ella, no sin excitar mi natural curiosidad. Pero, en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podría ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego conocí la causa misteriosa de aquella reserva. -Érase un apuesto galán embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraído en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba a un balcón, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos a él, Alfonso tosió varias veces, y acercándose el preocupado galán: «Buenas noches, señorito. -¿Cómo? ¿pues qué hora es? -Las tres y media acaban de dar». -Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcón, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa también.

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el dios tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginación, sin que bastase a distraerla el sabroso diálogo que poco después entablamos con un hombre que yacía tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en brazos de su esposa, y dirigía sus caricias al inmediato guarda-cantón; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y después cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría: -«Ya viene Colás, y el día no puede tardar tampoco». -¿Y quién era (exclamarán sin duda mis lectores) este anuncio del sol, este héroe matinal, a quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes? -¡Ahí que no es nada!... Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia; el descubridor de ignoradas bellezas; químico analizador de la materia; sustancia que se adhiere a las sustancias de valor; disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado a sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demás hombres consideran por inútiles y arrojados. -Y como la raza canina cuenta también con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley al fin hecha por los hombres!) ha investido al *traperero* de una autoridad perseguidora hacia aquella clase, no hay que extrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden a su paso al sacrificador, con aquel interés con que lo harían si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departían Alfonso y Colás sus mutuos sentimientos, entre tanto que yo, apoyado en una esquina, saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella

escena, y ya me disponía a abandonarla y a despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana extraña llamó rápidamente la atención de Alfonso, que con el mayor interés interrumpe su diálogo: aplica el oído, cuenta uno, dos, tres, cuatro, cinco golpes: y exclama... *¡Las cuatro menos cuarto, y... fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles a avisar a los obreros, cuáles a reunir a los aguadores de las fuentes; éstos a acompañar las bombas, aquéllos a dar aviso a la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hacia el sitio del incendio; los carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. -Esta escena era majestuosa e imponente: iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudían a hacer trabajar las máquinas, a extraer las personas y muebles, a cortar el progreso del incendio, ofrecía un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban, en verdad, sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiración por un lado, dirigiendo su benéfico raudal a la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcón; ni quien propusiera apagar el fuego a cañonazos; ni quien derribar una casa inmediata para ponerla a cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del más cumplido elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas dispersaban a la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas a los infelices, víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin común. Por último, después de un largo rato de inútiles tentativas pudo llegar a cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el orden, hasta que, ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse a descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada a los aldeanos que acudían a proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrían ya para ofrecer su alborada a los mozos compradores; los ancianos piadosos seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso a este tiempo hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: *¡Las cinco en punto, y...!*

-«*Ya bajo*» -le contestó desde la buhardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguele chuzo y capotón, y restituido a mi forma primera, volví a ser actor en un drama agitado, del que toda la noche había sido *sereno* e indiferente espectador.

(Noviembre de 1837)



Antes, ahora y después

- I -

«El tiempo se ve retratado con exactitud en las generaciones vivas; de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente y los niños el porvenir».

ADDISON.

La filosófica observación de un célebre moralista, que queda estampada como epígrafe del presente artículo, nos conduciría como por la mano a entrar de lleno en aquella cuestión tantas veces agitada, de la mayor o menor corrupción de los tiempos; y después de bien debatida, sucederíanos lo que de ordinario acontece; esto es, que acaso no sabríamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente y las esperanzas futuras.

Las mujeres, según la observación también exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, a saber: si las costumbres son únicamente la expresión de las leyes, o si éstas vienen a reproducirse como el reflejo de aquéllas.

Parece, sin embargo, lo más acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin; pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó a formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, también hay otros en que éstos se vieron prevenidos por la atrevida mano del legislador.

De todos modos, no puede negarse que la educación es la base principal que sustenta y modela casi a voluntad el carácter del hombre, y de aquí la importancia de las leyes que la dirijan; también habrá de convenirse en que las mujeres están llamadas por la naturaleza a prestar al hombre los primeros cuidados, a inspirarle sus primeras ideas; y he aquí explicada también naturalmente la otra observación, o sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo así, en cada país, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no a todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos lo escriben, muy pocos son los que aciertan a leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

- II -

La madre

«Mucho más locas las viejas
Son en Madrid que las mozas,
Y es natural, porque llevan
Muchos más años de locas».

LEÓN DE ARROYAL.

Doña Dorotea Ventosa, de quien ya en otra ocasión tengo hablado a mis lectores²³, era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III; y si bien esta circunstancia no fuese sabida más que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoque de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que, como es sabido, tienen la descortés osadía de señalar fechas a todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse a colocar la del nacimiento de nuestra heroína a los setenta y cinco del pasado siglo, mes más o menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habían aún traducido del francés, vio deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituían por entonces la felicidad de las familias, y el respeto a señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginación con los juegos infantiles. Enseñáronla a leer, lo necesario para hojear el *Desiderio* y *Electo* y las *Soledades de la vida*; y en cuanto a escribir, nunca llegó a hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer.

No bien cumplió doce años, y antes que la razón viniese como suele a perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió a trabajar mil primorosas fruslerías, y a pedir a Dios, en una lengua que no entendía, perdón de unos pecados que no conocía tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormía y crecía en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y así que hubo llegado a los diez y ocho años de su edad, fue vuelta a la casa paterna, y desposada de allí a pocos meses con un hombre a quien ella apenas conocía, pero que tenía la ventaja de colocarla en una brillante posición, y añadir a sus apellidos siete u ocho apellidos más.

Pasó, pues, sin transición gradual, desde el dominio de la hermana superiora, al más positivo del marido superior. -Porque es bien que se sepa que por entonces todos los maridos lo eran, y tenían más punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razón, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad a la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto extremo; y convertían sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en austera obligación los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convendrán en ello, qué sistema tan descortés supone, como si dijéramos, una sociedad incivilizada, una ilustración en mantillas; y todas las jóvenes darán en el interior de su corazón mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo más filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasión del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar más adelante; por ahora habremos de reposar la imaginación en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: -en este punto hay que alabarla la constancia, que en el día podría hacerla pasar por una Penélope; -pero al fin, el primer año pasó, y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redcilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquín; -que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas.

Observó que a su edad (que tenía ya treinta cumplidos) todavía no sabía bailar el bolero, ni cantar la Tirana, ni había podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabía qué cosa era el arrojar confites a Manolito García; cosas todas muy puestas en razón, y que para servirme de una expresión galo-moderna, *hacían furor* por aquellos tiempos de gracia. -Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado a la entrada, y el Rodrigón siempre en acecho a la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo Pródigo y las Bodas de Canaá.

Por algunas expresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir a enredar las casas) llegó a adivinar que extramuros de la suya había alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. -Supo que había teatros y toros, y meriendas y Prado, y abates y devaneos; y como la privación es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero a todos estos extraños deseos hacía frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad madura, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia a su joven compañera, sin que ésta por su parte se lo agradeciese, como que sólo veía en ello un exceso de egoísmo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla más halagüeña su existencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente a endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aún la funesta moda que releva a las madres de este sublime deber; vivía con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron a reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos antes que la muerte arrebatase también al papá; y cuando este acontecimiento vino a cambiar la existencia de nuestra heroína, quedó ésta, a los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles, que revelaba a la mamá, en sus lindas facciones, una verdad que apenas había tenido lugar de advertir, esto es, que ella también había sido hermosa.

Las mujeres en general suelen tener dos épocas de agitación y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven a recibirlos en la persona de sus hijas. -La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no había tenido ocasión de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedía aprovecharse de la segunda. Y como es una observación generalmente constante que el que ha sido viejo cuando joven, suele querer ser joven cuando llega a viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharía la ocasión de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le había negado un tiempo.

Escudada con el pretexto de la hija (que suele ser en madres verdes el salvoconducto de su ridícula disipación), halagada por la fortuna con una brillante posición social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa a la sociedad, y se relacionó con las más elegantes de la corte; dio bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas; observó hasta la extravagancia los más extraños preceptos de la moda; y como ésta lo autorizaba y su posición lo permitía también, supo fijar al dorado carro de su triunfo, y disputar a su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos

de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabían disimular sus postizos adornos, su incansable e insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntarios caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada día más hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda a sus avisos, disputaba paso a paso al viejo alado la victoria, en términos que, a crearla, tenía el singular privilegio de caminar hacia su origen, porque si un año confesaba cuarenta, al otro no tenía más que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar más.

A la implacable rueca de las Parcas oponía ella las tijeras de la modista y la media caña del peluquero, y las preparaciones del químico; allí donde anochecía un diente de amarillento hueso, la industria corría presurosa a colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba a amanecer la blanca cabellera, el arte sabía correr el denso velo de un elegante prendido.

«...¿Quién hay

Que cuente los embelecos,
Los rizos, guedejas, moños
Que están diciendo: *Memento,*
Calva, que ayer fuiste raso,
Aunque hoy eres terciopelo?».

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidadosamente encuadernado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado, como aquel en que el inmortal Teseo marchó a libertar a los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por éstos en señal de veneración, reponiendo continuamente las piezas que se rompían, en términos que después de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque había desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veía crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que así se llamaba la niña), y más de una ocasión llegó a disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella había hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla a los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad o como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado a igual reclusión y silencio. Más fácil era hacerla pasar por sobrina o por hermana menor; afectar con ella la mayor familiaridad y renunciar a todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje, dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparación.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la joven de la tutela y del escudo maternal, entregó

inadvertidamente su corazón al primer pisaverde que quiso recogerlo, y lo entregó con tal verdad, que haciendo frente a la terrible oposición de la madre (que quiso entonces usar de un derecho a que ella misma había renunciado con su conducta), e impulsada por el primer movimiento de su pasión, imploró la protección de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galán. -Y mientras esto sucedía, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta a sus caprichos y disipación, llegando a lograrlo en términos, que sólo fue capaz de atajarla una aguda pulmonía, que supo aprovechar la ocasión de la salida de un baile, para llevarla, aún cubierta de flores a las afueras de la puerta de Fuencarral.

- III -

La hija

«Ya la notoriedad es el más noble

Atributo del vicio, y nuestras Julias,
Más que ser malas, quieren parecerlo».

JOVELLANOS.

Dicho se está lo importante a par que difícil del acierto en la educación de una mujer. -Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la excesiva suspicacia paterna y de la opresión conyugal; pero, antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van a ofrecernos una prueba más de que así es de temer en la mujer el extremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustración y una completa libertad.

Hemos dejado a Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situación nueva, podía tomar su rumbo propio, y reducir a la práctica el resultado de su educación y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serían éstos, si traemos a la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podría menos de escuchar de su boca contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase a esto el continuo roce con lo más disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones halagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de

libros; porque ya por entonces las jóvenes, a vuelta de las *Veladas de la Quinta* y la *Pamela Andrews*, solían leer la *Presidenta de Turbel* y la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado a lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudieron llegar a corromper su corazón hasta el extremo que era de temer; sin embargo, la adulación continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de «amable coquetería»; la irreflexión propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo a veces ofuscarla contra su propio interés; y esta misma veleidad y esta misma irreflexión fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos más convenientes, dio la preferencia al joven que al fin llegó a llamarla su esposa.

Era éste, a decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy a propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Joven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusión de todas las mujeres; cierto que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecía llamado a conquistar entre los demás hombres una elevada posición social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal o en una academia; pero en cambio ¿quién podía disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiración, o cabalgando a la portezuela de un coche sobre un soberbio alazán? Estas circunstancias unidas a su buen decir, sus estudiados transportes y su tierna solicitud, fueron más que suficientes para dominar un corazón infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexión.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse con su apellido, y darle de paso a conocer a él mismo la superioridad a que le había elevado, y el respeto y el amor que le exigía en justa retribución.

Las primeras semanas no tuvo, por cierto, motivo alguno de queja de parte de su esposo, antes bien calculando por ellas, no podía menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibía las visitas; ella la que ofrecía la casa; ella la que reñía a los criados; ella la que disponía los bailes; ella la que presentaba al esposo a la concurrencia; ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad, en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observación, ni la más mínima queja vinieran a turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente a una mujer casada) pudo desde el siguiente día de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas a larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar a sus discursos cierto colorido más expresivo y malicioso; ningún capricho de la moda, ninguna extravagancia del lujo estaban ya vedadas a la que podía titularse señora de su casa; y cuando a vuelta de pocas semanas advirtió, o creyó advertir, los primeros

síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, después de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de San Carlos era poco para semejante lance... Pero en fin, la naturaleza, que sabe más que cien doctores, no quiso que éstos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen a estorbarla, salió a luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vio saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre: -«Clavadito al padre, bendígale Dios».

Al siguiente día se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habían mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrían al muchacho; volviéronse a renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios - pues que el común ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustración. -Bien hubiera querido el papá, a quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al joven infante algún nombre sonoro y de esperanzas, como Escipión o Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecía de muerte a griegos y romanos, y estaba más bien por los Ernestos y los Maclovios y otros nombres así, cantábiles, mantecosos y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo e idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir más, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado con el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo a la sociedad el contrariarlo; así que nuestra joven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada a criar por sí misma a su hijo, y como que sentía una nueva existencia al aplicarle a su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró a su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada: -«¿Qué vas a hacer (la dijo), joven deidad, a quien yo me complazco en presentar por modelo a mis numerosos adoradores? ¿Vas a renunciar a tu libre existencia, vas a trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupación material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete también las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete; ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor, ése que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias?...».

-«No digas más», prorrumpió agitada Margarita, «no digas más»; -y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los más recónditos secretos de su corazón.

Impulsada por este movimiento, tira del cordón de la campanilla, llama a su esposo, el cual sonríe a la propuesta, y conferencia con ella sobre la elección de madre para su hijo. -Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen a ofrecerse para este objeto; el

facultativo elige la más sana y robusta; pero la mamá no sirve a medias a la moda, y escoge la más linda y esbelta; al momento truécase su grosero zagalejo en ricos manteos de alepín y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos; y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Carolinas* y *Rugeros*, *Amalteas* y *Pharamundos*, con otros nombres así, desenterrados de la Edad Media, que daban a la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecía la casa a los dramas modernos, en que no había unidad de acción; porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relación, que sería de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque, si nos empeñásemos en seguir al papá, le veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar día y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía; entrar a visitarla de ceremonia, y rara vez, o saludarla cortésmente en el paseo, o subir a su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas o el color del sombrero; entregada después en manos de su peluquero mientras hojeaba con interés el *Courrier des Salons* o el último cuento filosófico de Balzac; el resto del día lo empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazón, ostentarlos a su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro; y vivir, en fin, únicamente para el mundo exterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama a la moda.

Fina y delicada es la observación que nuestro buen Jovellanos consiguió en el bellísimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan a muchas mujeres a aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor a la independencia suelen a veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse a los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. -Grande error es en la mujer no tomar en cuenta las apariencias, pues las más veces suele juzgarse por éstas, y como no todos leen en el interior de su corazón, no todos llegan a distinguir la realidad de la ilusión, la consecuencia del vicio, de la que sólo es nacida del imperio de la moda. -Y aunque se me moteje de la manía de estampar citas, no quiero dejar de hacerlo aquí con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que expresan este pensamiento.

«La mujer en opinión

Mucho más pierde que gana
Pues son como la campana,
Que se estiman por el son».

- IV -

Los nietos

Margarita tenía, como queda dicho, un corazón excelente, amaba a su marido y a sus hijos, y más de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañoso; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulación por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y a pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que más pudiéramos apellidar vasallaje de la moda, había apartado de su lado a los dos únicos niños que le quedaban, Arturo y Carolina, colocándoles en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos, cuando por acaso solían verla, la miraban con la extrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aquí su desconsuelo; el esposo, que hasta allí había dado libre rienda a sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó a apasionarse verdaderamente de otra mujer, y a hacer sentir a la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el extremo contrario, o sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, o fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vio renovarse en su corazón el que le inspiraba su esposo. Éste, por su parte, para librarse de sus importunidades, la echó en cara su disipación y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante; y, en fin, no pudiéndose resignar a esta continua reconvención, huyó del lado de su esposa, dejándola abandonada a su desesperación y a sus remordimientos.

Quedola, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero éstos apenas la conocían ni la debían nada, y por consecuencia no la tenían amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil variar sus primeras inclinaciones, darles a conocer sus más sólidas ideas.

Arturo era ya un muchacho fatuo y presumido, charlatán y pendenciero, que saludaba en francés, cantaba en italiano y escribía a la inglesa; que hablaba de tú a su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los muchachos, y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad.

Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por extremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormía los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un ratón, y aplaudía en los dramas la escena del veneno y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponía colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con expresión «*il tenero ogetto*» y el «*morir per te*».

Margarita vio entonces de lleno todo el horror de su situación, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vio en Arturo una fiel continuación de la imprudencia de su esposo; vio en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vio ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba a sus hijos; y no pudiendo resistir a esta terrible idea, sucumbió de allí a poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad, empero, recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como había modelado a la abuela y a la madre, modeló también a los nietos, y éstos servirán de fiel continuación de aquel drama, y no hay que dudarlo, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *después*.

(Diciembre de 1837)

Una noche de vela



- I -

El enfermo

¡Oh variedad común, mudanza cierta!
¿quién habrá que en sus males no te espere,
quién habrá que en sus bienes no te tema?

ARGENSOLA.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salón, saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos o los más de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversación con una linda pareja, el

ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminación, la risa y algazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven a juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes, lleno el corazón de fuego y la cabeza de magníficas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginación, no haya hecho alto en la exterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatación de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmón; y que tan sólo ocupado en sostener una blanca mano para subir a un coche, o en aguardar el turno para reclamar su capa en un frío callejón, apenas haya reparado que el sudor de su rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y malestar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta a su casa, sienta unos amables escalofríos, amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas lo permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asaltan las primeras sospechas de que *está malo*, y que tiene que transigir por lo menos con una fuerte constipación; que se mete en la cama, donde lo coge un involuntario y frío temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced a un vaso de limonada o un benéfico sudor, bien podrá estar a la noche en disposición de repetir la escena anterior. Supongo, por último, que esta esperanza se desvanece, pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes a devolverle la perdida salud; con lo cual, y sintiéndose de más en más agravado, hace llamar a su médico, quien, después de echarlo un razonable sermón por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brebajes purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realzado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa, y que parecen ser la *panacea* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; después de supuesto todo esto, quiero que ahora supongan mis lectores, que el sujeto a quien acontecía aquel desmán era el condesito del Tremedal, sujeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginación y una cierta fama de superioridad, debida a las conquistas amorosas a que había dado fin y cabo en su majestuosa carrera social. Cualidades eran éstas muy envidiables y envidiadas, pero que para el paso actual no lo servían de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni más ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba, sin embargo, alguna diferencia en la situación exterior de nuestro Conde, si bien su naturaleza interior revelaba en aquel movimiento su completa semejanza con los seres a quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido más o menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, joven hermosa y elegante de veinticuatro abríles, que si no recordaba a Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac.

Luego venía en la serie de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice de las amables calaveradas del esposo; encargado de

disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salón, en las cabalgatas; depósito de las mutuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito o el galgo inglés, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofrecíase a la vista una hermana solterona del Conde, que según nuestras venerandas sabias leyes, estaba destinada a vegetar modestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, e igual a su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase a esta injusticia de la ley la otra injusticia con que la naturaleza la había negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posición de esta indefinida virgen, con treinta y dos años de expectativa y donde además de un gran talento, y que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundón. En compensación, empero, de tantos desmanes, todavía podía alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algún día ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. -Una tía vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la Real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradición de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta palaciega. -Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor Conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones más allegadas a su persona. -Varias amigas de la Condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas do coquetería. -Un vetusto mayordomo disecado en vivo, vera efigie de una cuenta de quebrados, con su peluca rubia, color de oro, su pantalón estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera, su nudo de dos vueltas en la corbata, el puño del bastón en forma de llave, los zapatos con hebilla de resorte, un candado por sellos en el reloj, y éste sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga a sus ideas, que venía a ser una verdadera formulación de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mayordomil.

El resto del acompañamiento componíanle tal cual elegante doncel que aparecía de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba a tiempo de proponer un remedio milagroso, o verter una botella de tisana, o destapar distraída un vaso de sanguijuelas; el todo amerizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demás del caso.

¡Ah! se me había, olvidado; allá en lo más escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veía un hombre serio, triste y meditabundo, que apenas parecía tomar parte en la acción, y, sin embargo moderaba, su impulso; el cual hombre, según lo que pudo ayer averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, a quien el padre del Conde dejó encomendado éste al morir; que le quería entrañablemente; pero que más de una vez llegó a serle enojoso con sus consejos; francos y desinteresados; pero en aquella ocasión el pobre

enfermo se hallaba naturalmente más inclinado a él, y no una vez sola, después de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba a fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondía a su mirada con otra mirada, y ambas venían a formar un diálogo entero.

- II -

Junta de médicos

Era, según los cálculos facultativos, el séptimo día, digo mal, la séptima noche de la enfermedad del Conde. Su gravedad progresiva había crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa había ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba a cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no a otra cosa, viniesen a atestiguar que el enfermo se había muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso *una junta* para aquella noche, indicación que fue admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron a complacerle.

Designada por el más antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunión, viéronse aparecer a la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la antigua familia de las calesas, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correntón.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro *equipajes*, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aún fuera de ella; rostro fresco y sonrosado, a despecho de los años y del estudio; barriga en prensa, y sin embargo fiera; traje simbólico y anacrónico, representante fiel de las tradiciones del siglo diez y ocho; bastón de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atusado y grasiento peluquín.

Seguía el del *bombé*; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexión; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectación y sin descuido; sin sortija ni bastón, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos e interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, e inclinado hacia el pescuezo el

lazo del corbatín. Éste tal no llevaba guantes, para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente bastón, con el cual agujijaba al caballejo (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo a la casa, saltó de un brinco a la calle, y subió tres a tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, el aseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse a ella, afectando un si es no es de gravedad científica y de profunda reflexión que no decía bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado, daba luego a conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmada con la idea de un glorioso porvenir.

Después del reconocimiento y de las preguntas de estilo, a que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de La Habana; cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural, a pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decía traer. Allí era el oír asegurar a uno que a la hora presente llevaba ya arrancadas catorce víctimas a las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche había estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetía el discurso que acababa de pronunciar en una junta; cuál otro metía prisa a los demás por tener, según decía, que contestar a cuatro consultas por el correo.

Después de compadecerse mutuamente, entraron luego a compadecerse de sus caballos y de sus míseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino a rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morían. A propósito de esto, tomó la palabra el rostri-seco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, a que contestaron los demás con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelación.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron a disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tonífico método de Juan *Brown*; a lo

que contestó el serio con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de *Broussais*. -Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burlas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la Medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que sólo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba a alguno, parecíale mejor que ningún otro el de Mr. *Le-Roy*, por lo heroico y resolutivo de su procedimiento. -Una ligera sonrisa de desdén que se asomó a los labios del físico elegante, bastó para dar a conocer la superioridad en que se colocaba a sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, exponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento a que él como joven se hallaba naturalmente inclinado; esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hahnemann*.

Aquí soltó el vicio una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de *curar las enfermedades con sus semejantes*, preguntándole si como decía Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces, que irritaron la bilis del homeopático, y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, según dijo, deshonoraban la noble ciencia de Esculapio; a lo cual el brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono a la desentonada conversación.

En esto, uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mención), tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir a aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habían acordado a buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolución formal de aquella cuádruple alianza. -Los doctores quedaron como embarazados a tan exótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciese saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morirse, porque ellos a la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacían, formaban sinceros *votos* por su alivio, y sentían hacia su persona las más fuertes *simpatías*. -Con lo cual el interpelante volvió a retirarse a comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarando el punto suficientemente discutido, respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, a proponer la curación; y fiel cada cual a sus respectivos métodos, indicaron, el browinista, un tónico *récipe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condición de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusión, y que se había de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar. -El alumno de *Broussais* sostuvo que a beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortarían el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo, no había inconveniente en administrarle de vez en cuando algún sorbo de agua engomada, o un azucarillo. -El *homeopático* puso a discusión la aplicación de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media de agua del Rhin, con lo cual se habían visto pasmosas curaciones en el hospital de Mecklembourg Strelitz. -El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y

saliese a paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomitoni-purgui-velocífero de *Le-Roy*.

Dejo pensar a mis lectores la impresión que semejantes propuestas harían respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera había seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente, que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental a aquel señor feo de cara, de que queda hablado; y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigía la curación, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de a ocho, y marcharon contentos a continuar sus graves ocupaciones.

- III -

El testamento

Aquella noche, como la más decisiva e importante, se brindaron a quedarse a velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecho mención al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *jefe de la vela* al severo anónimo, pudo éste dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. -Hízose, pues, cargo del improvisado botiquín, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dio cuerda al reloj para consultarle a cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tía, por su parte, envió a su lacayo por la escofieta y el mantón, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditación, encuadernado por Alegría. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer a la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto a un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *écarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba a las órdenes del jefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba provisto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabía por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja, rezaba sus letanías, y aplicaba reliquias y

escapularios a la boca del enfermo; el mayordomo recibía de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacía tomar al paciente; uno revolvía a éste en su lecho; otro ahuecaba las almohadas y extendía los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corría de aquí para allí para que nada faltase a punto.

Entre tanto, en el gabinete del jardín el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer a las señoras; aplicaba bálsamos confortantes a las sienes de la condesita, sostenía los almohadones, y de paso, la cabeza que en ellos se apoyaba; y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las suyas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren a la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido e inerte; los circunstantes prorrumpen en diversas exclamaciones. -«¡El médico, llamar al médico!»-. -«¡El confesor! -¡El escribano!»-.

Cuál saca un pomo de álcali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente, con una estopa encendida para aplicársela alas sienes; éste le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca* y *espuma de Venus*, que encuentra en el tocador de la señora; aquél va a la cocina por vinagre, y viene diligente a rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan: -«¡Pobrecito! -¡Se ha muerto!»-. -Los hombres imponen silencio a voces -La vieja reza en alto un latín que no le entendiera el mismo San Jerónimo -La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atención se dividen entonces; los unos abandonan al Conde; los otros corren a la Condesa; los agudos chillidos de ésta despiertan, en fin, a aquél de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran ya como cosa del otro mundo, y empiezan a contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla a un cadáver.

Allá en el fondo, y detrás de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro había sido introducido con precaución en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, después de haber dicho dos palabras al oído de la señora, y hecho tres profundas cortesías a la hermana del Conde.

Algún tanto despejado ya éste, no sé bien si por prudencia o por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, a excepción del jefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

-Aquí tiene usía, señor Conde, a nuestro honrado secretario el señor don *Gestas de Uñate*, que viene a informarse de la salud de usía, y de paso a saber si a usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

-¡Ay Dios! (exclamó el Conde). ¡El escribano! me muero sin remedio.

-¿Quién dice tal cosa, señor Conde? (interrumpió el escribano), yo sólo vengo a ley de buen servidor de usía, a ponerme a sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque, al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...-

El severo velador del Conde había guardado silencio durante esta corta escena, como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que había asaltado al Conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que éste se hallaba, acaso aquel paso tenía más de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al Conde a someterse a aquel terrible deber.

No tardó éste en ceder a los consejos de la amistad y a lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignación, dio orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaría un pliego cerrado que contenía su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaría después. -«Pero por Dios (añadió), que nadie se entere de mis secretos hasta después de mi muerte; este amigo, (dirigiéndose el incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo».

- IV -

La sucesión

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo a la hermana del Conde, habían también hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardín. Los amables interlocutores que en él se reunían, arrancados a sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban a creer de veras su posibilidad, y a calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya a manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico, los vaporosos ataques habíanse inoculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla a sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hacia el nuevo peligro, hacia la nuevamente acometida; y a pesar de que los visajes de su feo

rostro, fuertemente contraído en todas direcciones, pusieran espanto al hombre más audaz y denodado, y por más que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase ésta sola por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban a reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡Oh leyes! ¡Oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo joven militar favorito de la Condesa que poco antes no parecía existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba a sostener a ésta, a consolarla, y yacía arrodillado a sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperación de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda a esta súbita expresión de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis a su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inexplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro a otro suspiro, y abandonó sus manos a los labios del joven triunfador; éste entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, pascó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desdén; pero al llegar a fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre. -El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Éste, procurando contener su conmoción, manifiesta a los circunstantes que su amigo el Conde había dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoración vuelve a cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias excursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedía perdón a su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y dirección de su legítimo heredero; en cuanto a su hermana, la dejaba pasar tranquilamente a ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal, que ya empezaba a iluminar aquella estancia, vino a poner en manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes; amigos y dependientes rodearon a la Condesa viuda, tutora y gobernadora; y cada cual se esforzaba en manifestarla su no interrumpida adhesión, y a proponerla varios planes halagüeños; pero el severo velador valiéndose de una persuasiva influencia, la aconsejó por entonces lo único que podía aconsejarla, y era que se retirase a descansar. Hízolo así, con lo cual todos los circunstantes fueron desapareciendo. -Y luego que quedó solo el incógnito, se arrimó a un bufete, tomó una pluma, escribió largo rato, puso al principio de su discurso este título: «*Una noche de vela*», y al final de ella estampó esta firma,

«EL CURIOSO PARLANTE».

Las sillas del Prado

«O sabe naturaleza

Más que supo, en estos tiempos,
O muchos que nacen sabios
Son porque lo dicen ellos».

LOPE DE VEGA.

En risueño ademán y galante apostura, sujeta la lira, en la siniestra mano, y descansando la diestra, como quien ya no tiene gana de cantar, se alzaba el rubicundo Apolo en el término medio del Prado matritense, dominando a las cuatro estaciones del año, que yacían acurrucadas a sus pies.

Era la noche, y la señora Diana, aunque algo soñolienta y ajada de amores, había relevado al dios de Delo en la guardia y centinela de este mundo pecador; con que veíase el hijo de Latona libre aún por algunas horas de este cuidado; que no lo es corto, ni discreto, el haber de consumirse por alumbrar a los demás, mientras cierran los ojos a la luz.

Es fama, en el Olimpo, que estas horas de reposo, en que el Dios de los membrillos cede a su hermana *la alta misión de propagar las luces*, las tenía consagradas de tiempo inmemorial a tomar las cuentas de cargo, y data a las señoras Musas allá en el Parnaso, y a despachar el correo, expidiendo desde aquel *comité* central sendas remesas de inspiraciones a todos los poetas con quienes conservaba buena amistad y correspondencia; ora fuesen príncipes y magnates, y supieran y pudieran acompañarse con lira de oro; ya rústicos y pecheros, y entonasen sus villancicos al son de páramo pastoril.

Con esto el señor Apolo andaba tan ocupado, que apenas lo bastaban para la firma las largas horas de la noche; y solíale acontecer a veces rendirse cansado al sueño, olvidando su obligación matutina, hasta que ya muy corridas las horas, se levantaba todo atortolado y corría a los pies del padre Júpiter, el cual no dejaba de echarle una buena reprimenda, y decirle que la poesía había de acabar por dejarle a buenas noches.

Hoy día, bendito Dios, es otra cosa; pues, o sea que el Numen Delfico se halle desengañado de la inutilidad de semejante trajín, o sea (y ésta parece la verdad) que los señores poetas se hayan emancipado y proclamado sus derechos imprescriptibles, ello es

que ha venido a levantarse el abasto de las inspiraciones, declarándose éstas comercio libre, y que cada cual pueda surtirse de ellas en cualquier parte y a poca costa, v. gr., en los cafés o bu los cementerios; cosas todas más fáciles y hacederas que no andarse un hombre toda su vida trepando por las escabrosidades del Parnaso, a riesgo de rasgarse el corbatín, o de ensuciarse los guantes. Con esto el dios indefinido ha venido a quedar tan holgachón y tan horro de todo trabajo, que se pasa una vida que ni un canónigo del antiguo régimen, limitado a pasear su reluciente carro por el Olimpo, y a presidir (con superior permiso) las prosaicas aventuras de nuestro Prado matritense.

Queda dicho, arriba que era una de estas noches de agosto, en que, después de haberse divertido el buen señor en tostarnos las molleras descansando perpendicular sobre los tejados de Madrid, se hallaba sustituido por la *casta diva*, que, con más galantería y benevolencia, dejaba escapar una luz templada, y daba a los madrileños el grato espectáculo de su hermosa faz, pura, grande, serena, *senza nube e senza vel*.

Llegado era el momento en que todos los heroicos ciudadanos se habían, en uso de su soberanía, retirado a dormir, y reinaba por todo el Prado el más profundo silencio, cuando repentinamente se percibió un ruido armonioso, que por lo sobrenatural e inusitado pareció dar vida y movimiento a aquel solitario recinto; y no era otra cosa sino que el dios Timbreo, viéndose solito y seguro de que nadie le escuchaba, había tenido la tentación de pasear los dedos por las cuerdas de su lira; con que quedaron las estrellas suspensas en el firmamento, y los arboles inclinaron las venerables copas para mejor poderle escuchar.

Cualquiera creería que éstos no eran más que preludios para empezar a cantar; -pero ¿qué filarmónico ni qué poeta han visto VV. que guste de cantar sin auditorio? -S. M. Delfica tampoco era indiferente a una *comisión de aplausos*, y hubiera dado en aquel instante un ojo de la cara para encontrar un poeta que quisiera escucharle; pero los poetas andaban todos a la sazón muy ocupados, cuáles buscando ideas en un bol de ponche, cuáles escribiendo desde un quinto piso un artículo contra el Ministerio.

Despechado, pues, de verse tan redondamente escaso de auditorio, ocurriósele una idea, que le pareció muy feliz; y fue, que pues los seres animados rechazaban su inspiración, debía acudir a dispensarla a los inanimados; y usando, como si dijéramos, de una licencia poética, inspirar a las sillas, que le estaban mirando sin decir «esta boca es mía».

Dicho y hecho; apéase de su elevada cúspide; baja de un salto hasta colocarse en el borde del pilón de la fuente, y esforzando cuanto pudo la voz, -«¡Eh... señoras sillas! ¡ah de casa!... (las dijo) Apolo os llama y os pide conversación; vengan aquí todas, y entreténganme un rato, que ya me canso de tanta holganza, y tomen y reciban ese cacho de inspiración, que repartirán entre sí como buenas hermanas, y si no alcanzase a poder hablar en verso, vaya en prosa, con tal que sea clara, que en prosa habló Cervantes, y no por eso deja de ser el primer poeta del mundo». -Y súbito las sillas se vieron animadas, y agrupándose misteriosamente en ancho círculo en derredor del dios, dejaron entender un

bisbiseo confuso como el que ofrece un enjambre de abejas en presencia del colmenero, o una escuela de muchachos en el punto en que el maestro da licencia de marchar.

Largo rato esperó Apolo el resultado de aquel acuerdo preliminar, hasta que, viendo que nadie tomaba resueltamente la palabra, enderezó la suya al montón, y dijo, no sin muestras de enojo mal reprimido: -¡Ah, señoras alcornoques! ¿Será cosa de hablar todos a un tiempo y sin que nos lleguemos entender? ¿O habrán VV. de hacer el mismo uso que los hombres del don de la palabra que he tenido a bien concederles? Pues por vida de mi padre, que si me enojo, suspendo del todo esta garantía, y las dejo tan mudas como antes. -Pero, vamos a cuentas, que deseo que me diviertan, y para ello fuerza será poner orden y instruyéndolas en las prácticas parlamentarias, que veo que no les son familiares. Por de pronto, salga aquí la más vieja, y cuide de hacerme una relación clara y sucinta, sin ambages ni rodeos, entre tanto que las demás pueden irse formando en comisiones, y cuidado con las intrigas y con los tiquis-miquis, que no estoy, juro a Brios, con intención de perder el tiempo.

Dicho estoy se alborotó de nuevo el cotarro, acusándose todas unas a otras, como que ninguna quería ser la más vieja, hasta que, convicta y confesa de ello una, que por su traza denunciaba bien su fecha antediluviana, agarrola Apolo por las greñas con muy malos modos, y lanzándola en medio del corro, volvió a encaramarse en el pilón de la fuente y la intimó con entereza que empezase su narración.

-Yo, señor Apolo (dijo la silla, un tanto medrosica y mohína), soy natural de Vitoria, y nací, si mal no me acuerdo, por los años de 95 al 96; fui destinada en mi tierna edad a autorizar con mi presencia la portería de un convento de monjas, y sostener la descuidada persona del demandadero, que me bautizó con el nombre de la Carraca, a causa de cierta analogía que pretendía encontrar entre mis suspiros y el desapacible sonido de aquel fúnebre instrumento. Más entrada en años, y reconocida mi injusta colocación, fui elevada al rango de silla capitana en una escuela de latín, en donde mi posesión era para los muchachos el último término de la felicidad; hasta que, elegido el maestro por alcalde de su pueblo, me llevó consigo y me colocó, como quien nada dice, al frente de todo un ayuntamiento. Por este tiempo, el que regía perpetuamente los destinos municipales de esta capital (todavía no heroica) quiso introducir en ella una mejora, que la proximidad del siglo XIX hacía ya necesaria; y entendiéndose para ello con mi alcalde, pudo recabar de él que me remitiera a la corte, para servir de modelo a la organización de los móviles asientos con que pensaba sorprender a los madrileños en la famosa feria de la Plazuela de la Cebada. Vine, pues, a Madrid, y todos los ingenios silleteros de la corte se apresuraron a copiar mi estampa, en términos que me vi reproducida en sus manos, ni más ni menos que si fuera edición estereotípica, pasando con mis compañeras a autorizar un recinto en que tantas aventuras amorosas pudiera recordar. -Entrado ya el siglo actual, y más civilizadas las costumbres, creyose oportuna nuestra presencia en el Prado, y ya en posesión de este mi último destino, asistí a coronaciones y entradas regias; presidí revistas y escuché serenatas; serví en las comidas cívicas; fui una de las víctimas del Dos de Mayo; escuché amores; vi aparecer y desaparecer grandezas; serví a conferencias políticas; miré ajarse bellezas y nacer otras nuevas, y con mis débiles fuerzas, mi constancia y sufrimiento, tolero hoy los sarcasmos de los hijos de los nietos de aquellos

que en otro tiempo me miraron como un progreso. -Únicamente me indemniza de tantas penas el cariño paternal con que me distingue mi usufructuario cuando, calculando mi edad y mis servicios, reconoce que se los he prestado por espacio de treinta y nueve años; que en ellos han descansado en mí ocho mil quinientas cincuenta y cuatro personas, y que habiendo cada una contribuídole con el alquiler de ocho maravedís, he venido a producirle 68432 maravedís, o sean 2140 reales y 24 maravedís; esto es, unas cuatrocientas treinta y dos veces mi valor capital.

Aquí calló la silla, interrumpida por un expresivo signo de desagrado del dios bermejo, a quien no parecía complacer tan prosaica narración. Con que, después de una breve pausa, severa encarando la faz a la preopinante, -Siempre fue de viejos charlatanes (exclamó) el aprovechar la ocasión de un tantico de auditorio para relatar sus propias hazañas, sin tener en cuenta que las más veces no interesan sino a ellos solos.

Y si no, dígame la máquina deslenguada: ¿qué tenemos acá con sus 1 miserables vicisitudes, sus ponderados padecimientos, y toda esa tiramira de voluntarios encomios hechos de su persona; encomios que a nada conducen, que nada prueban, sino que tan leño es ahora como en el primer instante de su ser natural? ¿Parécela, pues, que aquí venimos para escuchar relaciones de méritos y *profesiones de fe* como las que ahora se estilan? ¿O cree acaso que somos ministros u opinión pública, y que tenemos ahí a mano una intendencia de rentas o cuatro cargas de aura popular? ¡Ay, señora vieja, señora vieja! ¡Y qué porro debió de ser el primero que enseñó a hablar a las cotorras, y cuánto más lo parece aquel que tiene paciencia para escucharlas!

¡Alto ahí! (continuó el dios canicular, dando una patada en el suelo), alto ahí, repito; quédese esto entre nosotros, y callar y callemos, que peor es menearlo. Sirva sólo esta alocución de advertencia piadosa, y ojo al margen, para que las demás post-opinantes no nos muelan con tales reclamos; que acá, hermanas, no hay nada que dar, como no sean coplas, y ya me ven a mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota, como mi madre me parió. -Y ora tome la palabra la más discreta, ya sea joven o vieja (supuesto que vemos que la tontuna también crece con los años), y cuénteme cosas del oficio y de buen aprovechamiento; que no les será difícil, puesto que no haga otra cosa que relatar sencillamente lo que cada día oigan y vean, dejando de mi cuenta las reflexiones y los discursos de fondo; que cada cual tiene su alma en su armario para poner notas y sacar consecuencias.

Y vuelta otra vez al clamoreo y a los dimes y diretes, como que todas querían tomar la palabra por más discretas, hasta que en fin lo consiguieron las más atrevidas, y las otras tomaron a bien callar y rabiar. -Pasada, pues, la lista de las oradoras, resultó haber más que orejas para escucharlas; razón por la cual hubo de dar la palabra el señor Apolo a la más cercana, *la Desvencijada*, sin perjuicio de que fuesen después intercalando sus relaciones, hasta donde alcanzase la paciencia, las otras oradoras: *Temblorosa*, *Andamios*, *La Descosida*, *Tronera*, *Muletas*, *Columpio*, *Tres pies*, *Escotillón*, *Monserrate*, y otras varias, hasta unas cinco docenas, poco más o menos, que se hallaron como por ensalmo influidas de la ciencia de Demóstenes.

-Paréceme (dijo *Desvencijada*) que la voluntad del señor Apolo es escuchar de nosotras la crónica fiel y sucinta de nuestros sucesos contemporáneos, de aquellos que puedan hacerle formar una idea de algunas de las costumbres de la época, que en este paseo, punto central y máximo de la capital de la monarquía, vienen a reflejarse en toda su viveza, como los rayos del sol en un espejo ustorio, o los movimientos del péndulo en la muestra del reloj.

-Así es, dijo Apolo entre grave y risueño, y únicamente la advierto, hermana, que deje a un lado las comparaciones y metáforas, que, sobre ser de gusto añejo, corren el evidente riesgo de hacernos dormir.

-Pues entonces -replicó la silla-, procederé sin más introito a narrar a vuesa merced, señor Apolo, una conversación que he escuchado esta misma tarde, y que me ha dado a conocer una porción no indiferente de nuestra sociedad moderna (y digo *nuestra*, porque las sillas también formamos parte de esta sociedad).

En armonioso grupo estábame yo solazando con otras mis compañeras, ahí en el trozo de abajo, entre vuesa merced y señor Neptuno, cuando vinieron a ocuparnos cuatro apuestos mancebos, que por su locuacidad y desenfado calificamos desde luego de personas de importancia. Ella era sin duda tal, que apenas pasaba alma viviente que no saludasen y hablasen con llaneza y marcialidad; otros, al parecer de la misma clase, venían a incorporarse con ellos, y formar corro, que se iba ensanchando en términos formidables; pero, por más que hacíamos mis compañeras y yo, no podíamos adivinar qué gentes eran aquéllas, tan populares, tan decisivas, tan espontáneas.

Aplicábamos, pues, nuestra atención a sacar el ovillo de su profesión por el hilo de sus palabras; y unas veces los tomábamos por artistas, oyéndolos hablar de *colores* y *matices*; otras encarecían sus *artículos de fondo*, y al instante los calificábamos de almacenistas de la Plaza o drogueros de Santa Cruz; discurrían a veces sobre la manera de propagar *las luces*, tomábamoslos entonces por encargados del alumbrado; ora se decían *órganos* de no sé qué coro; ora se daban el título de *opinión pública* y de juicio *del país*; y en medio de tantas confusiones, nosotras, sin acertar ni qué juicio, ni qué luces, ni qué fondo, ni qué colores, ni qué órganos, ni qué palabrotas eran aquéllas, hasta que quiso Dios que acertase a pasar un quídam, el cual vino como llovido a resolver nuestras dudas, saludándoles sombrero en mano con estas palabras: -«Salud, señores periodistas».

-¡Voto a...! (exclamó Apolo saltando espeluznado como un gato sobre el borde del pilón), ¡ah, hi de puerca, tú y la madre que te parió, y qué gentes me traes a la rueda! ¡Aquellos por quienes yo padezco y sufro confinación y destierro; aquellos que me han arrancado el cetro y tornádome muda la lira; aquellos que me miran como mueble clásico y pueril, y entretienen al vulgo con sus discursos originales, traducidos del francés! Hablárasle a Apolo de herejes judaizantes, o de moriscos recién convertidos, de caribes antropófagos, o de negros bozales; pero hablarle de periodistas, y de periodistas políticos sobre todo, tentación es del demonio y que no se puede sufrir. Mas, pues carezco de otro medio de comunicación con esas gentes, gustoso habré de disimular mi encono, aprovechando la ocasión que se me presenta de informarme de su condición y travesura;

y así, hermana silla, prosiga ya la comenzada historia, que, cuando no de gusto, podrá servir a mi délfica persona de interés y aprovechamiento.

-Tuvimosle, y no poco, yo y mis compañeras (volvió a replicar la silla) con el descubrimiento que al fin hicimos del carácter y circunstancias de aquel cónclave, pues siendo, como a cada paso repetían, la expresión *formulada* de la pública opinión, poníannos en el caso de conocer a poca costa el estado de ella. -¡Pero, ay, señor Apolo, y qué chasco tan estupendo nos llevamos! ¡y cómo no será menor el que se lleve, si le repito palabra por palabra el lenguaje convencional en que fue sostenido aquel diálogo! lenguaje tan de todo punto nuevo, que puesto que nacidas en Madrid, y súbditas ordinarias de vuesa merced, era para nosotras claro como el hebreo; y cuenta que vuesa merced pueda interpretarle tampoco, si no ha por ahí a la mano un diccionario de esta moderna greguería.

Porque ellos, a lo que pudimos entender, se clasificaban en varios bandos - (*comuniones*, como dicen ahora, y *compadrazgos*, como decíamos antes) -apellidándose los unos *conservadores*, y los otros *progresistas*; cuáles *retrógrados*, y cuáles *estacionarios*; de los unos era la divisa *la soberanía de la inteligencia*; de los otros *el instinto gubernamental*; aquéllos estaban por la *aplicación práctica*; éstos por las *sublimes teorías*; los de allá se decían maestros de la *vieja escuela*; los de más acá se proclamaban los nuncios de la *futura España*. -Una vuesa merced aquellas exóticas calificaciones con las indefinibles palabras de *oposición* y *resistencia*; el *poder* y las *masas*; la *interpelación* y el *voto de confianza*; la *orden del día* y el *bill de indemnité*; las *colisiones* y *pronunciamientos*; *fusiones* y *pasteles*; *derechos* y *garantías*; disuelva luego todos estos furibundos vocablos en una acción más que medianamente enérgica y apasionada; descubra a vuelta de cada frase sendas pullas más o menos al alma contra la opinión contraria, todo revestido con cierto aire de autoridad providencial y arrogante, y tendrá vuesa merced una ligera idea de los órganos del país; que el diablo me lleve si al país no le sucede lo que a nosotras en cuanto a entenderlos. -Ya veo con dolor -repuso Apolo-, que aún me quedan largos años de reposo por esta tierra; ya veo y conozco que cuando tan a poca costa y con cuatro frases pomposas puede aspirarse al título de sabio, y tras él a una dirección o a un ministerio, necio será el que se quiera consumir trabajando concienzudamente con sólo el objeto de alcanzar fama literaria; ya reconozco la razón de tanto desvío hacia mi persona y que apenas haya quien quiera saludarme cuando me encuentra; ya, en fin, advierto que es tiempo de arrojar la lira, renegar de mis hermanas las Musas y marcharme por ese mundo adelante, proclamando principios y disfrazando fines, y riéndome de los necios humanos, que así caen al cebo de las palabras como los pájaros al de la liga.

Y diciendo esto el afligido dios, levantose resueltamente, haciendo además de arrojar el instrumento en el pilón de la fuente; viendo lo cual, muchas de las circunstantes se abalanzaron a contenerle, y una más atrevida, que no sin harto trabajo había callado hasta allí, saltó en medio del corro y exclamó:

-Alto allá, señor Apolo; no hay que desesperarse y hacer una calaverada; que por mi fe y palabra, que aún existen por esta tierra celosos servidores de vuesa merced, bastantes

a poblar todos los hospitales del mundo. No, sino éntrese cualquiera mañana por esa Universidad adelante, y a poco que se revuelva, tropezará con dos o tres centenares de vates desde los quince a los veinte de la edad; entre la palmeta y el barbero, vamos al decir; -ingenios precoces y prematuros, que así mascan y comentan el *Fuero Juzgo* como entonan una jaculatoria a la eternidad; ora sustentan un argumento *a priori*, ora dirigen a su querida un tratado de Teología en quintillas; que sueñan en sus versos nocturnos seres ideales, fantásticas mujeres, aéreas, vaporosas, sulfúricas; y por el día corren en prosa tras las modistas de la calle de la Montera; que todavía no han saludado más que el salón de Oriente, y ya escriben dramas en que aspiran a pintar la sociedad sin máscara.

Pues descuélguese vuesa merced luego por esas oficinas, y a las pocas mesas tropezará con papelotes borrajeados, llenos de rengloncitos desiguales, que al pronto tornará por informes o extractos; pues también son coplas, más o menos malas, que de todo hay; y el diablo me lleve si no topase con algunos de estos expedientes en variedad de metros, en que venga a decirse poco más o menos, v. gr.: -«Excelentísimo señor: -El Excelentísimo señor Secretario de Estado me dice con esta fecha lo siguiente: -Excelentísimo señor: -Al Excelentísimo señor Presidente de... digo con esta fecha lo que copio. -Excelentísimo señor.

¿Qué es el no amar? Rodar en la agonía

Sin ensueños, sin gloria, sin temor,
Igualar con la noche al claro día,
Y dormir en fatídico estupor...
Excelentísimo señor».

Pues si aún no está satisfecho, señor Apolo, dese luego una vuelta por los cafés, que son como si dijéramos los estanquillos del Parnaso (puesto que ya no haya tal Parnaso en el mundo), donde a cualquiera mesa que se acerque, está seguro de encontrarse en corro con media docena de notabilidades literarias, de éstas que siempre andan pegadas con engrudo por las esquinas, y ocupan las lunetas del teatro, los folletines de los periódicos, y por último, nos ocupan a mí y a mis compañeras todas las tardes dos o tres horas, y por la miseria de los ocho maravedís de costumbre, nos encajan de memoria sus composiciones lastimosas, y sus dramas a grande espectáculo, con tales manoteos y entusiasmo, que más quisiéramos sufrir la relación de las batallas de un militar pretendiente, y recién llegado del ejército, o las infinitas muecas y repulgos de una coqueta en un día de revista, o el simulacro de la defensa de Bilbao, hecho con nosotras por los chicos de la candela.

-Cada cosa que os escucho -dijo Apolo-, me da más en qué pensar, y me afirma de nuevo en la idea que he llegado a concebir de la inutilidad de mi ministerio. Vosotras, por ejemplo, me habláis de una prodigiosa abundancia, de una generación entera de sabios y poetas; y yo, Apolo, el dios del saber y de la poesía, apenas puedo decir que conozco de vista a media docena; me contáis sus triunfos, y yo no he asistido a sus triunfos, ni

siquiera de política convidado. Me encomiáis sus numerosas obras, y yo apenas encuentro nada que leer, por mucho que me mato a recorrer esas librerías. -Luego ¿qué es esto? ¿Son ellos los sabios, o yo soy un porro? ¿Hablan ellos en castellano, o yo soy hebreo?

-Eso consiste -replicó la silla-, en que vuesa merced es poeta clásico, retrógrado y añejo, y está muy casado con su Aristóteles y su Horacio; libros por otra parte muy santos y muy buenos, pero que no son ningún evangelio. Además, señor Apolo, fuerza es confesar que su lira iba estando ya un sí es no es destemplada y floja; y sus desmayados sonidos no son cosa para electrizar a una generación educada al ruido del tambor y al humo de la pólvora, a los gritos de la plaza pública y a la violenta agitación de las revoluciones políticas. No, sino vénganos usted ahora con sus *dulces caramillos* y con sus *Melampos* y sus *Melibeos*, y quiéranos encajar su zamarrilla de pieles y su cayado, cuando el que más y el que menos anda por esas calles hecho un Bernardotte, y sabe muy bien manejar el fusil, o sublevar a un pueblo desde la tribuna, o derribar a un ministerio desde la redacción de su periódico.

-Calle, calle la maldecida -replicó impaciente el dios-; y no hablemos más en esto, o si no la encajo la lira encima del espaldar, y entonces me dirá si es o no de algodón cardado. ¡Habrase visto desvergüenza mayor! ¡Porque me ven solo y sin corte, como rey cesante, todos han de querer, como quien dice, subírseme a las barbas! Pero ¡ay triste! que no las tengo, y hasta en esto me diferencio de los poetas del día.

-Vaya, vaya, señor ex-numen, no hay que llorar ni sonarse tan a menudo (saltó en este momento *Temblorosa*, otra de las oradoras inscriptas); déjelo con mil diablos, que no hay mal que por bien no venga; y si no inspira ya a los poetas, para eso luce sus inspiraciones en los anuncios del *Diario*; si le han mandado borrar hasta del techo del teatro, para eso sirve de muestra a un almacén de quincalla en la calle de la Montera; si no hace bailar a las Musas en el Pindo, como de esas bordadoras bailan alegres, bajo su tutela, en la puerta de Bilbao o en los jardines de Chamberí²⁴. Con que, no hay que desanimarse, sino tomar el tiempo como viene, y meter la cabeza donde se pueda, aunque sea de mancebo en una tienda, o de pasante del colegio Hamiltoniano; que día vendrá en que pare la nube, y en que se cansen las gentes de espectros y calaveras, volviendo a entusiasmarse con la *mariposilla incauta* y el *arroyuelo murmurador*, que es cosa buena y con que no se ofende a Dios.

Entre tanto, para que no vaya vuesa merced a pasar por un mal criado, si gusta de meterse en el gran mundo, y ya que mis compañeras le han iniciado en el lenguaje político y literario, quíérole dar yo un repaso del de la buena sociedad; que aquí donde nos ve, no hay nadie que tenga más roce de gentes, ni que encuentre, por lo tanto, mejor ocasión de aprender el moderno vocabulario.

-Eso me toca a mí de derecho (exclamó *Columpios*), que soy la más joven, y como tal, susceptible de la inoculación intelectual de las novísimas doctrinas sociales.

-Yo (saltó a este punto *Monserate*), por más aseada y pintoresca, soy favorecida de preferencia por las altas clases y...

-Nada de eso pega ya (replicó *Tronera*), que ya no hay clases altas ni bajas, y todos somos unos y libres; con que, yo...

-¿Y me he de estar yo callando (interrumpió *Trespies*), yo, que guardo en mis adentros cosas estupendas y dignas de ser puestas en solfa?

-Pido la palabra.

-Pues yo la tomo.

-Pues yo la agarro.

-Pues yo no la suelto.

-Pues yo...

-Pues tú...

-Pues sí...

-Pues no...

Y aquello se convirtió, como si dijéramos, en un verdadero parlamento en día de interpelación. -Todo era interrumpirse y chillar, y ponerse roncás, y dar manotadas, y lanzarse pullas, y mirarse de través; hasta que el presidente Apolo, habiendo llegado a los 59 grados sobre cero de su despecho, ideó una diablura, que ni el mismo Satanás en sus buenos tiempos; y fue quitarlas de repente el entendimiento y la voluntad, y dejarlas sólo la memoria; y luego permitir que todas hablasen a un tiempo y sin oír a las demás, y que repitiesen como un eco, simplemente y sin comentarios, todas las palabras sueltas que habían escuchado aquella tarde en el paseo; con que se armó un confuso clamoreo de interrupciones, preguntas, respuestas, medias palabras y palabras enteras, como si todo el Prado se hubiera vuelto a la sazón a poblar de paseantes; en fin, una barbaridad tan discordante e inconexa como la siguiente:

-«¡Jesús, qué calor!... -Diez y ocho años y soltera».

-«¿Qué dice V. de la guerra? -Este correo trae más vuelo el figurín».

-«¡Ay mamá! es preciso ensanchar este sombrero. -El de mi marido también».

-«¿Y no le parece a V. una injusticia que... -Dicen que era sobrino de S. E.».

-«Es excelente autor. -Discípulo de Belluci».

Y aquella noche le cerró la puerta. -Porque no estaba en voz y...».

-«Hoy lo he leído en el *Correo Nacional*. -¿De qué color es esa tela?».

-«Mira a la Fulana con sus niños y su marido... -Es el editor responsable. -Como no sabe firmar...».

-«¿Te subes a la otra vuelta? -Después de cenar. -Anoche estuvimos en Francia...».

-«Le han hecho intendente. -¿Y de qué sirven los libros...? -Porque en tiempo de revueltas políticas... Pierde el pan y pierde el perro».

-«¿Y de cuántos meses estaba? -Era una ligera interpelación».

-«¿Con que, se ha cansado de él? -Era una vida muy circular».

-«Y el vestido es precioso. -Con prima a sesenta días a voluntad del comprador».

-«Dicen que el Ministerio hace dimisión. -¿Damos otra vuelta?».

-Basta, basta, canalla infernal (dijo enfurecido el dios, apresurándose a. trepar a su sitio acostumbrado); basta ya con vuestra diabólica gritería (que cuento que aunque me suba al Olimpo no he de desechar tan pronto la pesadilla). ¡Cáscaras, y qué noche me han dado las perras, y qué amargas verdades me han encajado, que quieras que no! -Ea, bien; tiempo es de callar, que ya estoy viendo a la señora Diana, que me hace señas de que vaya a relevarla porque se quiere ir a dormir. Todo el mundo pare la lengua, y vuelva por su camino sin chistar ni mistar, que si alguna otra noche me diere la gana de echarla a perros, se les avisará a domicilio, y veremos si entonces me ponen en limpio este borrador.

Y todas las sillas marcharon a sus puestos sin replicarle; y cuando el sereno atravesó, al amanecer, el Prado -después de haber dormido toda la noche en un banco- ya se las encontró a todas como si tal cosa, guardando sus puestos, inmóviles, mudas y en correcta formación.

(Agosto de 1838)

△▽

De tejas arriba

- I -

Madre Claudia

«...a tus tiernas palomillas
El velo peligroso las rehúses;
Que andan muchos azores por asillas
De cuyas uñas penden los despojos
De otras aves incautas y sencillas».

BARTOLOMÉ DE ARGENSOLA.

-Dios sea en esta casa.

-Y en la de V., buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece?

-Nada hijo, sino venir en cuerpo y en ánima a ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser.

-Por muchos años; y ya veo que si no me engaña el corazón estoy hablando con la señora Claudia, la que viene a habitar la buhardilla núm. 7.

-Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buen hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo!; hoy por ti, mañana por mí; y como dijo el otro, abájanse los adarves y álzanse los muladares; que hoy nadie puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora, bailan otros en la boda... No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su pepita; sino explícolo para dar a conocer a vuesa merced, señor vecino, que aquí donde me ve con estos trapos, yo también fui persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz... pero vive cien años y verás desengaños, y tras el día viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocín de molinero.

Pero dejando esto a un lado, y viniendo a lo que importa, -¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? -¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió!... Tal me vea yo a la hora de mi muerte... ¿Es rosolí o aniseta?... gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua!... a la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espíritu!... ¡y qué bien le parecen esos dos mantecadillos que están diciendo «comedme»!... ¡Ah! si no estuviera tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y mi ánima que no había de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostarí que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar a la aguja... gracias, hija mía, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué garrida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio.

-Gracias, madre Claudia.

-Bien hacéis, hija, en dar las gracias, que para eso las tenéis, y aun para quedaros después con ellas; ¡ay! quién me tornara a mí de ese talle y esa frescura, y no me robara la experiencia del mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me había de cantar y no me vería ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero así somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo; y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto más valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y...! ¿no es verdad, hija mía?... ¿qué, no me entiendes? ¡picaruela! ¿pues a qué vienen esos colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios!... ¡qué no diera alguno que yo me sé bien, por atajar con su labios esa gota de coral!...

-¿Alguno, madre?

-Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir a los parroquianos y se viene derecho hacia nosotras; por fin, hija mía, más días hay que longanizas, y cuando queráis noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. -Y ahora me voy, señor vecino, que ya ha acabado de ser noche y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos... A fe que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y a no ser un cuarto roñoso de Segovia que traigo aquí para trocarlo con un palmo de cerilla... ¿También ese favor?... muy obligada me voy, señor vecino; a bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso a paso caminando a mi chiscón, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, si no es que se haya salido a los tejados en busca de las vecinas, salidas también como él...; que amor con amor se paga, niña mía, y cuando nace él nace ella, y si no fuera por esto, ¿para qué estamos acá bajo los unos y las otras?... Conque buenas noches, vecino; y cuidado niña, que no hay que olvidar a quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás muchas cosas y habilidades, así de punto y aguja como de cazo y sartén; que, gracias a Dios y a mis años, así me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Conque, adiós. -

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y después de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y su rostro para evitar la ofuscación de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chiribitil, haciendo descanso en todas las mesetas o tramos de los diversos pisos. -Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona dirección la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió; mas, desgraciadamente, con un impulso muy superior a la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos; quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogón, se quedaron a buenas noches.

- II -

Las buhardillas

Algunos días eran pasados, y ya la buena madre sabía por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y más especialmente de aquella parte de la tripulación de la casa que, a hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo.

Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, más que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la región de las nubes, con lo cual no habrá de extrañarse si tal cual tormenta solía de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. -Semejantes tormentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeñez microscópica no sabe distinguirlas, o bien afectamos desdeñarlas por el ningún interés que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aeronautas que ascendieron de intento a estudiarlas; y de uno de éstos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán explicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejón a diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicación a ocho o diez celdillas o habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habían hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas a tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabía, por ejemplo, la madre Claudia, que en la primera buhardilla de la derecha conforme vamos, vivía un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando a marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hacia la próxima Navidad. -Sabía que en la de más allá existía una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte Pío, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo que en estos tiempos vale una honrada doncellez. -Más allá cobijaba con dificultad un matrimonio joven, zapatero y ribeadora; él, mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatín; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira.

En el agujero del rincón que formaba el ángulo de la casa, había entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de Colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendía además corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corría con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algún anónimo cartas de pago y billetes

del tesoro, o bien acomodaba sirvientes o limpiaba botas en el portal. Él, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducía en francés, como se trocaba en italiano; y ora se adornaba con un levitín blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corría las calles con sombrero de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitación del químico había dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales, era capaz de volatilizar la cabeza más bien templada. Valencia, el jardín de España, había sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso país es más difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta había venido desde las riberas del Turia a las del Manzanares, y a las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para más despacio; baste decir que vino ella o que la trajeron; y que la abandonaron o que se abandonó; en términos que en el día era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Víctor Hugo, aunque si va a decir la verdad, algo más positiva que ella; efectos todos del siglo prosaico en que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan éstas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivía un viejo adusto y regañón, escribiente memorialista a dos reales el pliego, que por el día, detrás de su biombo en el portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales y seguía correspondencia con media Asturias, y recibía las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedíale a veces, como veía poco, a pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaración de amor en un pliego del sello cuarto, o pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, que siempre venía a casa regañando, y como solterón y que no tenía mujer con quien pegarla, la solía pegar con toda la vecindad.

Últimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase a este risueño drama tenía su mansión un hombre de presa (*corchete*, que suele decir el vulgo), el cual, cuando creía que nadie le miraba, solía hacer sus excursiones por el tejado a correr con los gatos, por inclinación y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado; manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intención, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oído listo a las promesas y cerrado a las plegarias, multiplicado a veces como edición estereotípica, y tan invisible e impalpable otras, que no pocas llegaron a dudar los vecinos si subía por la escalera o por el cañón de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podría estar ociosa la imaginación de nuestra Claudia, o si más bien llegaría en breves días a ser, como si dijéramos, el centro de aquel sistema; planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligara a los demás a girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

- III -

Drama de vecindad

La primera atención de la vieja se convirtió naturalmente hacia la valencianita, que como la más sola e indefensa oponía más obstáculo a sus ataques...

-¿Es posible, hija mía, que tan joven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizamí sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defiende de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada a sí misma; antes bien conviene exponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevación como el jazmín en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la experiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La hiedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caería indudablemente al primer paso, si no hubiera una mano amiga que cuidase de sostenerle. -Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sostén. Yo seré, si gustas, este arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timón a un hábil marinero, así tú en mis manos experimentadas, podrás atravesar sin pena este piélago del mundo, y reírte de los furores de los vientos desencadenados contra ti.

Yo no sé si fue precisamente en estos términos u otros semejantes como habló la vieja, ni acierto a decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva a su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirlo con argumentos irresistibles, cuando a los pocos días consiguió su objeto y atrajo a su red la incauta mariposilla, formando una sociedad mercantil bajo la razón de *Amor, Venus y Compañía*; sociedad en que una ponía la prudencia y la otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo, a partir, por supuesto, el beneficio que de ambos había de resultar.

Desde entonces la buhardilla de Madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicación; y no era nada extraño oírse en el interior algunos sonidos de voz varonil, o encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos, que bajaba con la debida precaución.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinación con que se negó a admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversión de la criatura, la cual temblaba de pies a cabeza, y huía a esconderse cada vez que le miraba acercarse a su puerta.

Y era, como lo veremos más adelante, formidable enemigo este alguacil; -pues además de las condiciones anejas a su profesión, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos; conque venía a parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. - Ahora vayan VV. a profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberración, con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos había ocasionado a la vieja esta terrible consideración; pero ya que no podía evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre andaba, como quien dice, bailándole el agua; siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviera modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demás vecinos una decuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperación contra la alguacilesca enemidad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hacia el ingenioso químico que cobijaba en el rincón, y el cual no se hizo mucho de rogar para prestar a entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y protección de ambas deidades. -Aquí tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es a saber: -la gracia, la experiencia y la ciencia, -o en otros términos-: -una muchacha, una vieja, y un doctor. -Y digo doctor, no porque lo fuera ni pudiera gloriarse de poseer una de esas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, a trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser más positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la confederación, merced a algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando a escuchar los chistes de la madre, o a recibir de manos del químico algún frasquito de elixir con que curar de las muelas o añadir a las mejillas un benéfico rosicler; -todo lo cual, animado con la grata conversación de tal cual caballero que por casualidad solía hallarse allí, prestaba ciertos ribetes a aquella sociedad, muy propios a excitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecía alguna mayor dificultad, por lo inaccesible de su edad a los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompían los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora (que buena falta les hacía a los pobres para engañar el atraso de pagas del papá), el cual por su parte, agradecido a tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos a lo demás del espectáculo, y achacaba justamente a su miseria aquella capitulación con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran también un gran obstáculo a los planes de aquella veneranda dueña; pero ¡qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla a la hermosura y al amor! -Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habían sido educadas con primor en vida del papá, aprendiendo a figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquél habían de parar en los estantes de un Monte Pío, -y todo el mundo sabe que, una vez empeñada, pierde mucho de su valor la alhaja más primorosa. -En vano recurrieron por apelación a las habilidades de la aguja que hasta allí habían mirado como adorno o pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una mujer, no logra al cabo del día un resultado comparable con el del más mísero albañil. -Y luego, que como eran tres a trabajar y cuatro a consumir (entrando en cuenta la mamá), resultaba un *déficit*, por lo menos equivalente a la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir, que si comían escasamente tres días, tenían que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es fácil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase a esto que como jóvenes aún y amigas del bullicio y los amores, no habían podido renunciar a sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir a las fiestas y diversiones, con lo cual había también que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginación y disimular los rigores de su fortuna. -«¿Quién sabe? (decían ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo a algún rico mayorazgo o algún viejo capitalista, que nos extienda su mano y nos saque de esta angustiada situación. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que lo usáramos en Madrid? -No, a fe mía -respondían todas-; y si no, ahí están Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por excelencias, o cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, o un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van a los toros en coche, y en los teatros están abonadas en delantera... No, si no, vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán a buscarnos los novios aquí encerradas en este caramanchón. -A fe que, como decía ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre: ayúdate y te ayudaré; y el cristal engarzado en oro parece diamante, y el diamante en un basurero parece cristal».

Madre Claudia sabía muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas, mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales, luego que descubrieron el buen corazón de la vieja, aprovecharon su mediación para entablar con seguridad su triple correspondencia. -Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero, los billetes en papel

barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataúd*; más adelante, los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormía la siesta, o daba una vuelta al puchero.

Conque tenemos en conclusión, que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, a los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la acción principal, el verdadero interés de su argumento.

- IV -

Peripecia

Una noche... ¡qué noche!... llovía a cántaros y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buhardilla de Madre Claudia; rodaban las tejas y caían a la calle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desván aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las jofainas, los barreños, las artesas, y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía a iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonación concluía por hacerla más terrible e imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabría cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía a rezar y a darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oído andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra, viendo en ella temblar su espantable figura, a las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dio un brinco hacia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la más profunda oscuridad... La vieja despavorida corre a la puerta, a tiempo que ésta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaución a un bulto negro embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detrás de él.

-¡Jesús mil veces! -grita la vieja, y cae en el suelo sin voz ni esfuerzo para decir más.

-Nada tema V., madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda V. de lo que me prometió para esta noche?...

-En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone a usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima.

-Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho.

-¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo a juntarse con la tierra... Mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajueta.

-A bien que aquí traigo yo el fósforo, y...

-Alabado sea el Señor, Dios nos dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga, aquí, y endiñaré el candil... pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla también?

(Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz a la vieja, y mirar su lívida y desencajada faz, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.)

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que éste porfiaba, y la vieja se hacía de rogar, y aquél juraba, y ésta se reía; y luego sacaba aquél un bolsillo: y ésta se ponía a discurrir.

-¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera a usía y mucho, que a mis años y a mi experiencia no lo ha podido ocultar; pero, al fin, usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, también tiene su aquél; y si él llegara a sospechar la intención con que por usía he venido a esta casa... ¡Dios nos libre!

-Todo eso está bien -replicó el caballero-, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla...

-Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrión; que no se ganó Zamora en una hora, y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No, si no aguarda la breva en enero y verás si cae.

-¡Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar! ¿Pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche?...

-No es esto decirle a usía que yo no ponga de mío hasta donde se me alcance al magín, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir a

bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el *só*, ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harían tan remolonas.

-No me vayas a hablar de otras, como sueles, bruja maldita... Yo no he venido aquí a escuchar tus graznidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido un solo escalón de esta escalera infernal... Vengo sólo a que me cumplas tu promesa... y ya tú sabes que yo no tengo cara de que se me hagan en balde.

-Pues a eso voy, señor; ¡cáspita! y qué vivos de genio son estos boquirrubios, y qué...

-Perdona, buena Claudia, pero mi impaciencia...

-Después que una se desvive por servirlos, haciéndose (como quien dice) piedra de molino, para que ellos coman la harina.

-Pero...

-Ande usted de aquí para allí como un zarandillo, por la gracia del Señor, cuando a él le convenga; deje usted su cuarto de la calle de las Huertas, -que bien me estaba yo en él sin estos trampantojos; -súbase usted a las nubes como el gavián, y póngase desde allí en acecho de la perdiz... y todo ¿para qué?...

-Tienes razón, Claudia, tienes razón; pero como tú me dijiste...

-Y ya se ve que dije y no me vuelvo atrás, que bien sé lo que me tengo que hacer; pero...

-Mira, toma lo que llevo conmigo, y esto será nada más que principio de mi eterno agradecimiento; pero por tu vida, que hagas por que yo la vea esta noche, aquí mismo, en tu casa, y... su padre está de guardia, ya ves tú que mejor ocasión...

-¿Y por quién sabe usía todo eso sino por mí?

-Es verdad, dices bien; mucho tengo que agradecerte.

-Quiera Dios que dure y que a lo mejor no me muestre las uñas.

-No temas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza; ahora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate al mirarla en mi presencia.

-Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo a Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo a su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondáis tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline a volver atrás.

-Bien, bien, como queráis, Madre Claudia.

Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó a bajar pausadamente la escalera, y llegada a la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes a causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese a su buhardilla, donde la pondría unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la había de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso a su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba, abre Claudia la puerta, cuidando de cubrir con ella a su cómplice; vuelve entonces a cerrar, y éste, ya descubierto, se arroja precipitado a los pies de la joven, y la renueva con los más vivos colores sus juramentos y sus deseos. -La sorpresa y la indignación privaron por un momento a la niña del uso de la voz; después lanzó una mirada suplicante a la vieja, la cual con su diabólica sonrisa la dio a conocer lo que podía esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galán quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada a la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: «¡Favor, vecinos, favor!...».

En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demás habitaciones; y mientras los más próximos acuden a preguntar a la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies a cabeza que subía los escalones cuatro a cuatro, gritando desafortunadamente...

-«Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende?...».

A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas a Madre Claudia hasta plantarla de rodillas a sus pies, en tanto que el galán anónimo había tenido por conveniente escapar por el tejado...

El zapatero -que subía a este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita-, mira escapar a su esposa de la buhardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él también tenía por qué callar; -en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejón de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos... y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren a verificar su captura, a tiempo que las niñas de la viuda salen despavoridas, gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que a falta de otro sitio, estaban hablando con ellas en el callejón.

El químico (que desde su chiscón observaba aquel embrollado caos) no halla otro medio para poner término a semejante escena que reunir multitud de mistos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañón, y a su horrrisono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tendero, con su hija; el memorialista y el cesante, con los chicos; éstos, agarrados de la vieja; las niñas, de sus galanes; el zapatero, de la viuda; la ribeteadora, del químico; y el

alguacil, de la valenciana; gritando: «*Favor a la justicia; dejadme a esta pecorilla que es el cuerpo del delito...*».

- V -

Desenlace

Ocho días eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, había hecho desocupar toda la casa y colocado a la vieja en una buena reclusión; el tendero había cerrado su almacén y caminaba con su hija hacia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposición de ésta, trabajaban entre vidrieras bajo la dirección de *Madama Tul Bobiné*; el zapatero había apaleado a su mujer, y estaba en la cárcel; y ésta se había colocado bajo la protección del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un cuarto entresuelo calle de los Jardines, y al tiempo de extender el recibo daba por fiador... al alguacil.

(Setiembre de 1838)²⁵

El reciénvenido

△▽

- I -

Caminando calle arriba por la de Segovia de esta corte, y siguiendo fielmente con sus plantas la línea, ora recta, ora curva del arroyo; encogidas las rodillas, alta la cabeza, y las manos encajadas en las aberturas del calzón, se adelantaba paso a paso un hombre cuyas miradas codiciosas, y otras señales de estúpida admiración, daban luego a entender serle del todo nuevos los objetos que por entonces herían sus sentidos.

De contado, la rústica villanía de su traje, los groseros alpargates, su calzón corto, pardo, flojo y descosido; su faja de estambre, chaquetilla y chupetín también pardo, y sombrero chato del mismo color, dejaban inferir su procedencia del riñón de Castilla, así bien como su enorme vara de fresno atravesada a la espalda, haría sospechar su profesión de trajinante, si ya no la demostrasen claramente tres pollinejos y un mulo que a guisa de batidores le abrían el paso, casi escondidos entre los enormes sacos que pesaban sobre sus lomos.

Esta figura, cuyo aspecto semi-humano hubiera puesto espanto a quien la hubiera hallado en el interior de un bosque de América, dando mucho que pensar al viajero, para clasificarle entre las diversas especies de mandriles, jimios, macacos y jockós que describe Buffon, no era, sin embargo, nada de esto, sino una criatura casi racional, con sus tres potencias distintas, puesto que la del entendimiento, harto entumecida por falta de uso, casi casi hacía dudar de su existencia; era, en fin, un ciudadano español con sus derechos imprescriptibles y su cacho de soberanía; el cual ciudadano, en prueba de estos derechos, acababa de pagarlos a la puerta, por los garbanzos y judías que acarreaba. - Sabía también hablar (que no es, poco), y en la misma puerta había declarado llamarse *Juan Algarrobo* (alias *Cochura*), y ser natural de la villa de Fontiveros, provincia de Ávila, sexmode San Juan, de edad de veinte y cinco años, cumplidos en la última Navidad, de oficio arriero, y de religión, católico-apostólico-romano.

Como era la vez primera que pisaba los angulosos guijarros de esta noble capital, ignoraba de todo punto la dirección de sus calles, y embebido en sus pensamientos (que también los solía tener a veces), dejábase guiar por su recua, fiando al instinto de ésta el conducirle a punto donde pudieran comer y repasarse.

Ya había llegado al fin de la calle, y hecho la señal de la cruz delante de la de Puerta Cerrada, cuando le vino a la memoria que la consigna que traía de la tierra era a la posada del *Dragón*, en la Cava Baja; por lo que, llamando cariñosamente a sus pollinos, los encarriló hacia la puerta de un barbero, el cual viéndoles entrar tan sin ceremonia, arremetió a las navajas; y hubiérales señalado de mano maestra, a no haberse visto interpelado por nuestro arriero, que con sombrero en mano y el *Deo gratias* de costumbre, le preguntaba las señas de la Cava Baja.

-«Vaya el bárbaro (dijo el barbero) mucho de enhoramala, y átese en fila con sus burros para no incomodar a las gentes de bien de bien». -Y cerró de un golpe las persianillas de su tienda, con que dejó a los reciénvenidos en la misma perplejidad. -El mulo delantero, sin embargo, no debía ser lerdo, y no por eso se desconcertó; antes bien, dirigiendo el paso hacia una taberna, saludó con los hocicos varios platos de abadejo que a la puerta estaban, y que sin duda hubieron de parecerle bien; mas la intrépida guisandera (que por más señas era una vizcainota gorda, que se llamaba la señora *Juliana Arrevaygorregoyquirrumizaeta*) saltó de su asiento cazo en mano, y arremetiendo alternativamente, ya al mulo, ya al arriero, los echó de sus posesiones con una descarga cerrada de vocablos facciosos, que tan claros fueron para el amo como para los mismos pollinos.

En majestuoso cónclave reposaban tranquilas tomando el sol sentados encima de sus cubetas hasta cuatro docenas de mozállones gallegos y asturianos los cuales, viendo el aturdimiento del castellano y lo fuera de razón de la vizcaína, reían hasta más no poder, hasta que uno, más caritativo, indicó al forastero que la calle que buscaba se encontraba sobre su derecha. Mas fuese que el castellano no entendiese el lenguaje de Castilla, o que el otro se lo dijese en gallego, hubo de tomar el rábano por las hojas, y comprender que había de seguir la calle derecha y no la derecha de la calle; con que siguió majestuosamente por toda la Plaza arriba, Puerta del Sol, calle de la Montera y de

Fuencarral, buscando la Cava Baja; verdadero emblema él y su recua. de la actual generación española, caminando con igual acierto al punto término de su felicidad.

Dejo a la consideración del lector los muchos lances siquier grotescos, siquier trágicos y fatales, que el pobre reciénvenido hubo de experimentar en tan larga travesía; hasta que, viéndose ya cerca del cementerio, empezó a sospechar que no era por allí el camino de su posada. Por fin, después de muchas preguntas y respuestas, dares y tomares, idas y venidas, tomó la vuelta de la Puerta del Sol, y al fin de dos horas cumplidas dio consigo y su comitiva en la Cava Baja.

Luego que se vio en la posada, rodeado de racionales e irracionales compatriotas, despachado en común mesa un razonable pienso de menudos y pimientos, amén de la cebada y la paja que con noble abnegación cedió a sus pollinejos, hechos cuatro mimos a éstos en señal de buena amistad, y cambiadas cuatro interjecciones machos con el mozo de la posada, acomodó sus alforjas y su manta en un rincón del último piso, y cedió al sueño los cansados miembros, quiero decir, que se durmió, sin dársele un ardite de la crisis ministerial ni de toda la demás bataola que por entonces traía alborotada a la corte.

- II -

Aquella noche, como las demás, después de la cena, habíase dispuesto por la noble compañía que ocupaba la posada una partidilla honrada de *truquiflor* y *se-cansa*, interpolada de sendos tragos de lo tinto, y amenizada con el agradable ruido de una alegre conversación. Admitiose también en la rueda con notables muestras de benevolencia al reciénvenido aviles, ayudándole, a fuer de franqueza y amistad, a desechar el empacho que sin, duda debía imponerle aquella nueva sociedad; con que muy luego se olvidó de todo punto que estaba en Madrid, y trasladose en imaginación a aquel ameno establo donde sus ojos vieron la primera material luz.

Tan engolfado iba estando en la partida, y tan sin penas ni desconcierto dejaba rodar sobre la mesa las medallas segovianas, que hubo de llamar la atención de un viejo provecto y cariacontecido, que observaba aquella escena desde un ángulo de la mesa; el cual viejo no era nada menos que un honrado ordinario de Salamanca, el *tío Facó*, hombre de bien y chapado a la antigua, que solía pasar su vida en el espacio que medía entre el Rollo del Tormes y la Puente Segoviana; acarreador perpetuo de trigo candeal y de garbanzos de Cuarto de Armuña; de teólogos y filósofos en embrión, grandes guitarristas y futuras notabilidades del púlpito y del foro. Con lo cual, y la buena ayuda de su entendimiento, había llegado a ser un horroroso latino, como que sabía de memoria desde el *Musa Musae* hasta el *X et Zeta*, y todos teníanle por hombre además prudente y sabidor; y aun hubo tiempos en que casi, casi se vio expuesto a ser, como quien nada dice, sacristán de Calvarrasa.

Sea de ello lo que quiera, este tal Facó tenía, como queda dicho, a su cargo, hasta un par de galeras, que hacían periódicamente el viaje de Salamanca a Madrid, y como saben muy bien los que tal viaje hubieren hecho, es cosa consiguiente el pasar por la villa de Fontiveros, y siéndolo, era preciso que el tío Facó hubiese en ella conocido a nuestro Juan Algarrobo, alias *Cochura*; siendo esto tan cierto, que varias veces se cruzaron en el camino y cambiaron las botas, o se dirigieron de común acuerdo a casa del Juan a herrar una mula, o a arreglar las varas de la galera; razones todas más que poderosas para tener y sostener una razonable amistad.

Conoció, pues, el viejo Facó que era la ocasión llegada de aventurar algunos paternales consejos a aquel incauto pajarruco caído voluntariamente y por primera vez en las sutiles redes de la corte, y así, llamándole aparte y llevándole a un rincón del zaquizamí, escupió dos veces o tres, hízole sentar, y le habló de esta manera:

-Amigo Juancho, ya tú sabes las obligaciones que nos debemos, como paisanos que somos y como amigos, y lo mucho que nos queremos tu madre Forosa y yo; así que no extrañarás que venga aquí a ocupar su lugar y a darte consejos que en esa tu edad y en esta villa, luego luego habrás menester. -Escúchame, pues, atento, sin jugar con la faja, ni mirar a los dedos, y clava en el magín todo lo que de mí oyeres; que día vendrá, y no está lejos, en que lo recuerdes con agradecimiento y pagues con él al viejo que te está hablando.

Has llegado, Juancho, a un lugar en que la precaución y el consejo son necesarios para no perder un hombre el juicio escaso que Dios le dio; lugar en cuyas calles se aprende más ciencia que la que enseñan nuestros doctores salamanquinos a los que frecuentan sus escuelas; lugar en que los chicos son bachilleres, las mujeres licenciadas, y doctores los hombres, sin más gramática que la parda, ni otras borlas ni mucetas que un poco de garabato en los ojos y en el pico. Con esto, y un exterior amable y lisonjero, tienen en sí la ciencia suficiente para enseñar al forastero lo que ellos llaman cortesanía, y hacerle conocer que es, a su lado, ciencia inútil toda la que contienen sus libros. Pero no creas, Juancho, que tan benéfica pasantía se dispense aquí *gratis et amore* y sin su correspondiente por qué. Colegio es éste en que, más que en los *mayores*, pelagra el bolsillo, y cuenta, si su apetecida beca no nos cuesta también la salud de cuerpo y anima.

Quiérote decir todo esto, por que sepas a punto fijo a qué lugar te han traído tus pecados o tu codicia, que quedará satisfecha si lograres vender algunos reales más caros esos frutos que acarreas, y no tomará en cuenta los peligros a que te exponen en semejante expedición tu entendimiento ralo, tu memoria torpe y lo arriesgado y simple de tu voluntad.

Esto supuesto, desconfiarás, Juancho, de ti propio y de los demás, hasta aquel grado que es lícito desconfiar, no tomándolo todo por el peor lado, ni echando juicios temerarios de que tu conciencia haya de acusarte, sino suspendiendo por lo menos el tuyo, hasta cerciorarte de ser verdad lo que se te dice, y aun aquello mismo que por tus ojos vieres y palpares con tus manos.

Recelaraste de los amigos fáciles, y que te hallares, como suele decirse, por bajo del pie, que no es fruta la amistad que nace espontánea, sino a fuerza de cultivo logra extender y hacer frondosas sus ramas. Todos en la corte te harán risueño el semblante, todos llamaranse tus amigos, si te vieren inocente y no poco dadivoso y desprendido; pero a vuelta de tus espaldas reiranse muy luego de tu mentecatez, y holgaranse con tus favores, para mejor burlarse de ti.

A cada paso que des hallarás gentes de tu condición, de tu país y aun de tu parentela, que en este laberinto de la corte todas vienen a ser confundidas, por lo que habrás oído decir aquel dicho: «*Madrid, patria común; tierra de amigos*». Aquí hallarás, en efecto, muchos o más sutiles y más experimentados que tú, que te brindarán con sus consejos, te darán la mano en tus especulaciones y tratos, y llenarán, con nuevos proyectos, tu cabeza de dudas, tu pecho de codicia y de ambición. Huye, amado Juancho, huye esas relaciones peligrosas, o si aprecias tu tranquilidad, no des oídos a consejos pérfidos de los que sobre tu ruina piensan levantar el edificio de sus medros.

Ni faltará tampoco a tentar tu flaqueza en esta cueva de los vicios aquella formidable enemiga de los humanos, la lujuria, que aquí en este lugar tiene su principal asiento y trono; y quiérola llamar por su nombre para que no vayas a confundirla, Juancho, con aquel otro amor sencillo y honrado de nuestras aldeas; no, otros son sus colores, y preciso te será aprenderá distinguirlos. -No fíes, por de pronto, en los halagos que algunas de estas encantadoras te prodigue a tu paso, ni escuches sus ruegos, ni creas en sus palabras; pues que ni tu figura está hecha para enamorar de un tiro, ni aunque fueras el mismo Adonis (de lo que distas muy bastante) seríate lícito ni conveniente creerlo así.

No juegues juegos de azar, que no es bien arriesgar a una sota el fruto nuestro trabajo; y si alguna vez lo hicieres, cuenta que no es el azar tu solo enemigo, sino la mayor ciencia de tus compañeros; que en esto del juego los hay grandes profetas en la corte para predecir y acertar a quién le ha de favorecer el albur.

No compres género que no conozcas, ni creas todo lo que vieres, ni te pares en todos los corrillos, ni quieras informarte de lo que nada te importa. Advierte que llevas en el semblante el sobrecrito de la villanesca simplicidad, y que de ella viven muchos de los entonados mercaderes y caballeros de la corte.

Cuando salgas a la calle, procura seguir tu camino derecho y sin tropiezos ni atajos peligrosos; no disputes sobre el paso, ni armes quimeras de preferencia o por consecuencia de tu incivilidad; cuenta que es cierto aquel refrán del «Gallo que canta en su gallinero», y tú eres de otro corral, y a cualquier lance no faltarán gallinas que te desplumen.

No des tu dinero a préstamo, por alto que sea el interés, a menos que no te cumpla ganarlo en el cielo, ni entres en más negocios de los que por ti puedes manejar; y advierte que lo que en otros ves motivo de engrandecimiento y riqueza, seríalo en tu nimia comprensión de completa ruina; que el talento, Juancho, es el capital más positivo, aunque a las veces suele ganarle por la mano esto que llaman la fortuna.

Tú, en fin, harás y procederás con buen consejo, pidiéndolo al cielo en aquellos casos en que más te vieres apurado, que el Señor es verdadero amigo que nunca engaña, ni se hace el sordo cuando de buena fe se llega a implorar su auxilio. -Y hora callo, aunque mucho más pudiera decirte, a ley de anciano, y en fuerza del cariño que te profeso; pero veo que perdería el tiempo en esta ocasión, o acaso acaso la daría para que tú reconciliaras mejor el sueño que preparas al arrullo de mis consejos. -

Y así era la verdad, que el buen Juancho, en quien la voluntad, como queda dicho, era lo más, escuchó atentamente y sin pestañear la primera parte del discurso de Facó, hasta aquel punto en que, remontando éste un tanto su vuelo, llegó a oscurecerse del todo a la vista de aquél, por lo cual, dando licencia a los párpados, aunque parecía aprobar mudamente con las inclinaciones frecuentes de cabeza, no era otra cosa en realidad sino que a la sazón dormía un sueño más que medianamente reposado, en tanto que el consejero trashumante esforzaba sus últimas razones para pintarle los peligros de Madrid.

- III -

Otro día por la mañana salió Juancho a acompañar y despedir al tío Facó, que regresaba a su tierra, y luego, que le hubo dejado más allá de Aravaca, rico de advertencias y consejos que por el camino le había ido repitiendo, volvió a entrar en Madrid, deseoso, aunque no fuera más que por curiosidad, de conocer y desafiar esos lazos y peligros que su viejo consejero le había tanto encarecido.

Como era tan de mañana, parecióle bien entrar a misa en la primera iglesia que topara, con lo cual pensaba santificar el día, y prepararse con nuevas armas a sufrir los combates que ya empezaba a barruntar. Pero el diablo, que no duerme, y, por consecuencia, madruga aún más que un arriero, hubo de escuchar este propósito, y prometerse allá en su interior jugar una morisqueta al buen Cochura.

Dispuso, pues, para ello, que el sacristán de Santa María (que fue la iglesia adonde aquél se dirigió) se hubiese dormido alguna cosa más aquella mañana, con que la puerta permanecía aún cerrada; visto lo cual por Juancho, se determinó a esperar hasta que abriesen para oír la primera misa. Con esta intención habíase sentado descansadamente en la escalera de piedra que sube a la iglesia, cuando de allí a un rato acertó a pasar un hombre de equívoca catadura, que fijando sus ojos en aquel descansado villano, como quien quiere conocerle, compuso y compungió su semblante, y vínose a él con amabilidad, saludándole cortésmente. Tomando luego la palabra, extrañó que aún no estuviese abierto el templo, y manifestó su intención igual a la de Juancho, de escuchar la primera misa, cosa que todas las mañanas hacía, según dijo. Seguidamente, como reparando en su traje y acento, informose del forastero de qué lugar era, y luego que hubo dicho de Fontiveros, empezó a contar aventuras que en él le habían acontecido, y a relatar grandezas de aquella tierra, y lo mismo hubiera sido si le hubiesen nombrado la China, puesto que ni una ni otra éranle absolutamente conocidas.

El simple Juancho contestaba a todas las preguntas con gran espontaneidad, en términos que a los pocos minutos sabía ya el interpelante tanto como él mismo de su objeto en venir a la corte, su condición, carácter y demás circunstancias. Creció con esto la franqueza y correspondencia entre los dos paisanos, que así se llamaban ya, y tanto se engolfaron en su plática, y tanto por otro lado tardaba en abrirse la iglesia, que el dialogante propuso a Juancho una vueltecita por detrás de los Consejos, con que harían un rato de ejercicio, y de paso le mostraría aquella parte más antigua de Madrid, que llaman *la Morería*, en donde a la sazón dijo haberse hallado indicios más que medianos de cuantiosos tesoros allí escondidos por los pícaros moros, en cuyo descubrimiento se ocupaban entonces todos los vecinos de aquel barrio; y quizás quizás pudieran ellos llegar tan a punto que les viniera a tocar una buena tarja en el reparto.

Creyóselo todo el inocente Juan, al pie de la letra, con lo cual los dos compadres se dirigieron por aquellos sitios solitarios hacia el punto en donde decía hallarse el tesoro, y en llegando a lo más apartado y escabroso -«Ésta en que ahora entramos (dijo el madrileño) sepa vuesa merced que es llamada la *Cuesta de los Ciegos*, aunque más de cuatro han visto en ella lo que no querían; y supuesto que a ella hemos llegado, y supuesto también que a la ocasión la pintan calva, vuesa merced, señor castellano, se servirá darme todo aquello que en su cinto le huelga a moneda, que éstos son los tesoros árabes que en semejantes sitios solemos buscar los inteligentes».

Pasmado se quedó nuestro arriero al escuchar aquella apóstrofe inaudita, cuya explicación, dudosa al pronto, le fue luego más clara a la vista de una enorme navaja de cachas, desenvuelta en manos del amigo; conque no tuvo otro remedio sino acudir a las agujetas del calzón, y desembarcar de él hasta unos veinte y siete reales; que entre plata y cobre, migas de pan y puntas de cigarro, pudo llegar a reunir. Hecho lo cual, el burlador saludó irónicamente a, su víctima, y desapareció, dejándole entregado a sus tristes reflexiones.

No era malo el aviso para primero; pero no por eso Juancho se desanimó; antes bien, achacándolo a la casualidad, antes que a su propia simpleza, determinó en adelante no andar sino reunido con los amigos que ya había granjeado en la posada. Dirigióse, pues, a ella, y les contó su mala andanza, de la que no poco se holgaron, prometiéndose continuar enseñándole a despabilar los sentidos. -Propusieronle trasladarse a almorzar a un famoso figón que estaba allí cerca, y el más grave se acomodó al lado de Juancho, como para aconsejarle todos sus movimientos. Comieron y bebieron, como era de esperar, a la salud del reciénvenido, y luego de satisfechos, fueron desapareciendo, dejándole sólo con el ama de la posada, la cual, con corteses modales le intimó el pago del gasto, que montaba hasta diez y ocho reales y catorce maravedís, satisfacción a que Juancho no pudo negarse, por ser, según le había dicho su Mentor, ordinario agasajo y deber prescrito a los forasteros recién llegados el convidar a los que gustan de favorecerles con su compañía.

Estando otro día en el mercado con su saco de garbanzos por delante, llegó a él un caballero bien portado seguido de un mozo; el cual caballero, mirado que hubo en la mano la calidad de los garbanzos, y calculado sin duda con la vista la del mozo que los vendía, entró luego en ajuste, en que muy pronto se convinieron, diciéndole: -«Déselos a

ese mi criado, que él los conducirá acompañándole V. adonde le sean satisfechos». - Acordose en este instante Juan del lance del tesoro, y cosiéndose de todo punto al lado del mozo conductor, determinó no perder su pista, como así lo verificó, hasta llegar, a una casa, en que subiendo uno tras otro la escalera, llegaron a un callejón en donde dijo el mozo a Juan que mientras llamaba a la puerta esperase de la parte de afuera. Siguió en esto por el callejón adelante, y pasáronse minutos y minutos, y luego horas y horas, y el mozo y el dinero no parecían; con que alarmado un si es no es el castellano, siguió por el mismo callejón, y dio consigo en otra escalera que comunicaba a distinta calle: esto le dio sospechas, llamó a todas las puertas, nadie le daba razón, antes bien le tenían por impertinente, y echábanle fuera con malos modos; hasta que tropezó con unos chicos que le dijeron que hacía ya dos horas que habían visto bajar por aquella escalera al mozo cargado con el costal; con lo cual no dudó ya de su mala ventura, y pelose las barbas, y torciose los puños, derramando unos lagrimones como nube de agosto, y haciendo unos gestos que dieron, no poco que reír a todos los chicos del barrio.

Cabizbajo y meditabundo regresaba nuestro Cochura ala posada, cuando vino a herir sus ojos un objeto que alegró su corazón, hizo pacer su esperanza, y borró con húmeda esponja todos los negros colores de su tétrica imaginación. Como llevaba fijos los ojos en el suelo, pareciole ver relucir entre las piedras una cosa que primero se le antojó cristal, luego botón, luego medalla, hasta que conoció claramente ser un escudo de a ocho, que por acaso alguno debió dejar caer en el suelo.

No salta con tanta rapidez el emboscado gato a la súbita presencia del tímido ratoncillo, como el aventurado Juancho se abalanzó con todos sus sentidos a apoderarse de aquel inesperado presente; pero por mucha que fue su prisa, no pudo evitar el que otro hombre (que sin duda estaba allí de intento) adivinando su intención, corriese simultáneamente al mismo tiempo y pusiese mano a la moneda en el mismo punto en que Juancho la tocaba también. Encontráronse, pues, ambas cabezas con un choque nada común, aunque con pérdida del desconocido, por la mayor solidez de la de Juan; encontráronse los dedos agarrando cada cual por su lado la medalla; encontráronse, en fin, las malas razones sobre la propiedad respectiva de ella. Cada cual alegaba las suyas, cada cual decía haberla descubierto antes, cada cual lo echaba a mala parte y parecía disponerse a defender su conquista. A las voces acuden varios curiosos, y uno de ellos, llamado de encargo, se erige en nuevo Salomón, y oídas las partes, manda dividir aquel tesoro; conviénense en ello; da Juan a su contrario cuatro pesos en plata, mitad del hallazgo, y marcha brincando a su posada con la medalla original. Quiere, sin embargo, cambiarla para atender a sus menesteres; entra en un estanquillo a comprar unos cigarros; el cigarrero la mira y la pesa, la prueba, la ensaya y rasguña, y echando sobre el inocente Juan una mirada de indignación -«Pícaro labriego (le dice) ¿a mí me vienes con moneditas falsas? ahora verás lo que hago con ella, y cuenta con tu lengua no le suceda lo propio». -Y sin más preliminares agarra en una mano un clavo, en otra el martillo, y clava la moneda en el mostrador, a vista y no con paciencia del desesperado Juan, que hasta entonces no reconoció todo el embuste del hallazgo, de la disputa y del juicio del reparto.

- IV -

Estos y otros semejantes lances enseñaron, en fin, y a Juan a recelar de todos los hombres, en términos que huía de su encuentro, y parecíale ver en cada uno un enemigo nato de su bolsillo y seguridad. Pero al fin era un ser humano, hecho para vivir en esta que llamamos sociedad, y no podía, por lo tanto, pasarse sin el humano trato y comunicación.

Una tarde, entre otras, que se había engolfado en las vueltas y revueltas del famoso cuartel de Lavapiés, buscando en la humildad de sus casas alguna analogía con la de su villa natal, vio sentadas a la puerta de una de ellas dos figuras, aunque de igual sexo, de bien distinto aspecto y catadura.

Era la una, vieja arrugada y mezquina; con sus tocas por la cabeza, las manos en el rosario, y los ojos clavados en el suelo; parecía la otra, moza, como de veinte y dos, esbelta y rozagante, con su zagalejo corto, mantilla de tira echada a la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas en la cabeza. -Mirando a la primera, enfermara de espanto el pecho más valiente y denodado; considerada la segunda, temblaran las rodillas más sólidas y robustas. Juan, como era de pensar, apartó rápidamente los ojos de la vieja, y descansolos un breve rato en la moza, y ya el aspecto de ésta iba empezando a obrar una revolución completa en su físico interior, cuando creció de todo punto su turbación viéndola dejar su silla precipitadamente, y correr a él con los brazos abiertos, diciéndole:

-«Juancho, Juancho, el mi borrego, el mi pachón; ¿quién diablos te ha traído por esta tierra de Madrid? Mírame bien, ¿no me conoces? ¿No te acuerdas de *Carmela*, la hija de la tía Ursula y del tío Pepón, nieta de *Traga cepillos*, el sacristán? ¿Te acuerdas cuando jugábamos juntos en el corral del tío *Purgatorio*, y aquella tarde que matamos todas las gallinas de la ama del cura? ¿Te acuerdas? ¡Bobón!...».

Y dábale cariñosamente en la barba con la punta de los dedos, y Juan, con una cara risueña y como burra delante del prado, nada respondía, sino estábala mirando todo embelesado y suspenso, y así acertaba a hablar como si tuviera pegada la lengua.

La buena vieja, que permanecía sentada, ocupada con su rosario, hubo de reparar en aquella escena, y sin levantar los ojos del suelo: -«Niña, niña (la decía), cuidado con lo que se hace, que en la calle estamos, y casa hay, a Dios gracias, donde no dar qué decir: deja, deja a ese mozo, y no le encandiles, que aquí a nadie se obliga a nada, y únicamente se sirve a los que lo piden con amor y buena voluntad, como Dios manda».

-«Déjeme V., madre Claudia -decía la muchacha-, déjeme V. que le hable, que es muy querido mío y de mi mismo pueblo, para servir a Dios y a mí, y en un tris estuvo el que hubiéramos sido matrimonio, a no ser por aquel pícaro de D. Luis el estudiante, que me sonsacó y me llevó consigo a Salamanca».

A todo esto ya había vuelto Juan de su letargo y reconocido puntualmente a su antigua propinqua, la que con licencia de la vieja le entró en la casa, donde a vuelta de un

par de copas de aguardiente le contó toda su historia, que era por manera entretenida, desde que salió de Fontiveros a cursar en Salamanca, hasta graduarse de doctora en el Lavapiés de Madrid.

Y estando en esto, entró por la puerta adelante y con determinada franqueza, un hombre, que luego al punto reconoció Juan por aquel que le había enseñado el tesoro de la Morería. Empezó a temblar como un azogado, figurándose que ya le veía con la de las cachas en la mano; pero Carmela, que conoció su turbación, mandó al otro con imperio que se saliese a la calle, y que fuese a esperarla a la taberna de enfrente. Hizo además de obedecerla, y ya empezaba Juan a respirar a sus anchuras, cuando en esto un «¡Dios nos asista!», pronunciado enérgicamente por la vieja, que se había quedado de la parte afuera, vino a interrumpir de nuevo aquel dúo, casi casi en el momento de empezar el alegro.

-«¿Qué es eso?» -exclamó rápidamente la moza, asomando la linda faz a la puerta de entrada.

-«Nada, nada, prenda (dijo un hombre vetusto y cuadrado, con su bastón de puño blanco en la mano, señal de autoridad); no hay que asustarse, que no hay para qué; todos somos conocidos, y VV. muy particularmente, de todo el barrio: aquí no hay más sino venir yo en busca de este pájaro que de aquí salía, y que hace ya días buscaba por estafador y bribón de a folio: en cuanto a ustedes, todo el mal será por de pronto el mudar de habitación y seguirme con los demás presentes a la de la Villa, en donde podrán a su sabor proseguir la plática comenzada».

Aquí fueron los inútiles gritos de la vieja, las lágrimas poderosas de la moza, los juramentos del galán fantasma, los berridos de Juan Cochura, pero de nada sirvieron; antes bien, formando un armonioso grupo de vieja hechicera, mujer falsa, espía, víctima, corchetes, guardas y acompañamiento propio de un drama romántico, fueron todos conducidos a la casa común, de la cual, a vuelta de algunos meses, sustanciada la causa y desustanciado Juancho, pudo salir al aire libre y regresar a su pueblo, donde era cosa de oírle contar sus aventuras de reciénvenido en la corte, en esta que suelen llamar *la patria común, la tierra de amigos*.

(Agosto de 1838)



La
exposición
de pinturas «*Anch'io son pittore*».

CORREGGIO.

Al estampar el título de este discurso, ya veo mentalmente a mis lectores abrirme paso y dejarme marchar delante, con la intención sin duda de recorrer conmigo las salas de la Academia, y escuchar benévolamente las observaciones críticas que sobre cada cuadro haya de estampar en mi cartera. Veo también a los artistas y aficionados torcer el gesto, y formar corro enfrente de mí, como demostrando desconfianza de mi pobre opinión, y aguardando que la someta a la suya inteligente. -Escucho también las insinuaciones de los amigos de los enemigos, y de los enemigos de los amigos, que quieren benévolamente intercalar entre renglones de mi discurso los suyos propios, y aspiran a convencerme con el piadoso objeto de que yo convenza a los demás de lo que ellos no están convencidos... Los unos me intiman magistralmente la superioridad de tal cuadro... los otros me excitan la bilis sobre la incongruencia de tal otro... Cuál quiero que empiece por el orden cronológico de antigüedad; cuál, por el de títulos académicos; aquél aboga por las composiciones históricas; éste, por las descriptivas y pintorescas; y estotro, en fin, por las comparables y *d'après nature*...

Alto allá, señores míos, que no todo ha de ser para ellos. -Vuestas mercedes me perdonarán por hoy, pero no puedo servirles como quisiera, porque no traigo bastante provisión de elogios en el tintero. Día vendrá, y no está lejos, en que componga su licor con arabesca goma y azúcar cristalizado, y entonces me tendrán al su mandar para hablar de sus producciones con aquel entusiasmo que es del caso... Lo que es por hoy no vengo a ver la Exposición, sino a tomar parte en ella; quiero decirles que yo *también soy pintor* (si no lo han por enojo); y en prueba de ello... zis... zas... Y abrí mi envoltorio, desarrollé mi lienzo, y se le presenté con el debido respeto a la Comisión revisora de profesores, permanente en el entresuelo de aquel templo de la inmortalidad.

Y como espero que la decisión de aquel artístico jurado habrá sido favorable, y habrá acordado exponer al público la dicha obrilla de mi débil pincel, paréceme del caso dar aquí a mis lectores el texto o programa de ella, con las convenientes notas y ampliaciones para que los menos inteligentes puedan comprenderla.

Mi cuadro representa el interior de un noble edificio que en tiempos atrás construyó un célebre arquitecto llamado Ribera, a quien estamos convenidos en apellidar *oprobio del arte*, porque hizo cosas que no estaban escritas en Vitrubio ni en Paladio, y cuya sombra, picada contra los diarios anatemas que resuenan contra él en aquella casa, responde, no sé si diga victoriosamente, con la casa misma, y aún se ríe de los que se ríen de él, y de muchas obras modernas, escondiéndose entre los caprichosos follajes de la fachada del Hospicio.

En cuanto al edificio que representa mi cuadro, fue construido con destino a *Estanco del Tabaco*, hasta que el señor D. Carlos III (de gloriosa memoria) dispuso estancar en él cosa de más interés, reuniendo para ello, sin duda con la mejor intención, «*Naturaleza y arte bajo un techo*», como dice la inscripción de la puerta, con lo cual y desde entonces permanecen allí estancadas, estrechas y sin poder medrar. Pero volvamos a mi lienzo.

Un patio cuadrilátero y a cielo abierto forma su primer término (porque es de advertir que este mi cuadro no pertenece a la escuela clásica; antes bien es un mosaico de grupos y perspectivas que de término en término le hacen interminable). -Vense en el patio, colocados al aire libre y como desafiando las iras del cielo, diversas pinturas... pero no; las pinturas de los otros no se ven en la mía, porque de intento he procurado yo extender la sombra allí donde aquéllas deberían estar colocadas. -Sólo se ve, pues, el piso plano, reflejado perpendicularmente por la luz de mi paleta, y un pueblo numeroso, que viene, que va, que entra, que sale, que habla, que ríe, que bulle, que tose, que murmura, que confunde, en fin, y arrebatada la vista del espectador. Si éste sigue con ella los demás puntos términos del cuadro, hallarase alternativamente con los dobles ramales de una magnífica escalera, con pisos bajos y altos, salas estrechas y espaciosas, callejones y galerías al Norte, al Sur, al Levante y Poniente; cuáles diáfanos y transparentes; cuáles sombrías y misteriosas, según su respectiva situación; pero todas ellas cubiertas de pinturas sus paredes, de pueblo numeroso su pavimento.

Supongo al espectador colocado en el sitio que ocupan los cuadros... Es claro que no puede ver éstos. -Pues entonces, ¿qué es lo que ve? -Ya he dicho que verá el mío.

Abran los ojos y miren, y aunque al principio se ofusquen con la confusión de mi brocha desaliñada, ya irán buscando las luces y colocándose a la distancia conveniente para abrazar el conjunto.

Ese corro que ven VV. ahí a la izquierda, de figuras llenas de vida y expresión, es el círculo inteligente; el mismo que distribuye y niega las reputaciones artísticas. Compónese de maestros jubilados del arte, y antiguos aficionados que acostumbraban a ir con Goya a los toros, y por consecuencia, son muy conocedores en pintura: gente vetustia y poco pintoresca en sus personas; malos contornos, peor expresión y rematado colorido; como que el que menos cuenta seis decenas debajo del peluquín. Si pudiéramos escuchar lo que parecen decir, verían ustedes cómo luego sacaban la conversación de Roma y de Bolonia, adonde fueron, y de donde volvieron hechos unos Rafaeles (vamos al decir) y llenas las cabezas de Marco Antonios y Cleopatras, y Danaes y Mercurios, y Rómulos y Coriolanos; con aquellas caras y aposturas de dolor artístico, y de amor o de alegría arreglados a escala romana; aquellos pliegues cuidadosos como los de sobrepelliz cardenalicia; aquellos cielos en que no es fácil averiguar qué hora es; aquellos muslos, aquellos brazos contorneados y puestos allí de intento como diciendo: -«Miradme»; aquel colorido arreglado a receta, y en que no se atrevería a entrar una dracma ni de menos ni de más; aquella acción, en fin, tan única e indivisible como la República francesa.

Miren VV. allá más abajo reproducido el mismo grupo, que marcha en convoy, y se ha parado delante de un cuadro nuevamente expuesto, que sin duda debe pertenecer a algún artista de diversa comunión. Ahora ya no hablan de la vieja escuela; hablan, sí, de la nueva, y echan sus ojeadas oblicuas al lienzo, y sonrían y manotean, y señalan con el dedo, y algunos más decididos hacen como que dibujan o contornean con él, según su estilo, lo que le falta o le sobra a la pintura representada, y otros más serios suspiran y fruncen el gesto, como lamentándose de la profanación del arte, y por último, aquellos de más allá parecen contemporizar diciendo: -«Es buen muchacho el autor... Tiene chispa...

Promete bastante, si no estuviera viciado...». Y con estas o semejantes expresiones, ábranse paso por enmedio de la concurrencia, que se apresura a admirar el cuadro, y dejan escapar sobre aquélla y sobre éste una mirada alternativa de compasión y de desprecio.

Pues volvamos la cabeza a ese otro círculo más agitado que observa al primero... Repárenles VV. bien... Sombreritos ladeados, levitones románticos, barbas y melenas... edad entre los veinte y los treinta, fruta de este siglo mercurial... charla sempiterna, mucha expresión de ojos... mucho manoteo... mucha risotada; pues ésa es la España artística del día, quiero decir, el círculo nuevo, la escuela flamante, idólatra de las almenas y puentes levadizos; de las aceradas cotas y blanquísimo cendal; que sólo acierta a ver a la pálida luz de la luna; que sólo sueña escenas terroríficas, combates horribles, adulterios y asesinatos; que ilumina sus cuadros al resplandor de las llamas que consumen la ciudad, del rayo que rasga las nubes o a la trémula luz de la lámpara sepulcral. -Ellos y esos jovencitos alegres y bulliciosos, son los que nos trasladan al lienzo los rostros patibularios, las sonrisas infernales, la abominación de la desolación; que gozan y se recrean en colocar la sanguinosa daga en el seno de la inocente virgen, o salpicar de sangre el desgarrado manto de la matrona; que ponen en las manos del héroe el desnudo puñal o la fatídica pistola; al ave agorera sobre las ventanas laboreadas del palacio, o las borrascosas olas batiendo las rotas murallas del castillo feudal.

Pero apartemos la vista de tan singulares escenas, y descendamos a esta sociedad práctica y positiva, prosaica y risueña, bulliciosa y amiga de sensaciones de todos géneros... Busquémosla, por ejemplo, en aquel triunvirato, de bellezas que se adelanta de frente, contemplando con igual indiferencia las románticas catástrofes y la clásica beatitud... Para ellas y para el numeroso séquito de apasionados que las rodean, en vano Murillo adivinó la pureza virginal del rostro de la Madre de Dios; en vano Velázquez sorprendió el secreto de la naturaleza; en vano Ribera trasladó sus dolores y su más violento padecer.

-¡Ay, Jesús, mamá, qué cuadro tan asqueroso! yo no sé por qué le miran tanto no parece sino que Murillo había sido practicante de algún hospital (y esto lo dicen tapándose las narices y apartando la vista del magnífico lienzo de Santa Isabel).

-Por cierto (exclama alguno de aquellos celosos almibarados) que estos españoles antiguos no sabían pintar más que santos y mendigos.

-Sin duda debían de ser muy feos nuestros pasados (prorrumpe otro, como creyendo decir un chiste), porque todas las caras que nos representan sus pinceles son tan inverosímiles, que hacen horror.

-Si hubiera tenido delante (replica el primero) los modelos que nosotros alcanzamos la fortuna de mirar...

-¡Ah... ah... ah...! (interrumpen riendo las señoritas). Vaya, Carlitos, que no pierde V. ocasión de hacer un agasajo.

(Y el mozo se contonea y se arregla la corbata, y pasa su anteojo guante por entre los rizos de sus melenas.)

-A propósito de bellezas (dice otro), y dejando estos santos en su paraíso, vean VV. ese hermosísimo rostro que delante tenemos, trasladado con verdad de un más hermoso original... ¿No la conocen VV.? ¡Qué majestad! ¡Qué nobleza! ¡Qué transparencia de tez! ¡Qué perfección de facciones!

-Cierto, Enrique (una de las bellezas interrumpe, picada, al orador), cierto que es muy hermosa; pero lo es más en el retrato que en el original... Ya ve V., no era león el pintor...

-Señorita...

-¿Pues no ve V. esos labios y ese pecho y? luego, que yo no me acuerdo de haberla visto ese vestido tan elegante; y además, que tampoco el peinado está de moda.

-¡Oh! pues entonces no hay más que hablar, Enrique; Matildita tiene razón, y yo no sé cómo tú puedes alabar...

-¡Señoras, no es decir que pero yo sólo hablaba de la pintura.

-Vamos, vamos de aquí, niñas (grita la vieja): ¡ay Jesús, y qué empujones, y qué mal olor! ¿Por qué dejarán entrar a estas gentes en la Academia?

-A la verdad (replica un mancebo), que no será por falta de originales.

(Y diríalo, sin duda, por aquella falange de alcorconeros que allí aparece, los cuales, como amigos de las artes, han venido a dar un vistazo a la Academia, mientras otros, sus compañeros, arreglan el puesto para la venta en la feria de sus obras de escultura de cocina.)

-Míala, míala, ¡qué garrida y qué frescachona está!... El dimoño me lleve si no es la Virgen.

-La Virgen es, que tien una cosa a manera de rosario en el pecho, y toa la mano llena de sortijas: ¡ay, quién la llevara a nuestro señor cura!

-Calla, bruto, que pué que mos oiga algún alcalde, y luego coja y mos embargue los pucheros, que por menos suelen hacerlo estos señores de Madril.

-Abate el otro, qué bigotes tiene y qué uniforme tan majo y tan... Apostaría que es aquel comendante que antañazo pasó por el pueblo en busca de las ficciones...

-¡Quiá e ser,. si aquél corría como un gamo, y a estotro no se le ven las piernas!

-¿Y qué hacen ahí esos flaires, con sus capuchas...?

¿Pues no hicían que los han distinguío?

-Calla, tonto, si éstos son como aquellos que hay en la iglesia del puebro, que se están siempre quietos y no tienen más que sus presonas; por eso no les han quitao...

Y por este estilo siguen sus comentarios, marchando en columna cerrada por todas las salas, cogidos de las manos, la nariz al viento, los ojos y la boca de par en par... Lo que más suele incomodarles es que los celadores de las salas no les dejan tocar los cuadros; pero siempre que miran algún retrato de señora se persignan y dan golpes de pecho, y miran en derredor como buscando la pila del agua bendita.

Imposible sería seguir este armonioso cuadro en todos sus infinitos detalles; en el patio como en la escalera, en las salas como en los callejones, la misma animación, el mismo movimiento, iguales preguntas, respuestas semejantes.

Ya es un honrado mercader con su levita cumplida y reluciente, paño de Tarrasa tinto en lana, fruta del almacén, que se pasma y extasía delante de las miniaturas de la sala baja, y de las infinitas traducciones libres del *Cuadro de las lanzas* y el *Pastor de la cabra*, ordinario pasatiempo de los nuevos aficionados; y en tanto que admira el primor imitativo del pincel, no siente ni echa de ver que otro ingenio precoz le saca con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo; ítem más, la caja del tabaco y un melocotón que le habían regalado en la feria.

O bien es un abuelo veterano, ex-individuo de no sé qué ex-cuerpo, que conducido diestramente por una nietecilla de quince abriles, linda como una esperanza, se para de pronto, sorprendido y petrificado, delante de una cabeza de Medusa, dibujada al lápiz y elegantemente encuadrada en el laboreado marco, bajo del cual se ve esta patética dedicatoria:

A SU AMADO ABUELO
dedica esta cabeza de Medusa,
su nieta,
FULANITA.

Ya se escucha un refuerzo saliente al confuso bisbiseo de la conversación general, y lo produce el encuentro casual, dispuesto en la tertulia de la noche anterior, entre dos lindas bailadoras y sus dos parejas de cotillón, los cuales se deshacen a cumplimientos con los esposos respectivos, que marchan a distancia, y les hablan con entusiasmo del claro oscuro y de los matices, y los llaman la atención hacia un cuadro, y miran por detrás de él a los originales que delante tienen, y abren paso a éstos por entre la inmensa concurrencia, y se precipitan a darlas la mano y sostenerlas en la infinita combinación de subidas y bajadas de la tal casa, y dicen pestes de sus callejones entre tanto que debieran bendecirles...

Más allá es un grupo de futuros ciudadanos, que lloran porque los pisan o porque los estrujan el sombrero nuevo, y dicen que no ven, y el papá les coge en los brazos y les dice:

-Ese que allí veis, es Alejandro, un rey muy poderoso que hubo en España en tiempo de los moros, que conquistó la Alemania, y por eso le llamaron el Magno, y cuyo sepulcro se encuentra en las Salesas al lado de la Epístola.

Luego se escuchan las risotadas de ciertos mozalbetes que han estado haciendo anatomía de un mísero retrato de vieja, muy grave y circunspecto, y cuando vuelven la cabeza echan de ver que tenían por oyente al original.

Ya es un mancebo que se atusa los bigotes y se coloca en posición académica en el quicio de una ventana, procurando conservar la misma actitud que en el retrato que delante tiene, para que todos los transeúntes puedan hacer la comparación.

Ya, en fin, es un artista que enseña los pies por entre los del caballete que sostiene su cuadro, y escucha allí a su sabor el juicio contemporáneo del país.

-¿Han visto VV. a Fulanita, qué bien está?

-De mi cuadro hablan (dice el pintor).

-Admirable (contesta con entusiasmo un apasionado al modelo).

-¡Valiente cabeza! (exclama el artista).

-¿Lo dice V. por mal? (contesta el amante).

-No, señor mío; antes bien digo que es un rostro muy bien pintado.

-Caballero, eso parece tener un doble sentido, y es menester que V. sepa que el rostro en cuestión no se pinta y...

-¡Cómo que no se pinta!

-No, señor.

-Pues si le he pintado yo!

Toca en esto mi cuadro a su extremo término; desaparece prontamente la luz por el sencillo medio de cerrar los balcones; mírase deslizarse la concurrencia, agolpándose hacia el portal; quedan desiertas las salas, el patio y escalera; suenan llaves y cerrojos, y al bullicio y movimiento sucede un silencio sepulcral... No hay que extrañarlo; el reloj de la Aduana acaba de dar las dos, y los estatutos de la Academia previenen que a aquella hora se comía en tiempo del fundador.

He aquí mi cuadro. ¿Querrán los señores directores darle un lugarcito en la Exposición?

(Octubre de 1838)



El Martes de Carnaval y el Miércoles de Ceniza

- I -

Noche del martes

Las locuras del Carnaval tocan a su fin; la hora suprema del Martes ha sonado ya en todos los relojes de la capital; la población, sin embargo, ensordecida con el bullicioso ruido de las músicas y festines, no escucha la fatal campana que le advierte, grata y sonora, que todo tiene término, que la mano severa de la razón acaba de arrancar la máscara a la locura. -Ésta, empero, tenaz y resistente, todavía pretende prolongar su dominio, y no contenta con algunas semanas de tolerada adoración, cambia mil disfraces, y hasta se atreve a profanar el de la religión misma, para continuar arrastrando en pos de su carroza a los desatentados mortales.

¡Qué horas tan pródigas de sucesos aquellas en que la noche del Martes lucha tenazmente con la aurora del día santo!... ¡Qué extravagancia de escenas, qué vértigo de pasiones, en los últimos instantes del reinado del placer! ¡Qué contraste ominoso con la tranquila calma de la religión y de la filosofía!... Ellas, sin embargo, vencerán con sus naturales atractivos, con su envidiable reposo, y apoderándose de los corazones embriagados de placer y de voluptuosidad, restituirán la calma a los sentidos, el bálsamo de la paz a los corazones agitados. -Tal la voz pura y sublime del Redentor del mundo, cual rayo de viva lumbre penetró en las bacanales del pueblo rey, y a su aspecto se deshicieron como sombras los ídolos del paganismo.

Pero ¿quién detiene su imaginación en estas consideraciones, cuando se halla instalado en un rico salón, dorado y refulgente a la luz de mil antorchas, sonoro a la vibración de los músicos instrumentos, henchido de vida y movimiento en mil grupos vistosos de figuras extrañas, que, con sus variados ropajes, sus disfraces caprichosos, sus agudos diálogos, ofrecen un traslado fiel de la vida animada, de los diversos matices de la humana sociedad?

Austero filósofo, que estudias y lamentas las debilidades del hombre; dirige entonces tus severos preceptos al joven animoso que por primera vez se mira en aquel momento coronado con una dulce mirada, con un *sí* lisonjero del envidiado objeto de su amor... Te mirará con ceño o acaso no reparará en ti; pero si insistes en aconsejarle, en mostrarle el fiel espejo de la razón, en hacerle adivinar un porvenir doloroso tras de aquella mirada, tras de aquel dulce y halagüeño *sí*, te volverá la espalda, o frunciendo los labios ante tu grave y mesurada faz, te dirá con sonrisa desdeñosa... «*Máscara, no te conozco, déjame bailar*».

Pura y cándida Virtud, que, ceñida de blanco lino, la sien coronada de laurel, apareces de repente a los deslumbrados ojos de la noble cortesana, que envuelta en seda y pedrerías apenas acierta a divisarte por entre la nube de incienso que sus adoradores tributan a sus pies... Dila entonces lo falaz de sus promesas y juramentos; la mentida ficción de las grandezas humanas; los cándidos placeres de un corazón sencillo e inocente; -«*Apártate de mí, Beata* (te replicará con imperio), *no pises los bordados de mi manto, no deshojes con tu aliento de mal tono la frescura de las rosas que ciñen mi frente. Ea, márchate...*».

Y vosotras también, grande y noble Sabiduría, austero Deber, dulce y tranquilo Amor conyugal, apareced de repente ante el descuidado autor que emplea en aquellos instantes todo su talento en seducir a una niña inocente o en dejarse engañar por una astuta cortesana; -ante el noble magistrado que trueca la severa toga de la justicia por el callado y maligno *dominó*; -ante el marido mundanal, ante la esposa terrena, que se separan voluntariamente en busca de aventuras, y vuelven a encontrarse a la hora convenida haciendo alarde de su mutua infidelidad. -Apareced, digo, entonces de repente ante esos grupos bulliciosos; cortad de improviso sus diálogos animados, reflejaos en su mente como un recuerdo instantáneo de sus respectivos deberes... Veréis fruncirse sus frentes, despertarse su arrogancia, y pretender arrancaros la careta (que no tenéis) diciéndoos con indignación: -«*¿Quién sois, máscaras insolentes, o qué venís a hacer aquí?*».

Todo es, en fin, placer y movimiento, y risa y algazara, y cuadros halagüeños, sin pasado y sin porvenir; la capital entera resuena con las músicas armoniosas; por las anchas ventanas se desprenden torrentes de luz, y el confuso sonido de la conversación y de la danza, mil carruajes precipitados surcan en todos sentidos las calles, para conducir a los respectivos saraos a los alegres bailadores; la plateada luna refleja sus luces en los mantos recamados de oro, en las trenzas entretejidas de pedrerías; yacen desocupados los lechos conyugales, el opulento palacio, y el elevado zaquizamí; todos sus moradores déjanlos precipitados, y corriendo en pos del tirso de la locura, acuden de mil partes a las bulliciosas mansiones del placer, a los innumerables templos de aquella Diosa de Carnaval.

¡Qué importa que a la mañana siguiente, el sol terrible alumbre la desesperación del cortesano, la miseria del indigente, la enfermedad del cuerpo, o el horrible tormento de un engañado amor!... ¡Qué importa!... Hoy han hecho una tregua los dolores; el hambre y la guerra han cubierto un instante su horrorosa faz; los recuerdos de lo pasado, los

temores de lo futuro, han cedido a la mágica esponja que la locura pasó por nuestras frentes... *¡Se acaba el Carnaval!*... ¡Es preciso disfrutarle!... Y marchan y se cruzan las parejas precipitadas, y retiemblan las altas columnas, y gimen las modestas vigas, al confuso movimiento que empezando en los sótanos sombríos adonde tiene su oscura mansión el pordiosero, concluye bajo los techos artesonados y de inestimable valor...

La luz del sol, pura y radiante como en los días anteriores, penetra descuidadamente en lo interior de esta escena, y pintando de mil matices los empañados cristales de las ventanas, viene a herir las descuidadas frentes, los macilentos ojos de las hermosas; a su terrible y mágico talismán aparecen también las enojosas arrugas de los años, los estudiados afeites de la fingida beldad; rásgase el velo de la ilusión a los ojos del amante; hiélanse las palabras en los labios del cortesano; en vano la incansable locura quiere prolongar por más tiempo su dominio; sus adoradores ven clara a la luz del sol su desencajada y mortecina faz... y envolviéndose, avergonzados de sí mismos, en sus falsos ropajes, y ocultando su semblante en el fondo de sus carrozas, tornan a sus respectivas habitaciones, donde a la cabecera de su lecho les espera la triste realidad...

- II -

El Miércoles de Ceniza

Suena cercano el monótono clamor de una modesta campana, que llama a los fieles a la ceremonia religiosa que va a empezar en el templo. Cruzan desapercibidas por delante de sus puertas las bulliciosas parejas, los elegantes carruajes, sin que apenas ninguno de aquellos dichosos mortales se dignen parar un instante su imaginación en el saludable aviso envuelto en el sonido de aquella campana... Alguno, sin embargo, o más dichoso o más prudente, recoge animoso su inspiración, y deseoso de aprovecharla, pisa los sagrados umbrales, y entra en el templo en el momento mismo en que va a principiarse la sagrada ceremonia...

¡Qué apacible tranquilidad, qué solemne reposo bajo aquellas santas y encumbradas bóvedas! ¡Qué misterioso silencio en la piadosa concurrencia! ¡Qué noble sencillez en el sacrificio santo! ¡Qué contraste, en fin, sublime y majestuoso, con el cansado bullicio, con el mentido aparato de la mansión de la Locura!... Los fieles concurrentes no son muchos en verdad, pero tampoco el templo se halla tan desocupado como era de temer de las escenas de la pasada noche... Refléjase en los semblantes ya, la tranquilidad de una conciencia pura, ya la tregua religiosa de un profundo dolor; ora la rápida luz de una esperanza; ora la animada expresión de un ardiente y noble deseo...

¡Vosotros, pintores apasionados de las debilidades humanas, pretendidos moralistas modernos, novelistas y dramaturgos, escritores de conveniencia, que os atrevéis a fulminar el dardo envenenado de vuestra pluma contra la sociedad entera, pretendiendo

negar hasta la existencia de la virtud!... ¿La habéis buscado acaso en el sagrado recinto de la religión, en el modesto hogar del tierno padre de familias, en el taller del artesano, en el lecho hospitalario del infeliz? ¿O acaso, desdeñando indiferentes estos cuadros, reflejáis sólo en vuestra imaginación y vuestras obras, los que os presentan vuestros dorados salones, vuestros impúdicos gabinetes, vuestras inmundas orgías, vuestros embriagantes cafés?... ¿Y pretendéis ser pintores de la naturaleza, cuando sólo la contempláis por su aspecto repugnante?... ¿Creéis conocer al hombre, cuando sólo pintáis sus excepciones? ¿Os atrevéis a retratar a la sociedad, cuando sólo hacéis vuestros retratos o el de vuestros semejantes? -Temeridad, por cierto, sería la de aquel que pretendiera juzgar de la impureza de las aguas de un majestuoso río, por las escorias y el légamo que sobrenadan en su superficie, sin reparar que allá en el fondo de su lecho, y entre las menudas arenas, corre tranquilo y gusta de permanecer escondido lo más puro y limpio de su raudal.

Concluido el santo sacrificio, el sacerdote baja las gradas del altar, y pronunciando las sublimes palabras del rito, va imprimiendo en todas las frentes la señal del polvo en que algún día han de ser convertidas... Ni un suspiro, ni una lágrima, aparecen a tan fúnebre aviso en aquellos semblantes, en que sólo se ven retratadas la conformidad y la esperanza; y tan apacible alegría, contraste sublime con la triste señal, sin duda sorprendería a aquel desgraciado que no siente en su pecho el bálsamo consolador de la religión.

Entre los varios grupos interesantes que se ofrecen a la vista por todo el templo, uno sobre todos llama la atención en este momento... Un venerable anciano, cuya blanca cabellera se confunde naturalmente con la mancha de la ceniza que lleva en la frente, trabaja y se afana ayudado de su muleta, para incorporarse y ponerse en pie... Sus débiles esfuerzos serían insuficientes si no contase con otro auxiliar más poderoso... Una figura angelical de mujer, en cuyas hermosas facciones se pinta toda la pureza de un corazón tierno e inocente, corre a sostener al impedido, y confundir sus blanquísimas manos con las secas y arrugadas del anciano. Mírala éste lleno de gratitud, y sus lágrimas de ternura parecen dar nuevas fuerzas a la tierna criatura, que prestando sus débiles hombros al pobre viejo, le conduce lentamente hasta la puerta del templo entregándole al mismo tiempo una moneda, única que en su bolsillo existe...

Aquella joven era su hija, aquella moneda el premio mezquino del trabajo de su costura en toda la noche anterior... ¡Y aquella noche había sido la noche última del Carnaval!... Y los alegres libertinos que regresaban de los bailes, al pasar por la puerta del templo, y viendo salir de él a aquella modesta beldad, se detienen un momento sorprendidos de su hermosura, y calmadas sus risas por un involuntario respeto, míranse mutuamente, prorrumpiendo en esta exclamación: «*¡Qué diablos! ¡Y creíamos que habían estado en el baile todas las hermosas de Madrid!*».

El entierro de la sardina

Hay una calle en alguno de los barrios meridionales de esta corte, que encierra en su breve recinto más aventuras que un drama moderno, y más procesos que el archivo de la Audiencia. -Esta calle, conocida harto bien de la policía civil, descuidada demasiado por la urbana, cuenta entre sus moradores cantidad considerable de profesores industriales y manufactureros, modestos paladines, músicos guitarristas, cantadores en falsete, matronas benéficas, doncellas re-catadas, viajeros berberiscos, viejas mitradas, mozos despiertos, maridos dormidos, y muchachos del común.

No sabré decir a cuántos grados longitudinales se extiende el dominio e influjo de la tal calle; pero bien podremos considerarla como centro y emporio del Madrid meridional, que se dilata (según la opinión de los más acreditados geógrafos), desde las *Vistillas de San Francisco* a la iglesia de *San Lorenzo*, comprendiendo en su extenso dominio multitud de pequeños estados más o menos independientes o feudatarios, en que varían también las leyes, usos y costumbres de sus respectivos moradores.

Ahora, pues, no es del caso fijar la estadística, ni hacer el deslinde de tan considerable agrupación de pueblos; y bastará para nuestro propósito suponernos llegados al punto capital (la calle ya referida), en la mañana del Miércoles de Ceniza del año de gracia de mil ochocientos treinta y nueve.

De contado, podemos asegurar que a la hora que corre, duerme y descansa de sus fatigas de la pasada noche el *Madrid-Norte* y *Centro-Madrid*, pero vela y pestaña en toda su actividad el *Madrid-Sur*; a la manera de aquel gigante de que nos habla Homero que mientras dormía con la mitad de sus ojos, velaba con la otra mitad. -A este Madrid, pues, agitado y bullicioso, a este ojo del gigante despierto y animado, es adonde hoy dirigimos nuestro rumbo, al través de los vientos y a bordo de un menguado y azaroso calesín.

Fuerte cosa es que la maldita política, que todo lo invade (menos mi pluma), nos vaya empobreciendo continuamente el diccionario, o como decía el médico Bartolo, *secuestrando la facultad de hablar*. Si no fuera por ello, no hubiera salido la voz *programa* de sus modestos límites, de simple anuncio, o según la define el Diccionario de la Academia «el tema que se da para un discurso o cuadro».

Pudiera yo entonces a mansalva usar aquí de esta voz, sin riesgo de alusiones de ninguna especie; mas, ya que la fuerza de los usos contemporáneos nos traigan a término que sean necesarias estas continuas salvedades en el lenguaje común, debo decir, en descargo de mi conciencia, que aquí sólo trato de un anuncio, o *Vademecum* que me entregó el calesero a tiempo de darnos a la vela, y en menguado papel asqueroso y mugriento, y con trazos de pluma un sí es no es inexperta y vacilante, decía:

Porgama de la solene junción y estupenda asonaa que a e celebrarse el Miércoles de ceniza de esta Corte, como es uso y de-bota costumbre en toa la cristiandá de estos barrios, saliendo la procisión den ca el tío Chispas el taertero, crofada mayor de la sardina con el intierro de este animal y too lo demás que aquí se relata.

Dejo sospechar al piadoso lector lo grato que para un asistente al espectáculo había de ser encontrarse a dos por tres *formulado* el espectáculo mismo, y tener en la mano sin ulteriores explicaciones la clave de aquella cifra. -Seríalo empero todavía para muchos de mis lectores, si me contentase con estampar aquí punto por coma (o por mejor decir, sin unos y sin otras, porque de ambos carecía) el tal *programa*; pero, en cumplimiento de mi propósito y para edificación del auditorio, habré de trasladarlo del idioma de Germanía al común castellano; de los límites de letra muerta al animado espectáculo de cuadro en acción.

Esto supuesto, y supuestos también los oyentes en el punto término necesario para disfrutar de tan halagüeña vista, procederemos en la descripción por el orden siguiente.

Rompían la marcha, bailando hacia atrás y abriendo paso con sendas estacas y carretillas disparadas a los pies de las viejas, hasta una docena de docenas de pícaros en agraz, fruta temprana y de grandes esperanzas, en quienes la elocuencia del foro funda su futura causa de gloria, y los caminos y canales su inmediata prosperidad.

Seguían en pos otros ciento o doscientos mozallones, ya más cariacontecidos y con diversos disfraces, cuáles de ruedos y esteras en forma de monaguillos; cuáles con cabezas postizas de carneros (figurando ir disfrazados); cuáles de encorizados y penitentes; cuáles de berberiscos y soldados romanos.

Entonaban los unos un cántico endiablado no sujeta su letra a ningún diccionario, ni su música a ningún diapasón; mojaban los otros sendos escobones en calderos de vino, con que hacían un profundo asperges en la devota concurrencia, y retozaban bestialmente los de más allá disparando al aire sendos garrotazos, manotadas y pescozones. -Amenizaban el conjunto de este grato episodio cuatro o seis gatazos negros atados por la cola o por las patas en la punta de un palo y enarbolados en alto a guisa de pendones; cinco docenas de esquilones de todos tamaños, movidos por robustos puños y en pugna con otros tantos collarines de campanillas y cascabeles, puestos igualmente en palos o en los pacientes cuellos de los hermanos de la cofradía *de San Marcos*, que, en unión con la otra *de la Sardina*, celebraba igualmente tan estupenda función.

Descollaba después un gran coro de vírgenes desenvueltas, de sonrosadas mejillas, ojos rasgados, nariz chata, labio retorcido, cesto de trenzas, mantilla al hombro, brazos en jarras y colorado guardapiés. -Estas tales, con aventadores de esparto, dirigían sus expresivos saludos a una y otra fila de concurrentes; mascaban higos o mondaban naranjas, y arrojaban las cáscaras a las narices del más inmediato; bailaban y se pinchaban con alfileres, o repicaban las castañuelas y cantaban el *¡ay, ay, ay!*

Seguían luego los maestros de la ceremonia; caras rugosas y monumentales; páginas elocuentes de la humana depravación; pliego de aleluyas de la *vida del hombre malo*, *facsimile* de los caprichos de *Alenza*; y original, en fin, de los sainetes de *Cruz*.

Allí, como si dijéramos, se hallaba el núcleo del drama, el primer término del cuadro, el fondo de la cuestión principal. Allí *el tío Chispas*, director de la escena, ostentaba su grande inteligencia ante los taimados ojos de la *Chusca*, moza de siete cuartas, aventurada y resuelta, con más desenfado de acción que un molino de viento, y más sal en el cuerpo que la montaña de Cardona. -Allí *Juanillo* (alias *Vinagre*) con un pañuelo en la cabeza y una manta pendiente del hombro, miraba a entrambos con ojos amenazadores, y su feroz expresión y su atezado rostro, ofrecían un fiel trasunto del celoso amante de *Desdémona*. Otros grupos más o menos interesantes retrataban todos los grados posibles del amor carnal, desde la primera mirada incentiva, hasta el último desdeñoso puntapié. -Allí, en fin, los maridos de aquellas deidades, último término del cuadro, formaban una gruesa falange, y seguían apresurados el trote de los delanteros, todos revueltos, mansos y bravíos, como en el camino de *Abroñigal*.

Sostenida en hombros de los más autorizados, y en un grotesco ataúd, se elevaba una figura bamboche formada de paja, y con vestido completo, el cual pelele era una *vera efigies* por su traje y hasta sus facciones del *señor Marcos*, marido y conjunta persona de la *Chusca*, a cuya ventana había estado expuesto de cuerpo presente en los tres días de *Carnestolendas*; ofrenda dirigida por sus propias manos en obsequio del faraute de la fiesta, su predilecto y osado *Chirlo*, y emblema harto claro para él y para los circunstantes, y únicamente mudo para el cándido original de aquella ingeniosa mistificación.

En la boca del pelele, y casi sin que nadie lo echase de ver, una mísera *sardina* iba destinada a la fatal huesa, sucediendo en esta fiesta como en otras más importantes, en que la multitud de accesorios cubren y hacen olvidar el objeto principal.

Precedían, seguían, o esperaban a tan regia comitiva en todos los puntos de la fiesta, diversos *coros* o estaciones, por lo regular delante de los puestos de licores o de las calderas de buñuelos, en estos términos.

Coro de doncellas

Las que envuelven cigarros en la fábrica del Portillo de Embajadores.

Las que pasean entre dos luces desde la Red de San Luis a la plazuela de Santa Ana, dedicadas al comercio por menor.

Las que hacían de Madre España, y de Virtudes Teologales, y de Diosas del Olimpo en las funciones de la Jura.

Las que venden rábanos en verano, o avellanas en feria, o naranjas en primavera, o castañas en invierno.

Las que vinieron de su pueblo a servir a un amo, y acabó su humildad por servir a muchos, barro frágil de Alcorcón, sujeto a golpes y quebraduras.

Coro de mancebos

Todos los que asisten al encierro del domingo; los que pueblan la cuerda de la plaza, los que venden bollos o truecan por vino agua de naranja o café.

Los que hicieron el paseo de Recoletos, o prestaron iguales servicios al Estado en puentes y calzadas.

Los que forman las diversas comisiones de industria de esta capital; comisión de pañuelos; comisión de relojes; comisión de Cuarenta Horas; comisión de posadas y forasteros.

Los que juegan a la barra en las tapias de Chamberí, o cantan amores a las ninfas del Manzanares, o cobran el barato en la Virgen del Puerto, o venden caballos en el portillo de Lavapiés.

Todos los estropeados de los ojos o piernas, que los tienen buenos para huir de San Bernardino, o los que rascan guitarras a las puertas del jubileo, o sanan de sus accidentes epilépticos a la vista de un alguacil.

Coro de inocentes

Todos los que venden fósforos y libritos de papel en la Puerta del Sol y sus adyacentes.

Los que cargan arena en los altos de San Isidro, o juegan a las aleluyas en la pradera de los Guardias.

Los que arrojan carretillas o garbanzos de pega a las faldas de las mujeres, o apalean los perros, o cogen la fruta de los puestos y echan a correr.

Los que vocean por las calles -«el papel que ha salido nuevo»-, o acompañan a los héroes en sus triunfos y a los reos en su suplicio; órganos destemplados de la pública opinión, fuelles del aura popular.

Todas estas y otras muchas clases, que sería harto prolijo enumerar, alternaban confusamente con los enjaezados caballos, las campanillentas calesas, los perros aulladores, máscaras espantosas, fuegos y petardos disparados al viento.

En tan amable desorden, y con la progresión que es consiguiente al continuo trasiego del mosto desde las botas a los estómagos, descendió la imponente comitiva hacia la puente toledana, siguiendo a lo largo por las frondosas orillas del Canal, y dándosele una

higa, así de la elegante capital que dejaba a la espalda, como del fúnebre cementerio que miraba a su frente.

La burlesca y profana parodia se verificó, en fin, con toda solemnidad; ni se economizaron los cánticos burlescos, ni las religiosas ceremonias; el mísero pececillo quedó sepultado, cerca del tercer molino, en una profunda huesa y dentro de una caja de turrón; el pelele tío *Marcos* ardió ostentosamente encima de una elevada pira; y creciendo con las sombras de la noche el bullicio y la embriaguez, agitáronse más y más los ánimos, callaron las lenguas, hablaron los garrotes, y para que nada faltase a la propiedad de aquellas profanas exequias, diversos combatientes a la luz de las llamas se entregaban mutuamente a la más encarnizada pelea...

A la mañana siguiente la gente se agrupaba a mirar por la reja que hay debajo de la escalerilla del hospital... Dos cadáveres mutilados y desconocidos, expuestos hasta que algún pasajero pudiese declarar sus nombres y la causa de su muerte... ¡Sus nombres!... ¡La causa de su muerte!... La Chusca lo sabía; y todo el barrio, menos el tío Marcos, los adivinó.

(Marzo de 1839)

La posada o España en Madrid

«La patria más natural
Es aquella que recibe
Con amor al forastero,
Que si todos cuantos viven
Son de la vida correos,
La posada donde asisten
Con más agasajo, es patria
Más digna de que se estime».



TIRSO DE MOLINA.

- I -

El posadero cabezal

No hace muchas semanas que en el DIARIO DE MADRID y su penúltima página, en aquella parte destinada a las habitaciones, nodrizas, viudas de *circunstancias*, y demás objetos de alquiler, se leía uno, dos, y hasta tres días consecutivos el siguiente anuncio:

«Se traspasa la posada número... de la calle de Toledo, con todos los enseres correspondientes. Es establecimiento conocido hace más de cien años con el nombre del *Parador de la Higuera*. Su parroquia se extiende más allá de los puertos, y sirve de posada a los ordinarios más famosos de nuestras provincias. En cuanto a instrucción sobre precio y condiciones, el mozo de paja y cebada dará uno y otro a quien le convenga; teniendo entendido que el miércoles 9 del corriente a las diez de la mañana se adjudicará al mejor postor».

No fue menester más que estas cuatro líneas para que todos los trajineros y especuladores provinciales, estantes y transeúntes, que de ordinario asisten en esta muy heroica villa, acudiesen al reclamo en el día y hora señalados, como si llamados fueran a son de campana comunal.

Y el caso, a decir verdad, no era para menos. Tratábase (como quien nada dice) de aprovechar la más bella ocasión de echar los cimientos a una sólida fortuna; de arraigar en un suelo fructífero y sazonado; de continuar una historia y fama seculares, y dar a conocer a la corte y a la villa, a las provincias de aquende y allende puertos, que el famoso parador *de la Higuera* había variado de dueño, y lo que el país podía esperar de su nueva administración.

Nacía tan importante como súbita variación, de un suceso de aquellos grandes, y para siempre memorables, que marcan la historia de los imperios y de las posadas; y este suceso, que iba a formar época en el establecimiento que hoy nos ocupa, era la abdicación espontánea y expresa del tío *Cabezal II*, anciano venerable de los buenos tiempos, hijo y sucesor de *Cabezal I*, fundador que fue del parador de la Trinidad en los arranques del puerto de Guadarrama; ascendido después a uno de los centrales de la carretera de Andalucía, en el real sitio de Aranjuez; y dueño, en fin, hasta su muerte, del gran parador *de la Higuera*, cuya sucesión transmitió naturalmente a su hijo primogénito, el mismo que hoy fijaba sobre sí la atención de la posteridad por su espontánea y magnánima resolución.

No era ésta hija de un momento de irreflexión ni de un capricho pasajero, como es de suponerse, sabiendo que nuestro tío Cabezal frisaba ya en los ochenta eneros, y podía alcanzar todo el grado de madurez de que era capaz su organización cerebral. Pero hay

sucesos en la vida que dan origen a aquellas peripecias que marcan sus diversas fases, y hay objetos que, por separados que parezcan entre sí, mantienen con nuestro espíritu cierta oculta relación que una grave circunstancia viene tal vez a descubrir.

Aquel suceso, pues, y aquel objeto, ligados tan estrecha e indisolublemente con el ánimo del tío Cabezal, era la muerte del *Endino*, soberbio macho, natural de Villatobas, que prematuramente y a los treinta y siete años de edad, había dejado de existir, privando de su motor agente e inteligente a la noria del parador; -porque conviene a saber, que el parador tenía noria, en uno como patio, que en los tiempos atrás sirvió de huerta, de que aún se conserva una higuera, por donde le vino el nombre al establecimiento.

En esta circunstancia desgraciada, en esta muerte natural, *lógica* y consiguiente, que cualquiera hubiera tomado bajo el punto de vista material, vio nuestro Cabezal explicado el fin de una emblemática parábola, que de largos años atrás gustaba explicar a sus comensales; a saber: -que la noria era su posada; el macho su persona; los arcaduces los trajineros que venían a verter en su regazo el fruto de sus acarreos, y que en el punto y hora en que el macho dejase de existir, la noria dejaría de dar vueltas, el agua de llenar los arcaduces, el pilón de recibir su manantial. -Y llegaba a tal extremo su supersticiosa creencia, y de tal suerte creía identificada su existencia con la existencia del macho, que lo mimaba y bendecía con más celo que el hechizado D. Claudio a su *lámpara descomunal*. Y faltó poco para que, realizando su profecía, le ahogase su dolor a la primera nueva de la muerte de su compañero. El ánimo, empero, resistió a tan violenta comparación, y pudo sobrevivir a aquel terrible impulso de pesar; pero, agotadas por él todas las fuerzas de la resistencia, cortó las alas al albedrío, y dejó al infeliz Cabezal condenado a vegetar estérilmente y sin amor a la gloria, ni esperanza en el porvenir. -Esta fue la razón por la que desengañado del mundo, determinó poner un término a sus negocios, y dejar las riendas del gobierno a manos más ágiles y bien templadas.

- II -

Los provincianos

A misa mayor repicaban las campanas de San Millán, cuando por la calle baja de Toledo, entre el tráfago de carromatos y calesas, trajineros y paseantes, veíanse adelantar agitadamente y con rostros meditabundos, reveladores de una preocupación mental más o menos profunda, diferentes figuras, cuyos trajes y modales daban luego a conocer su diversa procedencia. -Y puesto que la relación haya de padecer algún extravío, no podemos dispensarnos de hacer tal cual ligero rasguño de las principales de aquellas figuras, siquiera no sea más que por poner al lector en conocimiento de los personajes de la escena, dándole de paso alguna indicación sobre las diversas inclinaciones y peculiar modo de vivir de los naturales de nuestras provincias en este emporio central de España, adonde vienen a concurrir en busca de más pródiga fortuna.

El primero que llegó al lugar de la cita fue, si mal no recordamos, el señor *Juan de Manzanares* (alias el tío *Azumbres*), honrado propietario y traficante de la villa de Yepes, ex-cuadrillero de la ex-santa hermandad de Toledo, arrendador de diezmos del partido, y persona notable por su buen humor, por el nombre de sus bodegas, y por los catorce pollinos que le servían para el acarreo.

Este tal, montado en ellos, y en las nueve leguas que dista de Madrid su villa natal, había hecho el camino de la fortuna con mejor resultado que Sebastián Elcano dando la vuelta al globo, o que Miguel de Cervantes encaramado sobre los lomos del Pegaso; -y era porque no había tenido la necia arrogancia de echarse como aquél a descubrir mares incógnitos, ni como éste a proclamar verdades añejas; sino que, dejando a un lado la región de las ideas, se había internado en la de los hechos, limitándose a establecer una sólida comunicación entre sus tinajas y las ochocientas y diez y seis tabernas públicas que cuenta nuestra noble capital. -Por lo demás, eso le daba a él de los tratados de los economistas célebres sobre las relaciones de los productos con el consumo, como de la guerra próxima del Sultán con el virrey de Egipto; y así entendía la teoría de la sociedad de templanza de Nueva-York, como el alfabeto de la China; sin que esto sea decir tampoco que en punto a alfabeto conociese siquiera el vulgar castellano, y con respecto a aritmética tuviese otra tabla pitagórica que los diez dedos que en ambas manos fue servido de darle el Señor, con los cuales y su natural perspicacia, tenía lo bastante para arreglar sus cuentas con sus infinitos comensales, y era fama en el pueblo que todavía no había ninguno conseguido eludir ni burlar su vigilancia.

La idea de un establecimiento en Madrid, a cuyo frente pensaba colocar a su yerno, *Chupa-cuartillos*, recientemente enlazado con su hija (alias la *Moscatela*), había hallado acogida en el bien templado cerebro de nuestro *Azumbres*, y en silencioso recogimiento meditó largo rato sobre ella, la mano en el pecho, la otra a la espalda, sostenido en un pie sobre el suelo, y el otro casi reposando encima de uno de los pellejos, símbolo de su gloria y prosperidad; hasta que por fin se decidió a acudir al remate del parador, seguro de que sus antiguas relaciones con el poseedor dimisionario, y más que todo, la fama de su gran responsabilidad y gallardía, le daba de antemano por vencidas todas las dificultades que pudieran oponérsele.

Contraste singular y antítesis verdadera del ricachón de *Azumbres*, formaba el mísero *Farruco Bragado*, hijo natural de la parroquia de San Martín de Figueiras, provincia de Mondoñedo, reino de Galicia. Este infeliz ser casi humano, en cuyo rostro, averiado del viento y ennegrecido del sol, no era fácil descubrir su fecha, hacía tres semanas que había arribado a estas cercanías de Madrid, a bordo de sus zuecos de madera, y en compañía de una columna de compañeros de armas, que con grandes hoces y el saco al hombro suspendido de un respetable palo, venían desde cien leguas, al son de la *muñeira*, a brindar su indispensable ministerio agostizo a todos los señores terratenientes y arrendatarios de nuestra comarca; excepto, empero, el término del lugar de Meco, adonde ningún gallego honrado segaría una espiga, siquiera le diesen por ello más oro que arrastra el Sil en sus celebradas arenas.

Mas la señora fortuna, que a veces tiene toda la maliciosa intención de una dama caprichosa y coqueta, quiso probar la envidiable tranquilidad de nuestro segador, y permitió que, guiado de aquel instinto con que el gato busca la cocina, el ratón el granero, el mosquito la cuba, y el hombre la tesorería, reparase nuestro Farruco en una puerta de cierta tienda de la calle de Hortaleza, a cuya parte exterior alumbraban dos reverberos, con sendas letras, que aunque para él eran griegas, bien pronto fueron cristianas, oyendo pregonar a un ciego, que sentado en el umbral de la dicha puerta exclamaba de vez en cuando: *-«La fortuna vendo; esta noche se cierra el juego; el terno tengo en la mano; a real la cédula».*

Farruco, a la vista de la fortuna (porque la vio, no hay que dudarlo; la vio, fantástica, aérea y calva por detrás, como la pintaban los poetas clásicos) hizo alto repentino, como acometido de súbita aparición. Miró al ciego chillador; miró a la puerta; escudriñó el interior de aquella mansión de la deidad; vio relucir el oro sobre su altar; clavó los ojos en el suelo; y sin ser dueño a contenerse, metió dos largas uñas en el bolsillo, y con heroica resolución y no meditado movimiento sacó uno a uno hasta ocho cuartos y medio que dentro de él había, entre diversas migajas de pan y puntas de cigarro, y los puso sobre el mostrador a cambio de una cédula incorpórea, fugaz, transparente, al través de la cual vio con los ojos de la fe un tesoro de veinte pesos.

Pero no fue esto lo mejor, sino que Farruco había visto bien, y al cabo de los pocos días llegó un lunes, -¡dichoso lunes! -en que la fortuna acudió a la cita; quiero decir, que los números del billete respondieron exactamente a los que proclamaban los agudos chillidos de los pilluelos de Madrid. -Con que, mi honrado segador, por aquella atrevida operación, se vio, como quien nada dice, al frente de un capital de cuatrocientos reales; desde cuyo punto empezó para él una existencia nueva, que si no es más feliz, era por lo menos más interesante y animada.

Altos y gigantescos proyectos eran los que habían despertado en la imaginación del buen Farruco aquellos veinte pesos, inverosímil tesoro, superior a sus más dorados ensueños. Con ellos y por ellos creíase ya señor de la más alta fortuna; y ni los elevados palacios, ni las brillantes carrozas, parecíanle ya reñidas perpetuamente con su persona.

Bien, sin embargo, echó de ver que le era forzoso buscar con el auxilio de su ingenio, útil empleo y provechosa colocación a aquella suma; y aquí de los desvelos y cavilaciones del pobre segador, que estuvieron a pique de dar con él en los Orates de Toledo. -¡Trabajo ordinario y pensión obligada de las riquezas, el venir acompañadas de los cuidados que alteran la salud y quitan el sueño!

Pareciole primero, como la cosa más natural, el regresar a su país natal, donde compraría algunas tierras, prados y bacorriños; ítem más, una moza garrida que sirvió tres años de doncella al cura de la parroquia, y que era la que le inquietaba el ánimo y hacía darle brincos el corazón. Pero el miedo natural del largo camino y peligros consiguientes le detenían en su resolución. Hubo, pues, de tratar de asegurar su capital por estos contornos, y como nada le parecía demasiado para aquel tesoro, todo se le volvía informarse con reserva de si estaban de venta la Casa de Campo o los bosques del

Pardo; otras veces hallábase inclinado al comercio y quería tomar por su cuenta el Peso Real, o el nuevo mercado de San Felipe. En vano su amigo y compatriota, Toribio Mogrobojo, alumno de Diana en la fuente de Puerta Cerrada, hacía ver las ventajas del oficio, la solidez y seguridad de sus rendimientos, el líquido producto de la cuba, y el sólido de la esportilla o del carteo; y ofrecíale asegurarle media plaza³⁰ y salir su *corresponsable* para el pago de la cubeta. -Farruco sonreía desdeñoso como compadeciendo la ignorancia en que suponía a Toribio de su nueva fortuna, y proseguía sus castillos en el aire, hasta que teniendo noticia del arriendo del parador de la Higuera, parecióle que nada le iría tan bien como emplear en esto sus monedas, y para ello acudió a la cita a la hora prefijada.

En pos de él se descolgó un valenciano ligero y frescachón, con sus zaragüelles y agujetas, manta al hombro izquierdo y pañuelo de colores a la cabeza. Llamábase *Vicente Rusafa*, y era natural de Algemesí, camino de Játiva. -Inconstante por condición, móvil por instinto; agitado y resuelto por necesidad; una mañana de mayo por no sé qué quimeras, de que resultaron dos *cruces* más en el camino de la Albufera, abandonó sus pintados arrozales por estos secos llanos de Castilla; dijo «adiós» por un año al *Miguelete* y se vino a colocar un puesto de horchata de chufas por bajo de la torre de Santa Cruz. - Pero pasó el estío y pasaron con él la horchata de chufas, y las elecciones; -y vino el otoño, y con él los fríos y los muñecos de pasta; y nuestro industrial tuvo que acogerse a vender sandías por las calles, hasta que ya entrado el invierno se colocó en un portal, donde estableció su depósito de estera de pleita fina, que le produjo lo bastante para abrir en la primavera comercio de loza de Alcora, y pan de higos de Villena.

Detrás de él, y por el mismo camino, se adelantó un robusto mancebo, alto de seis pies, formas atléticas, facciones ásperas y pronunciadas, voz estentórea, y desapacible acento gritador. Su nombre *Gaspar Forcallis*; su patria Cambrils; su acento provenzal; su profesión trajinante carromatero. -Llevaba alpargatas de cáñamo y medias de estambre azul, calzón abierto de pana verde, y tan corto por la delantera, que a no ser por la faja que le sujetaba, corría peligro su enorme barriga de salir al sol. La chaqueta era de la misma pana verde, y el gorro de tres cuartas que llevaba en la cabeza, de punto doble de estambre colorado; ocupando ambas manos, una con un látigo que le servía de puntal, y la otra con una pipa de tierra en que fumaba negrillo de la fábrica de Barcelona.

Este tal, mayoral en su tiempo de la diligencia de Reus a Tarragona, ordinario periódico después, de aquella capital a Madrid, había calculado lo bien que a sus intereses estaría el establecer en ésta un depósito de Mensajerías con que poder abarcar gran parte del comercio de Madrid con el Principado; y parapetado con buenos presupuestos, y con no escasa dosis de inteligencia y suspicacia, se presentaba al concurso a la hora prefijada.

Del género trashumante también, y ocupado igualmente en el transporte interior, aunque por los caminos de herradura, el honrado *Alfonso Barrientos*, natural de Murias de Rechivaldo en la Maragatería, se presentó también con sus anchas bragas del siglo XV, su sombrero cónico de ala tendida, su colete de cuero, y su fardo bajo el brazo. - Hábil conocedor de las necesidades mercantiles de Madrid, relacionado con sus casas de comercio principales, que no tenían reparo de fiar a su honradez la conducta de sus

caudales; jefe de una escuadra de parientes, amigos y convecinos, que desde los puntos de la costa cantábrica sostenían hace veinte años la comunicación regular con la capital, hallábase el buen Alfonso en la absoluta necesidad de establecer en ésta una factoría principal donde expender sus lienzos de Viveros, jamones de Caldelas, y truchas del Barco de Ávila; amén de las expediciones de caudales de la Hacienda pública y particulares, víveres de los ejércitos, y provisiones de las plazas; y estaba seguro de que con su presencia y antigua fama no podía largo tiempo disputarle la preferencia ningún competidor.

Alegre, vivaracho y corretón, guarnecido de realitos el chupetín, con más colores que un prisma, y más borlas que un pabellón, *Curillo el de Utrera*, mozo despierto y aventajado de ingenio, rico de ardides y de esperanzas, aunque de bolsa pobre y escasa de realidades, se asomó como jugando al lugar del concurso, con la esperanza de que acaso le fuera adjudicada la posada, bajo la palabra de fianza de un sobrino del compadre de la mujer del cuñado de su mayoral; y todo con el objeto de dejar su vida, nómada y aventurera, porque se hallaba prendado de amores por una mozuela de estos contornos, que encontró un día vendiendo rábanos en la calle del Peñón, con un *aqué!*, que desde el mismo instante se le quedó atravesada en el alma su caricatura, y no acertó a volver a encontrar otro camino que el del Peñón.

La nobilísima Cantabria, cuna y rincón de las alcornias góticas, de la gravedad y de la honradez, contribuyó también a aquel concurso con uno de esos esquinazos móviles, a cuyos anchos y férreos lomos no sería imposible el transportar a Madrid la campana toledana o el cimborio del Escorial. -Desconfiado, sin embargo, de sus posibles, más como espectador que como actor, se colocó en la puja con ánimo tranquilo y angustiado semblante, como quien estaba diciendo en su interior: -*¡Ah Virgen! ¡Si no costara más de dus riales, eu tamén votaba una empujadura!*

«A los ricos melocotones de Aragón, de Aragón, de Aragón» -venían gritando por la calle abajo *Francho el Moro* y *Lorenzo Moncayo*, vecinos de la Almunia, y abastecedores inmemoriales de las ferias matritenses. La rosada y rotunda faz del primero, imagen fiel de la fruta que pregonaba, su aspecto marcial, su voz grave y entera, su risa verdaderamente espontánea; y el grave aspecto y la formal arrogancia del segundo, inspiraban confianza al comprador y brindaban de antemano al paladar la seguridad de los goces más deliciosos. Colocados muchos años a la puerta de la posada de la Encomienda, calle de Alcalá, o caminando a dúo por las calles con su banasta a medias agarrada por las asas, habían logrado establecer tan sólidamente su reputación, que estaban ya en el caso de aspirar a mayor solidez, teniendo en ésta un depósito central donde poder recibir sus variadas cosechas y hacer su periódica exposición.

Si no dulces y regalados frutos naturales, por lo menos picantes y sabrosos artificios era lo que ofrecer podía en el nuevo establecimiento el amable *Juan Farinato*, vecino del lugar de Candelario, en Extremadura, célebre villa por los exquisitos chorizos que desde la invención de la olla castellana han vinculado a su nombre una reputación colosal. - Farinato, descendiente por línea recta del inventor de la salchicha, y vástago aprovechado de una larga serie de notabilidades de la tripa y del embudo, había traído por primera vez

a Madrid a su hijo y sucesor, verdadera litografía de su padre en facciones, traje y apostura; y después de introducirle con el sin número de amas de casa, despenseros y fondistas, de cuyos más picantes placeres estaba encargado, pensó en fijar en ésta su establecimiento, dejando al joven Farinatillo el cuidado de ir y volver a Candelario por las remesas sucesivas.

Por último, para que nada faltase a aquel general e improvisado cónclave provincial, no habían sonado las diez todavía, cuando espoleando su rucio, compungida la faz, la nariz al viento, y las piernas encogidas por el cansancio, llegó a entrar por la posada adelante el buen *Juan Cochura*, el castellano viejo, aquel mozo cuitado y acontecido, de cuyas desgraciadas andanzas en su primer viaje a la corte tienen ya conocimiento mis lectores³¹. Con que se completó aquel animado cuadro, y pudo empezarse la solemne operación del *traspaso*; -pero antes que pasemos a describirla, bueno será pasear la vista un rato por el lugar de la escena, si es que lo desabrido de la narración no ha conciliado el sueño de los benévololectores.

- III -

En el comedio del último trozo de la calle de Toledo, comprendido entre la puerta del mismo nombre y la famosa plazuela de la Cebada, teatro un tiempo de los dramas más románticos, ahora *de las Musas* más clásicas y pedestres, conforme bajamos o subimos -(que esto no está bien averiguado) -a la izquierda o derecha, entre una taberna y una barbería, álzase a duras penas el vetusto edificio que desde su primitiva fundación fue conocido con el nombre del *Parador de la Higuera*, el mismo a que nos dejamos referidos en la narración anterior.

Su fachada exterior, de no más altura que la de unos treinta pies, se ve interrumpida en su extensión por algunos balcones y ventanas de irregular y raquílica proporción faltos de simetría y correspondencia; y ofrece, como es de presumir, pocos atractivos al pincel del artista o a las investigaciones del arqueólogo. -Su color primitivo, oscuro y monótono, la solidez de su construcción de argamasa de fuerte pedernal y grueso ladrillo; las mezquinas proporciones de los arriba nombrados balconillos, el enorme alero del tejado, y la altísima puerta de entrada, cuyas jambas de sillería aparecen ya un si es no es desquiciadas, merced al continuo pasar de carromatos y galeras, dan a conocer desde el primer aspecto la fecha de aquel edificio, si ya no la revelase expresamente una inscripción, esculpida en el dintel de la dicha puerta; la cual inscripción, alternada con la que sirve de insignia al parador, viene a formar un todo bastante heterogéneo y difícil de comentar; dice, pues, así:

Se yerra a fuego y en frío

Que según los inteligentes se reduce a declarar (después de los respetables nombres de la Sacra Familia y del emblemático título del parador) que aquella casa fue construida

en el año de gracia de 1622; conque es cosa averiguada sus dos siglos y pico de antigüedad.

En el ancho y cuadrilongo vestíbulo que sirve de ingreso no se mira cosa que de contar sea, supuesto que a aquella hora todavía no trabajaba el herrador de la parte afuera de la calle, y los mozos ordinarios no habían colocado aún el barco temblador sobre que suelen pasar las siestas jugando al truquiflor y a la *se-cansa*.

Pásase desde el citado ingreso a un gran patio cuadrilátero, cercado por su mayor parte de un cobertizo, que sirve para colocar las galeras y otros carruajes, y sobre el que sustentan los pasillos y ventanas de las habitaciones interiores de la casa. -A su entrada, el indispensable pozo con su alto brocal y pila de berroqueña, y en ambos lados, por bajo del cobertizo, las cuadras y pajares con la suficiente comodidad y desahogo.

La habitación alta está dividida en sendos compartimentos, adornados cada uno con su tablado de cama verde, jergón de paja, sábanas choriceras y manta segoviana; su mesilla de pino, con un jarro candil y una estampa del Dos de Mayo o del Juicio Final, pegada con miga de pan en el comedio de la pared; amén de los diversos adornos que alternativamente aparecen y desaparecen, tales como albardas, colleras, esquilonos, y otros, propios de los trajinantes que suelen ocupar aquellos aposentos.

Únicos habitantes permanentes de tan extenso recinto, y ruedas fijas de su complicada máquina, eran: -primero, el dueño propietario, *Pedro Cabezal*, anciano respetable, de que queda hecha mención, cuya estampa lozana y crecida en sus años juveniles, aparecía ya un si es no es encorvada por el transcurso del tiempo y los cuidados que pesaban sobre su despoblada frente; -segundo, *Anselma Ordóñez*, hija putativa de Diego Ordóñez, difunto mozo de mulas, mayordomo y despensero que fue de la casa en los primeros años del siglo actual, y esposo de Dominga López, también difunta, ama de llaves del Cabezal. -Esta tal Anselma era una moza rolliza, de veinte abriles poco más o menos, cuya fecha, no muy conforme con la muerte del padre Diego, que falleció heroicamente de hambre en el año 12, se explicaba más naturalmente por las malas lenguas, que atribuían al tío Cabezal algunas relaciones en su tiempo con la viuda Dominga, y creían descubrir entre las facciones de aquél y las de la moza, mayor relación y concomitancia que con las del difunto mozo de mulas. -Pero, sea de esto lo que quiera, y la verdad no salga de su lugar, es lo cierto que el famoso dueño del parador de la Higuera la tenía por ahijada, y en los últimos años de su edad, desprovisto como estaba desgraciadamente de sucesión directa, varonil y ostensible, manifestaba cierta predilección y deferencia hacia la muchacha, y aún daba a entender claramente que aquel feliz mortal que lograra interesar su aspereza, sería dueño de su mano, ítem más, del consabido parador con todas sus consecuencias. -Razón de más para atraer a su posada crecido número de parroquianos gallardos y merecedores.

El tercer personaje de la casa era *Faco el herrador*, poderoso atleta de medio siglo de data, cojo como Vulcano, y señalado en la frente con una U vocal, insignia de su profesión, que le fue impuesta por un macho cerril de Asturias, con quien habrá quince años sostuvo formidable y singular combate. -Gesto duro y avinagrado, manos férreas y

cerdosas, alto pecho, cuello corto, y cabeza bien templada. -Este tal era el consejero áulico, el amigo de las confianzas del Cabezal; era el que imprimía, digámoslo así, *su sello* a todas las determinaciones de aquél, que no tenían, como suele decirse, fuerza de ley, hasta después de bien claveteadas por el señor Facó, y pasadas por el yunque de su criterio.

Último miembro de aquella cuádruple alianza venía a ser *Periquillo el Chato*, joven alcarreño hasta de diez y nueve primaveras, mozo de paja y tintero, que así enristraba la pluma como rascaba la guitarra; más amigo del movimiento rápido y de la vida nómada, propia de su antiguo oficio de acarreador de yeso, que del quietismo y trabajo mental a que le obligaba el arcón de la cebada y el grasiento cuaderno de la paja, de que estaba hoy encargado, gracias a su notable habilidad para trazar algunos rasgos, que, según el maestro de su pueblo, podían pasar por letras y por guarismos, siempre que abajo se explicase en otros más claros lo que aquéllos querían decir.

- IV -

Sentados, pues, majestuosamente en un ancho escaño colocado a la espalda del vestíbulo de entrada, el famoso Cabezal y su adjunto el herrador; aquél a la diestra mano, y éste al costado izquierdo; el primero embozado en su manta de Palencia y el segundo apoyado en su bastón de fresno con remates de Vizcaya; colocados en pie en respetuoso grupo circular todos los aspirantes y mantenedores de aquella lid, y asomando, en fin, por el balconcillo que daba encima del cobertizo la rosada faz de la joven Anselma, premio casi indudable y última perspectiva del afortunado vencedor, déjase conocer la importancia del acto, y su completa semejanza con los antiguos torneos y justas de la Edad Media, en que los osados caballeros venían desde luengas tierras a punto donde poder manifestar su garbosidad y arrojo ante los ojos de la hermosura.

Dio principio a la ceremonia un sentido razonamiento del buen Cabezal, en que hizo presentes las razones que le asistían para retirarse de los negocios públicos y envolverse en la tranquilidad de la vida privada, con todos aquellos considerandos que en igualdad de circunstancias hubiera explanado un Séneca, y que nuestras costumbres político-modernas suelen poner en boca de los magnates dimisionarios, y que quieren ser reelegidos. -Con la diferencia que el honrado Cabezal, que ignoraba quién fuera Séneca, así como también el lenguaje político cortesano, procedía en ello con la mayor sinceridad, siguiendo sólo los impulsos de su conciencia, y bien convencido de que desde la muerte del *Endino*, sus débiles manos no eran ya a propósito para regir debidamente la riendas de aquel Estado.

Seguidamente, el herrador Facó, en calidad de superintendente y juez de alzadas del establecimiento, dio cuenta a la junta de su estado *financiero*; del presupuesto eventual de sus beneficios y gastos, y del *balance* de sus almacenes y mobiliario; no tratando, empero, de la propiedad de la finca, cuyo dominio se reservaba Cabezal, y concluyendo

con animarles a presentar incontinenti sus proposiciones de traspaso, a fin de proceder en su vista a la definitiva adjudicación.

Aquí del rascar de las orejas de los circunstantes; aquí el hacer círculos en la arena con las varas; aquí el atar y desatar de las fajas y de los botines de la pretina; aquí el arquear de las cejas, tragar saliva, mirar a un lado y a otro, como tomando en cuenta hasta las más mínimas partes de aquel conjunto; aquí el mirarse mutuamente con desconfianza y aparente deferencia, instándose los unos a los otros a romper el silencio, sin que ninguno se atreviese a ser el primero. Aquí, en fin, el balbucear algunas palabras, aventurar tal cual pregunta, rectificar varias indicaciones, y volverse a recoger en lo más hondo de una profunda meditación.

Por último, después de media hora larga de escena muda, en que sólo se oía el pausado compás de las campanillas de los machos que retozaban en las cuadras, y el silbido de Periquillo, que servía de reclamo para atraer a la puerta del parador algunas aves trashumantes de las que tienen sus nidos hacia la calle de la Arganzuela, se oyó en fin entre los concurrentes un gruñido semejante al último ¡ay! del infeliz marranillo cuando cede la existencia al formidable impulso de la cuchilla. -Y siguiendo acústicamente la procedencia de tal sonido, volvieron todos los ojos hacia un extremo del círculo, y conocieron que aquél había sido lanzado por la agostada garganta del segador Farruco, quien alzando majestuosamente la cabeza, y como hombre seguro de sostener lo que propone, exclamó:

-En Dios y en mi ánima, iba a decir, que si vustedes no risuellan, yo risullaré.

-¡Bravo! ¡Farruco, bien por el segador! -exclamaron todos, como admirados de esta brusca interpelación de parte de quien menos la esperaban.

-Silencio, señores (dijo el herrador); Farruco tiene la palabra.

-Es el casu (prosiguió Farruco), que yo non sé cómo icirlu; peru, si ma dan el edificiu, y toudo lu que en él se contién, ainda mais, la moza, para mí sulitu, pudiera ser que yu meta de traspasu hasta duscientus riales, pagadus en cuatro plazus dende aquí hasta la Virgen del outru agostu.

-Bravo, bravo (volvió a resonar por el concurso en medio de estrepitosas carcajadas), ¡bien por Farruco el segador! ¡Doscientos reales en cuatro plazos! Vamos, señores, animarse, que si no, queda el campo por Galicia. ¡Viva Santiago! ¡Uff!... -Con otros alegres dichos y demostraciones que para todos eran claras menos para el honrado y paciente segador.

-*Ira de Deu* (gritó a este tiempo el catalán, blandiendo el látigo por encima de las cabezas del amotinado concurso). ¿Será ya hor que nos antandams en formalidat y prudensia? ¡Les diables carguen con este Castilla en que tot se hase riendo como les carrers de Hostalrich! -Poqs rasons, pues, y al negocio, que se va hasiendo tard, y a mí me aspera mis galers a les ports de la siudat. Vean ells si les acomod trasients llibrs per tot,

pagaders en Granollers, en cas de mi sosio Alberto Blanquets, de la matrícula de San Feliu de Guixols.

-Otra, otra (dijo gravemente el aragonés); aguarda, aguarda, con lo que sale media lengua. -Yo adelanto trescientos pesos mundos y redondos; con más, toda la fruta que gaste el señor amo, y la estameña franciscana que necesite para la mortaja, y ofrezco icir tres misas a las ánimas por mor de la señá Cabezala que Dios tenga allá abajo; y endiñale un risponso en el Pilar, que la Virgen se ha e reír de gusto.

-«¡Que viva el aragonés!» (gritó el concurso alborozado), y a los ojos del anciano Cabezal se asomó una lágrima, tributo del amor conyugal, cuyo recuerdo había despertado Francho *el moro*.

-A que si valen seis tahúllas de tierra de buen arrós, orilla del Grao, y como hasta diez libras de seda en el Cañamelar para la próxima cosecha, aquí hay un valensiano que dará todo esto, y las gracias, si el señor amo quiere sederle el parador.

-¿Qué eztán uzteez jablando ahí, compaez? Aquí hay un hombre, tío Cabelal: y detraz dezte hombre hay un compae que zale por mí, y ez primo der cuñao de la zobrina der regidor de Morón, que tiene parte con otros sinco en er macho con que traje la carga de aseite pa el compae Cabelal en la pazcua anterior; el cual zi zale (que zí zaldrá), por mi honor y juramento, esde luego pedirá a zu prima que le diga ar cuñao, que pía a la sobrina der regidor, que haga que zu tío ponga por hipoteca la parte trazera der macho, pa servir ar señor Cabelal y a toda la buena gente que moz ezcucha.

-¡Que viva Utrera! (exclamaron todos con algazara) y arriba Currillo que nos ha ganado la palmeta prontito y bien; ¡dichoso el que tiene compadres para sacarle de un ahogo! ¡Que viva Curro y el cuarto trasero del macho de su compadre, que son tal para cual!

-Gracias, señorez (repetía Curro); pero bien zabe Dioz que no lo desía por tanto.

-Basta ya de bromas, señores, si VV. gustan, que la mañana se pasa, y todavía tengo que llegar a Valdemoro a comer. Creo, por lo visto, que aquí todos son dimes y diretes, y el amo, a lo que entiendo, no nos ha llamado para oírnos ladrar. -Esto dijo con importante gravedad el manchego, y adelantándose un paso en medio del corro; -Yo (continuó con valentía) voy a tomar la gaita por otro lado, y creo que vuestas mercedes habrán de llevar el paso con el sonsonete. Aquí mismo, al contado, todo en doblones de a ocho, corrientes y pasados por estas manos, que se ha de comer la tierra, aquí está mi argumento, y mi elocuencia está aquí. -(Y lo decía por un taleguillo de cordellate que alzaba con la diestra mano.) -A ver, a ver, si hay alguien que me lo empuje, porque si no, mío queda el parador; y cuenta, herrador, a ver si me equivoco; mil pesos dobles, justos y limpios, hay dentro del taleguillo; esos doy; y pues que no hay ni puede haber competencia, señores, pueden vuestas mercedes si gustan llegarse a oír misa, que ahora poco estaban repicando en San Millán.

Un confuso rumor de desaprobación y algunas interjecciones expresivas dieron a conocer el enojo que semejante arrogancia había inspirado a la asamblea; el opulento Azumbres no por eso desconcertó su continente; antes bien, sacando pausadamente la vara del cinto, tomola con la diestra mano, y pasando a la izquierda el taleguillo de los doblones, paseó sus insultantes miradas por toda la concurrencia, como aquel que está seguro de no encontrar enemigos dignos de combatir con él.

Sin embargo, no había calculado con la mayor exactitud, porque adelantándose al interior del círculo el honrado maragato, hecha la señal de la cruz, como aquel antiguo paladín que se disponía a temerosa liza, tosió dos veces, escupió, miró en derredor, y quitándose modestamente el sombrero, prorrumpió en estas razones:

-Con permiso del señor manchego y de toda la concurrencia; yo Alfonso Barrientos, natural y vecino de Murias de Rechivaldo, en el obispado de Astorga, parezco de cuerpo presente y digo: que aunque no vengo tan prevenido para el caso como el señor que acaba de hablar, todavía traigo, sin embargo, otro argumento que no le va en zaga a su saquillo de arpillera; y este argumento, y este tesoro, que no lo cambiaría por toda la tierra llana que se encuentra comprendida entre la mesa de Ocaña y las escabrosidades de Sierra Morena, es mi palabra, nunca desmentida ni desfigurada; es mi crédito, harto conocido entre las gentes que se ocupan en el tráfico interior. -Saque el señor herrero un papelillo de los que sirven para envolver su cigarro, y déjeme poner en él tan sólo mi rúbrica, y ella acreditará y hará buena la palabra que Alfonso Barrientos da de entregar mil y doscientos pesos por el traspaso del parador.

-¡Viva el reino de León! ¡Viva la honradez de la Montaña! (exclamaron estrepitosamente todos los concurrentes); y al diablo sea dada la arrogancia de la tierra llana.

-Que me place (replicó sonriéndose el manchego) encontrar con un competidor digno por todos títulos de habérselas con Azumbres el cosechero de Yepes: pero como no es justo darse por vencido a la primera vuelta, y como tampoco soy hombre a quien asustan todas las firmas leonesas, aquí traigo prevenidas para el caso nuevas municiones con que hacer la guerra a todos los créditos del mundo, aunque entren en corro los billetes del tesoro y las sisas de la villa de Madrid. -Sepan, pues, que en este otro saquillo (y esto dijo sacando a relucir del cinto un nuevo proyectil de mediano volumen) se encierran hasta doscientos doblones más, los mismos que ofrezco al señor Cabezal por su traspaso, y punto concluido, y buena pro le haga al rematante.

-Apunte vuesa merced, señor herrador (dijo con calma el maragato) que Alfonso Barrientos da *dos mil pesos fuertes*, si no hay quien diga más.

Aquí la algazara y el entusiasmo de los concurrentes llegó a su colmo, viendo embestirse con aquel ahínco a los dos poderosos rivales, que mirándose recelosos a par que prevenidos, como que dudaban ellos mismos toda la extensión de sus fuerzas y el punto término a que los llevaría el combate. -Pero la mayoría de los pujadores, que conocían, muy a su pesar, que sólo podían servir de testigos en lucha tan formidable, iban

descartándose del círculo, y abandonando con sentimiento el palenque. De este número fueron el choricero Farinato, el gallego y el asturiano, los aragoneses y el andaluz, los cuales sin embargo se mantenían a distancia respetuosa, como para mejor observar el efecto de los golpes y los quites respectivos.

Uno solo de los concurrentes no había dicho aún -«esta boca es mía», -y parecía como extraño a aquel movimiento, sin duda midiendo en su imaginación la pequeñez y mal temple de sus armas para tan lucido y arduo empeño; y este ser infeliz y casi olvidado de los demás, no era otro que nuestro *Juan Cochura*, el castellano viejo, el cual con aparentes señales de distracción, paseaba sus miradas por las alturas, como quien busca y no encuentra inspiración ni mandato a su albedrío. -Pero a decir verdad, si nuestro antejo escudriñador hubiera podido penetrar en aquel recinto, no hay duda que muy luego hubiera observado que lo que aparecía desdén e indiferencia de parte del Juan no era sino cálculo refinado; y que sus miradas, al parecer estúpidas e indecisas, no iban dirigidas nada menos que a otro traspaso que le pusiera en posesión omnímoda y absoluta del parador.

Tal vez nuestros lectores habrán olvidado en el curso de esta estéril y cansada relación, que sobre el círculo de los famosos mantenedores del torneo, y asomada en un balconcillo de madera que apenas se distinguía, ofuscada entre el humo que salía de la cocina inmediata, se hallaba presenciando aquella animada escena la robusta Anselma, la hija adoptiva del señor del castillo, la estrella polar de aquellos navegantes, y el puerto y seguro término de sus arriesgadas aventuras. -Verdad es (sea dicho de paso) que casi todos ellos navegaban como Ulises, sin saber por dónde, ignorantes del faro que sobre sus cabezas relucía, y a merced de los escollos e incertidumbres de tan dudoso mar; mas por fortuna nuestro Juan Cochura tenía un amigo... ¡y qué amigo!... práctico y conocedor de aquel derrotero, playa saludable en medio de tan intrincado laberinto; el cual amigo no era otro que Facó el herrador, quien por un movimiento indefinible de simpatía hacia nuestro mozo castellano, le había secretamente instruido sobre el rumbo cierto que tomar debía, diciéndole que si lograba interesar el amor de la joven Anselma, él y no otro sería el dueño del parador.

La gramática de Juan, parda como su vestido, no hubo menester más reglas para comprender aquel idioma; y así desde el principio de la refriega dirigió sus baterías al punto más importante y descuidado del combate; hasta que viendo que éste se empeñaba con la artillería gruesa, y escaso él de municiones para sostener con decoro el castellano pendón, apeló a la stratagema de la fuga; pero fuga armónica, cadenciosa y bien entendida, que ni el mismo *Bellini* hubiera ideado otra mejor.

Echó, pues, sus alforjas al hombro, y confiado en su buena estrella y en sus gracias naturales, -de que ya tiene conocimiento el lector-, subió poquito a poquito la escalera de la cocina; se llegó al balconcillo; tiró del sayal a la moza como quien algo tenía que pedirla, y ella le siguió, como quien algo le tenía que dar.

Lo que al amor de la lumbre pasó, los coloquios y razonamientos que mediarían entre ambos en los pocos minutos que inadvertidamente desaparecieron de la vista del

concurso, son cosas de que sólo los pucheros que hervían y el gato que dormitaba a la lumbre pudieran darnos razón; y es lástima sin duda que no quieran hacerlo, pues acaso por este medio vendríamos en conocimiento de una de las escenas de más romántico efecto que ningún dramaturgo pudiera inventar.

Ello es lo cierto, que por resultas de este desenlace de bastidores (muy conforme también con la escuela moderna) dio fin el drama, volviendo de allí a poco a salir la dueña y el mancebo al balconcillo, asidos de las manos, y con los ojos brilladores de alegría, y oyéndose prorrumpir a la heroica Anselma en estas palabras:

-«Padrino, padrino, que se suspenda el remate, que ya queda concluido el *traspaso*; Juan Algarrobo (alias Cochura) natural de Fontiveros, ha de ser mi esposo, que así lo ha querido Dios».

Alzaron todos la vista con extrañeza al escuchar estas razones, y el anciano Cabezal hizo un ademán violento, que parecía como preludio de alguna gran catástrofe. -Miró al balconcillo con ojos encendidos, y alzándose de repente, y desembozándose de la manta, -«¡Ah perra!» (exclamó), y ya se disponía a saltar la escalera, cuando el buen Facó el herrador, el alma de sus movimientos, le detuvo fuertemente, trató de desarmar su cólera, y en pocas y bien sentidas razones le hizo ver la alcurnia del mozo, y lo bien que le estaría admitirle por marido de su ahijada.

Todos los concurrentes conocieron entonces que habían sido víctimas de una intriga concertada de antemano, y dieron por de todo punto perdido su viaje, con lo cual fueron desapareciendo uno en pos de otro, después de felicitar al Cabezal por la astucia de los novios.

Éstos, pues, después de solicitar la bendición paternal, quedaron instalados en sus funciones; y nuestro Juan Cochura, a quien en su primer viaje a Madrid vimos burlado, escarnecido y preso por su ignorancia, llegó en el segundo a ser burlador ajeno, y a ponerse al frente de un establecimiento respetable.

La fortuna es loca, y gusta las más veces de favorecer a quien menos acaso es digno de ella... ¿Quién sabe?... Todavía quizás le reserva una contrata de vestuario, o una empresa de víveres; -y al que vimos entrar ayer cruzado en un pollino, preguntando los nombres de las calles, tal vez le miraremos mañana pasearlas en dorada carretela, y adornado su pecho con bandas y placas que nos deslumbren y oculten a nuestros ojos la pequeñez del origen de su posesor. -Espectáculo frecuente en el veleidoso teatro cortesano, y grato pasatiempo del observador filósofo que contempla con sonrisa tan mágico movimiento.

(Julio de 1839)

